WAGNER

JUNTO
AL HOGAR

LIBRERIA
"LA FACULTAD"
BUENOS AIRES

JUNTO AL HOGAR

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

C. WAGNER

JUNTO AL HOGAR

Versión española de
H. Giner de los Ríos.

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1907

ES PROPIEDAD

MADRID.—Cirués Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

PRÓLOGO

En primer término entre las cosas que no mueren, sin dejar de variar nunca, encontramos la familia. Según los pueblos y las edades, aparece distinta.

No sólo ha experimentado cambios profundos; ha sufrido alteraciones graves, ha encontrado innumerables enemigos, ha contraído vicios y manchas.

La familia se nos presenta como una institución humana, regulada por costumbres y leyes, expuesta á los errores y á las pasiones de los hombres. Por sus condiciones exteriores, pertenece al dominio de lo efímero.

Pero por su raíz, *el amor y los lazos de la sangre*, penetran en lo eterno. Pueden pasar los siglos, pero estas cosas no pasan. Antiguas como el mundo, son jóvenes como cada mañana nueva, y

no somos hombres sino en la medida que nos han conmovido.

He querido hablar aquí de esas santas é inmortales antigüallas. Tenemos necesidad de vigorizarnos en ellas, como en una fuente de Juventud.

El lector encontrará en este libro, como en la vida misma, rayos de luz y sombras. No he tratado de disimular los puntos negros; pero me he esforzado en poner de relieve los puntos luminosos. Debemos este honor al ideal.

¿He de excusarme de haber evocado, en muchos lugares, recuerdos personales? He pensado que estas páginas ganarían con ello en color local; y mi reconocimiento se daba libre curso al fijar los rasgos de algunas figuras queridas, desaparecidas de este mundo.

Nunca amaremos bastante el hogar. Si en sus discretos altares, no me es dado ofrecer un homenaje más perfecto, aporto, al menos, todo el calor de mi corazón, toda mi piedad filial.

Si algunos, al leerme, aprendieran á amarse más, ningún fruto de mi esfuerzo me parecería más dulce.

París, Pascua de Pentecostés de 1898.

JUNTO AL HOGAR

CAPÍTULO PRIMERO

EL TECHO

Franqueo con el corazón conmovido el umbral de la morada humana, cuyo solo nombre resume, para cada cual, tantas impresiones y tantos recuerdos.

El techo es, en primer lugar, un abrigo. El frío y el calor, todas las inclemencias del tiempo y todos los enemigos, impulsan al hombre á crearlo y fortalecerlo. El que carece de este refugio, carece de todo. Para describir con un rasgo la miseria suprema, decimos de una persona que no tiene casa ni hogar. Queréis, por el contrario, una de las más perfectas imágenes de la dicha civilizada? Héla aquí: una familia entera, jóvenes y viejos en círculo, bajo el techo protector, cerca de un alegre fuego, en que la cena canta en el gran caldero.

Pero el techo es otra cosa que un abrigo, es un centro de estabilidad. Si el hombre no tuviera ne-

cesidad de morada para cubrirse y resguardarse, se sentiría impaciente por encontrar, en este vasto mundo, un rincón suyo, un hogar familiar para fijarse en él. Verdad es que la vida es un viaje, y nosotros todos, peregrinos; pero buscamos una patria. El viajero más intrépido, el explorador más infatigable, no sabría vagar sin tregua ni fin de un lugar á otro. Después de la atracción de lo lejano, de las correrías aventuradas, de los peligros afrontados, de los espectáculos vistos, se despierta en el corazón el deseo de hallar de nuevo un albergue. Cuantos más países, hombres y cosas hemos visto, más crece el íntimo afán de la morada fija, de la paz y de los afectos del hogar doméstico. El mismo Judío errante sólo tiene un ansia: hacer un alto, y para siempre.

Abrigo seguro, punto de unión á que todos los caminos le llevan, el techo es para el hombre otra cosa aún, y más que esto. Es una de las formas materiales en que se traduce y se manifiesta su espíritu. El hombre necesita crearse un mundo á su imagen, que le ayude á afirmarse, á permanecer fiel á sí mismo. La morada es el resumen de este mundo. Nada habla tanto de nuestro fuero interno como nuestra casa. Hay en ella un lenguaje conmovedor. Desde el abrigo rudimentario y grosero, hasta la habitación más perfecta, toda casa revela el espíritu del que la habita. Las líneas de la cubierta y de los muros, los contornos de las ventanas, los co-

lores de la fachada, la colocación y el estilo de los muebles, los retratos, los cuadros, la cocina, la mesa, el taller y hasta la flor que cultivamos en la ventana, todo lleva el sello humano. Tal cual es el hombre, su ideal, su vida, tal es su morada. Cada civilización, cada época señalada de la historia, ha tenido su casa, copia fiel de su estado social. Construir ha sido siempre un acto de fe y una declaración de principios. El hombre asienta su casa sobre el fondo que le inspira más confianza, con los materiales que le parecen ofrecer más seguridad, y sabe darle la figura de su espíritu, la fisonomía de su gusto, el aire de su voluntad. Su morada está adornada con su virtud, caldeada con su ternura, manchada con su impureza. Su afectuosidad sonríe en ella, su mal humor gruñe. La casa del uno es como un cubil de jabalí, feroz y de mala acogida; la del otro es cortés y familiar, aun para el huésped de un día, para el extraño que pasa. Aquí, se ve uno rodeado como de un perfume religioso, es casi un santuario. Todo recuerda allá los intereses positivos, el cálculo, el rudo combate por la posesión; os creeríais en el mercado ó en la Bolsa. En otra parte, desde el umbral, nos envuelve una atmósfera de estudio; se exhala de los lugares no sé qué fuerza de ensueño y de pensamiento, que se apodera del visitante más torpe. Numerosos hogares hacen pensar en el restaurant, en el hotel y aun en una estación de ferrocarril. En otros se recuerda involunta-

riamente este pasaje del libro de Job: «El hipócrita construye su casa como la araña su tela.» Todo está dispuesto en ella para engañar, alucinar y seducir.....

Este espíritu de los lugares se respira, se siente y prueba su poder por mil órganos. Es de una realidad tan intensa, que se manifiesta aun allí donde el hombre no tiene influjo alguno en la forma exterior de su morada. Tomad, al azar, en una de esas vastas casas de obreros que se llaman de vecindad, en el mismo corredor, una docena de habitaciones. Son idénticas; igual altura, la misma exposición, el mismo reparto de habitaciones. Y, sin embargo, difieren unas de otras de modo notable, y ofrecen á veces extraños contrastes. No se respira en ellas el mismo aire. Tal es la diferencia de las impresiones recibidas, que al pasar de una á otra, se cree haber franqueado una frontera, emigrado á otro continente. Es que una habitación, si se quiere una celda de prisión, toma la fisonomía del que la ocupa. Los mismos guantes, en manos diferentes, los mismos vestidos y los mismos sombreros femeninos, llevados por otras personas, cambian de aspecto y se transforman según el talle, el espíritu y la educación de los que los usan. Y las mismas paredes, sirviendo de marco á otras personas, producen un efecto enteramente distinto.

***

Por todas estas razones, la morada es una de las cosas más importantes en la vida humana. Una parte de nuestro destino va unida á ella. A nadie podría ser indiferente. Todos, en esas visiones íntimas en que nuestra imaginación se forma un mundo ideal, tenemos la casa de nuestro ensueño. Conseguir estar en su casa, con sus muebles, en un retiro muy nuestro, por modesto que sea, ¿quién no aspira á ello? El comerciante detrás de su mostrador, en el aire confinado de una calle estrecha, sobrelleva valientemente la carga de los largos días; piensa en la casa modesta y tranquila en que espera terminar su vida, olvidar los negocios y sus cuidados, el libro mayor y sus cifras angustiosas. Y su ensueño le sostiene. El obrero arreglado, económico, se priva de distracciones, se niega legítimas satisfacciones para aumentar su peculio y las probabilidades de poseer algún día su modesta casa propia. Casi todos tienen el plano de su pequeña habitación enteramente dispuesta, y muchas veces se instala mentalmente en ella. Es lo que hay en el mundo más humano.

Pero cuántos obstáculos á este ensueño, que en sí nada tiene de irrealizable! Nuestro tiempo, sobre todo, le es inclemente como las escarchas á las florescencias primaverales. La casa de nuestro ensueño! La mayor parte están obligados á decirle adiós sin haber puesto nunca la primera piedra.

Por una consecuencia inevitable de la concen-

tración de las sociedades modernas hacia las grandes ciudades, la habitación humana ha sufrido modificaciones profundas. Ha perdido su carácter. Como todas las cosas, ha caído en el anónimo y ha borrado personalidad. El hombre y su morada desaparecen en la multitud. Esto es sobre todo muy visible en la clase más humilde. Allí, en primer término, ni aun se logra proporcionarse por dinero lo que la naturaleza concede gratuitamente y sin medida: el aire puro, el espacio, la luz. Defectuosos higiénicamente, apenas si muchos locales habitados por la masa trabajadora responden á la necesidad que experimenta el hombre de resguardarse de la intemperie. Responden bastante menos aún á las condiciones superiores é infinitamente más interesantes de la habitación humana. Como centro de unión de una familia y marco exterior del afecto, de la educación, del desarrollo normal de la vida, son lamentablemente insuficientes. Cómo instalar una verdadera vida de familia cuando falta sitio para acostarse, y la única pieza disponible sirve á la vez para todo, no permitiendo ni recogimiento, ni soledad, ni distracción?

La vida en común degenera en promiscuidad. Los habitantes se estorban mutuamente. Sus relaciones, en un espacio demasiado restringido, llegan á ser penosas. El veneno humano físico y moral los acecha en la atmósfera confinada. No es sorprendente que semejante morada deje de ser

amada y se abandone. En la clase acomodada la habitación es más confortable; pero, con raras excepciones, casi enteramente tan trivial y tan inestable. Inestable sobre todo! No es un abuso y una ironía amarga seguir dando el nombre de morada á nuestros pisos alquilados por meses, por años ó, á lo más, mediante un contrato de tres, de seis, de nueve años? Recuerdan bastante más el cambio perpetuo que lo que permanece. El obrero se siente tan poco tranquilo en la casa, que la cambia constantemente; el burgués sigue su ejemplo. Al llegar las épocas del pago, una buena parte de los habitantes está en la calle. Somos nómadas, sin la tienda, el bagaje ligero y los vastos horizontes; nómadas de cuarto en cuarto, cargados con innumerables paquetes. En estas casas abandonadas por un sí ó un no, todos son extraños unos á otros. Sucedemos á desconocidos, y desconocidos nos seguirán. Y nada queda detrás de nosotros. Lo que hemos dejado de nosotros mismos en estas paredes, es invisible para el inquilino siguiente y no podemos llevárnoslo. No aprovecha, por tanto, á nadie. Pasamos á través de nuestros múltiples cuartos, sin dejar en ellos más huella «que una serpiente en una roca», según la pintoresca expresión del Antiguo Testamento. El único refugio del recuerdo, el último asilo de la tradición, lazo débil que une entre sí á los huéspedes pasajeros de la casa moderna, es el cerebro de un

portero, si este mismo no es un nómada inquieto, emigrante de portería en portería.

Qué vasta nada, qué base movible é incierta para la ciudad y el espíritu público, son todas esas existencias desprovistas de un marco fijo! En este va y viene incesante, qué pérdida de fuerzas vivas, de preciosos tesoros del alma, de materiales indispensables para la solidez de un edificio social!

Nos mudamos demasiado, en sentido propio como en el figurado; es uno de nuestros males. Costumbres, ideas, creencias, leyes, todo esto está sometido al régimen de la perpetua mudanza. Ya no hay nada fijo. Y hemos llegado de este modo á adquirir una existencia vagabunda, comparable á la de los infortunados que se alojan durante la noche, olvidando dónde se han acostado la víspera, no sabiendo dónde dormirán el día siguiente. Esto me hace envidiar la suerte de los que tienen una casa, la más pequeña, pero de su pertenencia, donde sus abuelos han muerto, donde sus hijos han nacido; una casa que dice alguna cosa, que conserva caras historias añejas, que guarda impresiones de la infancia, que os dice adiós en el momento en que la abandonáis y os sonríe cuando volvéis á ella. Casa paterna, dulce imagen que despierta en nuestros corazones amargos recuerdos: ¿dónde te encontraremos?

Por mi parte, cuando busco la mía, nada encuentro. En su emplazamiento se prolonga un ta-

lud de ferrocarril, negro y feo, que ha dividido en dos el valle tranquilo en que transcurrió mi infancia. Al menos he conservado un recuerdo, y puedo, cuando me place, ver de nuevo mentalmente el tejado que humea, los árboles del jardín y el pobre riachuelo, antes tan alegre, obligado ahora á correr por debajo de tierra. El habitante de las grandes ciudades, por su parte, ni aun tiene el recurso de un recuerdo. A la pregunta ¿dónde está la casa en que nació?, responde: «No la conozco, se me ha dicho que nací en tal calle y en tal número. Pero, al año siguiente, cambiamos de cuarto, y ya no sé más.» Muchas veces también la calle ha perdido su nombre, el «número» ha sido derribado. A veces, el barrio mismo ha desaparecido.

En este punto, tan importante para la primera educación y base de tradiciones sobre la cual se forma una vida humana, el niño campesino es un rey en comparación con nuestros niños de las ciudades.

Feliz el hijo del aldeano ó del leñador, que crece á la sombra del techo paterno, en el marco tranquilo de los bosques y de los campos! El sol matutino le saluda al despertar. Los pájaros le cantan la bienvenida. Las flores le desean la dicha. Los viejos árboles, que conoce como amigos, extienden sus brazos para proteger su sueño.

En el umbral de la casa el abuelo, que se ca-

lienta á los rayos del sol clemente, le dice las cosas de otro tiempo, y lentamente, alimentado por las lecciones objetivas de una existencia tranquila y segura, se desarrolla en él el sentimiento, sin el cual el individuo no es más que una sombra vacilante en la superficie de las aguas; el sentimiento de que hay cosas que perduran, que están fijas para la eternidad, y á las que conviene unirse para llegar á ser fuerte y firme.

* * *

Pero volvamos á la realidad. Seamos hombres: no entreguemos nuestro corazón á la pena ni al desaliento. Miremos la situación práctica tal como es, y tratemos de sacar de ella el mejor partido posible. Qué hay que hacer para remediar la fragilidad del marco exterior de la familia ó la falta de un techo permanente?

En primer término, hay que aspirar al grado menor de mudanza, hacerse menos voluble y no abandonar, por motivos fútiles, un alojamiento en que hemos dejado algo de nosotros mismos, al cual quizá están unidas las primeras impresiones de nuestros hijos. No es indiferente que el hombre sea ó no fiel á su morada. Hay dos divorcios de que mueren nuestras sociedades: el del hombre con el suelo y el del hombre con la casa. Pero, si imperiosas necesidades nos condenan, á nuestro pesar, á las mudanzas, á falta de una casa, á falta

de una habitación permanente, unámonos á los muebles. Mantengamos con cuidado todo lo que puede perpetuar una tradición, abrigar un recuerdo. No desdeñemos un sillón constantemente visto, una mesa junto á la cual hemos crecido. Estos objetos, por modestos que sean, tienen un valor espiritual incalculable para nuestros hijos y para nosotros. Cualquier cosa vieja, insignificante á los ojos de un profano, es el equivalente de un título de nobleza. Llevarla al baratillo es deshonrarse. Cuanto más nos sacude la vida, nos lanza y nos arrastra en su impetuoso torrente, más hay que atenerse á estas reliquias. Son otras tantas tablas de salvación en el mar irritado. Y luego, no hay que ser materialista. Después de todo, y á pesar de su importancia capital, no es la casa lo que constituye la familia.

Hay en nuestra sociedad clases en que nada falta de lo que constituye el marco exterior del hogar. La civilización ha llenado sus manos de tesoros, les ha dado el bienestar, el espacio, la tranquilidad, todo lo que determina el hogar material. Pero le abandonan. Padres é hijos marchan cada cual por su lado, y la familia se disuelve.

En otras partes, ocurre lo contrario. Conozco un puente de París en que se instala todos los días un vendedor de sopa á diez céntimos. Su establecimiento se compone de varias tablas y una tela, algo parecido á un paraguas. No podría imaginar-

se lugar más incómodo para reunir una familia. Y bien! Debajo de este abrigo precario, abierto á todos los vientos, no por eso dejo de ver agruparse por las noches, alrededor de una luz humeante, á todos los hijos, algunos de los cuales aprenden sus lecciones, y al padre, que descansa después de concluída la jornada. Tienen el espíritu de familia, y esto es lo esencial.

Este espíritu es el que hay que salvar, alimentar, fortalecer. Su raíz es vigorosa, prende en los terrenos más ingratos.

Se nos cuenta que en ciertas comarcas marítimas, en que los pescadores son muy religiosos, rodean de una particular devoción la imagen del santo patrón puesta en la proa de su barca. Cuando el mar los arroja á un escollo y rompe la barca, tratan de recoger los pedazos. Pero son, sobre todo, dichosos, si pueden encontrar el trozo en que está esculpida la efigie del santo. En tiempos mejores, cuando vuelvan á construir su barca, al santo corresponderá el puesto de honor. Hé aquí una práctica de sencilla piedad y de elevada sabiduría, cuyo espíritu hay que asimilarse.

El mal tiempo en que vivimos ha hecho pedazos los antiguos y venerables marcos en que se desenvolvía la vida de familia. Salvemos al menos los restos, y, sobre todo, salvemos el santo, salvemos el espíritu de familia, aun cuando nuestra morada sufra tantas sacudidas como la barca del pescador, sea tan mudable como el carro del bohemio.

CAPÍTULO II

EL ESPÍRITU DE FAMILIA

¿Qué es el espíritu de familia? Antes de dar á esta pregunta una respuesta positiva, tenemos que proceder á una especie de limpia y dedicarnos á un trabajo de eliminación. Hay en el mundo bastantes opiniones sobre el espíritu de familia, y circulan con este mismo nombre, bastantes productos que no se parecen gran cosa y están lejos de ser todos de la misma marca.

Los que lo tienen en poco y los que son enemigos del hogar, nos representan el espíritu de familia como un espíritu exclusivo, egoísta, mezquino, del que hay que guardarse y al cual se debe declarar la guerra.

Encontramos, por otra parte, numerosos individuos que pueden tener por qué quejarse de su familia, y en quienes este solo nombre despierta los recuerdos peores y los rencores más amargos.

Algunos fanáticos del número, introduciendo

la estadística en todas partes, piensan que, para definir el espíritu de familia, hay que tomar una especie de promedio en los diferentes hogares. El espíritu de familia, según ellos, será el que reine en el mayor número de casos, y que no tiene nada de elevado.

Siguiendo una ú otra de estas categorías humanas, no llegaríamos más que á juicios confusos, injustos y peligrosos. Pero desdeñando sus afirmaciones, correríamos el riesgo de despreciar la realidad y embarcarnos en la utopia. Detengámonos ante estas ideas, discutámoslas, abramos á través de esta maleza un camino hacia la luz.

Y, en primer lugar, hemos de saludar la verdad en todas partes donde la encontremos, y distinguir la parte justa que se mezcla aun á las opiniones más extravagantes.

***

Por desgracia, es muy cierto, en determinadas familias reina un espíritu estrecho y egoísta. Me bastará señalar algunos rasgos para que cada cual encuentre inmediatamente, acerca de este punto, en su experiencia y en su memoria, numerosos testimonios. ¿No hay familias animadas de un espíritu tan estrecho, que merecerían más bien el nombre de pandillas? Todo el que no tenga sus ideas, está falto de inteligencia; todo el que no participa de sus gustos, no sabe lo que es bueno. Están cerra-

das á todo influjo. ¿Qué de bueno podría venir de fuera? Hasta la amistad está excluída. Dicen á sus miembros: «Elegiréis vuestras amistades entre nosotros y no tendréis otras.» Todo lazo de afecto, fuera de su recinto severamente circunscrito, es considerado como una felonía, y el que trata de penetrar es tratado como intruso.

En otras partes es el espíritu de casta el que infecciona el medio familiar con su orgullo y sus modales despreciativos. Cuando se encuentra á ciertas gentes, se ve, escrita en su rostro, esta declaración perentoria: *No hay más que nosotros*. El mundo les pertenece por derecho de nobleza, y es una muestra de imbecilidad ó de educación grosera no participar de su opinión inclinándose ante su superioridad.

Otras familias están organizadas como sindicatos, para acaparar el influjo, el poder, la riqueza, los buenos puestos. Todo es para ellas. Se establecen en una ciudad ó en un país como en una colonia por explotar. El común de los habitantes es una especie de negros, buenos, á lo más, para prestarles servicios. Y para asemejarse á estas familias no es necesario ser ilustre, descender de los Cruzados ó pertenecer á la categoría de los notables. Hay gentes menudas que están organizadas sobre este pie. Se diría que son gavillas de bandidos; el resto de la sociedad es su bosque. En él acechan sus presas y recogen los despojos.

Que ese espíritu sea odioso; que bajo todas esas formas diversas, la estrechez, el orgullo y el egoísmo familiar, hayan llegado á formarse en el mundo una reputación detestable, lo concedo y soy el primero en encontrarlo natural. ¿Pero es ese el espíritu de familia? Es justo hacer recaer sobre todo hogar en que viven y se unen hombres, la reprobación que merecen esos retiros inhospitalarios, en que se hace fuerte el espíritu de secta, la venganza inhumana, la tendencia á la dominación y á la rapiña?

* * *

Pensemos ahora en aquellos á quienes la familia ha hecho sufrir. Al solo nombre de familia experimentan una crispadura dolorosa. «*Oh, la familia!*, exclaman con un tono en que se encuentran todas las sensaciones penosas de un corazón ulcerado, *no me habléis de ella!* Sólo me ha causado daño! Nuestros peores enemigos son nuestros parientes y allegados. Preferimos la soledad, el mundo salvaje, á la vida de familia.»

Ay! Estos gritos del corazón no los lanzan siempre ingratos, séres desnaturalizados, olvidadizos de todo lo que debe sernos caro y precioso. Son muchas veces desheredados del cariño, víctimas de la crueldad humana. Hay en el hombre una bestia, y en parte alguna es más terrible que en familia. Cuando se despierta, con sus bajos ins-

tintos, con sus perversidades, con sus refinamientos diabólicos, desgraciado del que caiga en su poder! Un refrán ha consagrado de antiguo la triste verdad de que, al corromperse, las cosas mejores vienen á ser las peores. Cuántas ilustraciones lastimosas no ha proporcionado la vida de familia á esta fórmula de vieja sabiduría! Hay, de hecho, cierta cantidad de familias animadas de un mal espíritu, de un espíritu de desunión, de envidia. En ninguna parte se odia con más encarnizamiento. La execración no puede exceder entre extraños del grado que alcanza á veces entre parientes. Cuando los hijos odian á los padres y los padres á los hijos; cuando hermanos y hermanas se detestan unos á otros; cuando el odio se introduce entre el marido y la mujer, entonces puede decirse que la maldad llega al colmo. Ninguna pasión, ningún poder mortífero, ha hecho sufrir al pobre corazón humano más íntimas y horribles torturas que los odios de familia. No podrá haber bastante piedad en nuestras almas para sus víctimas. Pero dicho esto, deplorado, confesado ampliamente, tenemos derecho de protestar y decir: no es ese el espíritu de familia.

* * *

Sin embargo, encontramos aquí los partidarios del número y de la estadística. Cuentan ellos los casos y hacen las sumas que reclama su pesimis-

mo. Organizan, á través de los diferentes medios, escrupulosas observaciones, y las confían á su registro acusador. Luego, en esta masa establecen proporciones. De cada cien familias hay tantas mal avenidas, tantos hijos en guerra con sus padres, tantos hermanos enemigos, tantos primos indispuestos con motivo de herencias, tantos maridos celosos y mujeres de carácter áspero, tantos avisperos en que sólo se trata de calumniar, de atormentar al prójimo; tantos conciliábulos en que sólo se combinan los medios de despojarle de sus bienes..... Deducción hecha de todos estos hogares deplorables, apenas quedan algunas casas en que, sobre poco más ó menos, las cosas pasan de modo conveniente. Después de esto ¿no hay derecho para decir que el espíritu de familia es un mal espíritu?

Si fuera preciso, lo confieso, atenerse á la estadística, habríamos de convenir en que la gran mayoría de las familias cae, al menos por algún respecto, bajo esta crítica implacable; y que, en suma, ante la brutalidad de los números, hacemos una bastante triste figura. A más de los medios en que el espíritu es francamente malo, cuántos hay que son vulgares, bajos, poco interesantes?

Pero la estadística no está aquí en su lugar, ni es justa ni aprovechable.

Qué diríais del que para responder á estas preguntas: qué es la pintura?, qué es la poesía?, se

dedicara á una enumeración estadística de todas las obras salidas de pinceles ó de plumas innumerables, y declarara luego, tomando en este fárrago una especie de promedio: «esto es la pintura, esto la poesía?»

La poesía estaría entonces representada en el mundo por miles de desconocidos que han escrito versos malos. El espíritu poético no sería el de Homero, ni el de Shakespeare, Goethe ó Corneille, sino el del mayor número; Rafael, el Tiziano, Leonardo de Vinci, no serían ya pintores.

En verdad, la estadística es una ciencia excelente y útil, pero que no podría bastar para todo. Aplicada á ciertas cuestiones, llega á ser absurda. Para saber lo que puede ser el arte, hay que ir á aprenderlo en las obras de los maestros. Y aun éstos, si pudiéramos interrogarlos en persona, nos responderían: «El arte no somos nosotros y nuestras producciones. Es lo que soñábamos, más bien que lo que hemos ejecutado. Nuestros esfuerzos más felices son muy inferiores á nuestras aspiraciones: son sólo el reflejo de un ideal inaccesible. Los cantos más hermosos jamás han sido cantados; los más bellos cuadros nunca han sido pintados.»

Apliquemos estas reflexiones al espíritu de familia.

Evidentemente, no es este el espíritu del mayor número de familias. No es tanto lo que *es*, como

lo que debe ser, lo que se manifiesta aquí y allá, apareciendo hasta con intermitencia entre individuos de ordinario de escasa valía.

El espíritu de familia está formado con lo mejor que la vida de familia produce, aun cuando esto mejor sea raro, y no con lo mediano ó peor, aun cuando éstos abunden en todas partes.

Cuando me hayáis mostrado millares de familias egoístas, vanidosas, vilmente interesadas, entregadas á las discusiones, contaminadas con la impureza, no por eso tendré menos derecho á mostraros una familia amable, unida, de corazón amplio, abnegada, y á decir: hé aquí una familia, una verdadera familia, animada del espíritu que deberían tener todas! Y suponiendo que no pueda encontrarse una familia tal, no siendo la perfección de este mundo, tendría aún derecho en las ocasiones en que se manifieste, en medio de las incoherencias y de los extravíos de la vida, un espíritu superior, mejor, más generoso, más tierno y puro, para decir: hé aquí señales del espíritu de familia. Y reuniendo en un haz todos los rayos dispersos de esta dulce luz, tan preciosa y tan rara, ¿no estaría dentro de la verdad, de la verdad espiritual, diciendo: *hé aquí el espíritu de familia?*

Tratemos, pues, de caracterizarlo, tal como se desprende, ideal y sin mancha, de nuestras existencias fragmentarias y llenas de obstáculos.

El espíritu de familia es la expresión conscien-

te y reflexiva de lo que llamamos el *lazo de la sangre*. Tiene, por tanto, una base oscura, instintiva, antes de revestir una forma razonada; nos llega á las entrañas antes de hablar á nuestro sentimiento ilustrado ó á nuestra inteligencia. Y esta base oscura, que reemplaza á la reflexión todavía dormida, subsiste cuando hemos despertado á la vida consciente. Las raíces del espíritu de familia penetran en la médula y en los huesos. Los sentimientos familiares son más fuertes que la razón y que la voluntad, más extensos que el dominio de la palabra. Confinan con las profundidades misteriosas y sagradas, en que los séres se unen á la esencia eterna, á la voluntad misma de Dios.

La forma de la familia es variable. Es distinta en los pueblos primitivos, entre los salvajes y entre los civilizados; distinta entre los antiguos y los modernos. Sufre sucesivamente el influjo de la organización histórica, en el seno de la cual se desenvuelve. Profundas diferencias, contrastes sorprendentes, separan á la familia patriarcal de la familia feudal, á la del antiguo régimen y su derecho de mayorazgo de la de hoy, á la familia polígama de la monógama. Pero bajo todas estas formas hay algo que subsiste, y es el lazo de la sangre. En vano las relaciones son distintas entre los padres y los hijos, entre los hermanos. A través de todas estas superficies variables, se deja ver lo inmutable; y en los momentos en que se hace oir la voz

de la sangre, en esos momentos en que algo grande y desconocido se apodera de nosotros para hacernos experimentar la fuerza del lazo natural, el padre es padre, el hijo es hijo, y la madre, madre; y poco importan las costumbres, las leyes, los tiempos y las clases sociales.

La profundidad y la energía del sentimiento familiar son comparables á las grandes fuerzas de la naturaleza. Se ven sus efectos beneficiosos ó destructores, pero es imposible reprimirlos, medirlos. No hay balanza en el mundo para calcular la dicha y la ternura, ó la angustia y la desesperación, que la humanidad ha puesto sucesivamente en estos simples gritos: ¡padre mío!, ¡hijo mío!, ¡hermano mío!

Cuando hablamos de espíritu de familia, de sentimientos y de instintos de familia, tocamos, por tanto, al fondo de la vida, á los orígenes mismos del sér, á lo más viejo é indestructible que existe, al propio tiempo que lo más nuevo y sorprendente. Ya nos llenen de felicidad ó nos hagan morir de dolor, los sentimientos familiares tienen de extraño el ser incomunicables, inexpresables. Sólo los comprenden los que los han experimentado, y se admiran como si lo que les ocurre se produjera en el mundo por vez primera.

El espíritu de familia no destruye ni el valor ni la fuerza de la individualidad. Pero demuestra al individuo que es miembro de un todo, y le incapaci-

ta para vivir como si fuera solo ó absolutamente distinto de los que le rodean. Por el espíritu de familia comprendemos que los demás son un poco nosotros mismos. El hombre está unido al hombre. *Tú* y *yo*, estos dos grandes antagonistas, estos rivales ardientes, empeñados en distinguirse, en separar sus intereses, en limitar sus fronteras, se dan cuenta con frecuencia de que se equivocan. Que un egoísta llegue á ser padre, por ejemplo, es una sorpresa inaudita. Ese otro sér que no le interesaba ni conmovía, ahora está unido á él como si de él formara parte. Qué confusión, qué desconcierto! En adelante, hay un sér á quien dice *tú*, como á cualquiera. Pero cuando se le hiere, él mismo siente los golpes. Está cogido; acaba de hacer el descubrimiento capital en el mundo en que vivimos; se ha dado cuenta de que nuestra vida circula en otro y la suya en nosotros. Dios da esta lección al hombre, egoísta de nacimiento, y se la da en familia para que más tarde la aproveche en la sociedad.

Nuestra ferocidad natural sería indomable si no estuviéramos ligados por el lazo de la sangre. Gracias á él somos vulnerables; hay esperanza de amansarnos. Mientras tanto, el espíritu de familia contrasta con nuestro yo inferior, tanto como con la ley aparente del mundo. No es posible calificar de otro modo este espíritu que de santa locura. Nada más loco que sufrir en cabeza ajena! Es una

cosa extraña, una aberración. Nadie podría justificarla ante el sentido práctico, calculador, exageradamente personal, que constituye la base de la ley del mundo.

La ley del mundo, la columna del edificio, sin la cual (al menos esto nos parece evidente), todo se hundiría sobre nuestras cabezas, es la lucha de los intereses, la competencia, el derecho estricto. Cuando aplicamos á las cuestiones nuestra razón más aguda, no encontramos otra cosa.

El espíritu de familia derriba todo esto. En lugar de procurar para sí, da; en vez de vender, concede; en vez de vengarse, perdona. Aquí el derecho del más fuerte consiste en proteger, conducir, cuidar á los pequeños. No es de admirar, por tanto, que haya un conflicto permanente entre el espíritu de familia y el del mundo, y que cada uno de nosotros, cada uno de nuestros hogares, sea el campo de batalla elegido para el encuentro de estos dos espíritus. De aquí las oscilaciones, las dificultades, los altos y bajos de nuestra vida de familia. Pero este es precisamente también su interés principal. Nada tan atractivo, que tanto apasione, como esta lucha entre la ley de combate y la ley de socorro; nada más digno de nuestra atención que esta serie de lecciones de cosas, siempre olvidadas, constantemente renovadas, por las cuales, á pesar nuestro, aprendemos poco á poco á fran-

quear los grados que separan la bestia humana del hombre fraternal.

El espíritu de familia es un punto de espera de la humanidad futura, de ese reino ideal de justicia tan alejado de nuestras miserias presentes, que para esperarle todavía es preciso tener la fe que no abate ninguna resistencia, y que para allanar los obstáculos más tenaces cuenta con los siglos sin límite. El beso maternal ha consagrado á cada hombre como ciudadano de esta ciudad. Haciéndole gracia gratuíta de la vida y de todas las cosas, la madre, en nombre de la humanidad, dice á su hijo: «Acuérdate: ama como has sido amado. Da, puesto que has recibido.»

El espíritu de familia se revela así como un espíritu de cohesión, pero de cohesión que tiende sin cesar á ensancharse. Va de los contemporáneos inmediatos á los antecesores, de quienes nos vienen las tradiciones, las herencias, las costumbres y las ideas; se extiende á los descendientes, cuyos intereses tenemos que poner á salvo. En una palabra, la familia pequeña engrana con la grande. De ella viene y á ella conduce, con un movimiento irresistible. De este movimiento es símbolo prodigioso el espectáculo de la descendencia humana, tal como le ofrece el más pequeño árbol genealógico. Si no tenemos más que un padre y una madre, tenemos cuatro abuelos, ocho bisabuelos, y así sucesivamente en proporción creciente. Por

nuestros antepasados descendemos de la multitud; por los que han de salir de nosotros terminamos en ella. ¿Cómo podría sernos indiferente?

Una escuela en que se aprenden y enseñan cosas tales no podría ser, como lo pretenden ciegos teóricos, un obstáculo al bien público; es su defensa más firme.—La familia es como la célula de una sociedad y de una nación. No tenemos nada más sólido para asentar nuestras esperanzas, para curarnos del mal, para salir de las dificultades del mundo presente. Todos los graves problemas sociales se plantean en el hogar, y no tendrán solución en parte alguna en tanto no sean resueltos en él. ¿Cómo tendremos espíritu suficiente para reemplazar en la sociedad la lucha salvaje por la inteligencia, si no pensamos en entendernos con los que son carne de nuestra carne? La deserción de la vida de familia es la deserción del campo de honor, en que se conquista el porvenir en lucha elevada. La decadencia del lazo familiar es la destrucción de todo lazo social. A quién llamaría hermano, si los míos son para mí extraños? La mayor parte de nuestras desgracias públicas proceden del abandono de nuestros deberes familiares.

Hay que replegarnos en la vida de familia, en la vida del hogar, en sus virtudes, en sus alegrías, en la dulce religión del hogar doméstico.

CAPÍTULO III

DOS HACEN UNO

El lazo de la sangre, que une á los miembros de una misma familia, se reduce á otro lazo, un lazo electivo, que resulta del acuerdo de dos séres. Antes del nido, antes de la nidada, está el hecho primordial del amor. *Dos hacen uno;* esta es la piedra angular de la casa. Cuando un hombre y una mujer se ponen de acuerdo para pertenecerse y fundar un hogar, las líneas de sus destinos se confunden. Sus intereses esenciales llegan á ser idénticos.

Desde un principio estamos obligados á ocuparnos aquí de situaciones excepcionales, es verdad, pero demasiado numerosas para ser pasadas en silencio. Cada vez que estos dos términos: matrimonio y amor, se encuentran, nos hacen recordar que no son sinónimos y no marchan necesariamente á la par. Hay amor sin matrimonio y

matrimonios sin amor. Por qué ocultárnoslo? La vida nos lo dice bastante, nos lo grita en todos los tonos. Antes de hablar de las uniones normales, nos es preciso, por tanto, pensar en aquellas más numerosas que son imperfectas, incompletas ó comprometidas. Nos elevaremos hacia las cumbres por senderos arduos, y así estaremos en lo cierto. La salvación del hombre es mirar á la vida real é iluminar sus rincones oscuros con una luz que venga de más alto.

***

Una de las causas del mal resultado de las uniones está en el modo mismo de cómo se conciertan. La mayoría de los hogares se fundan al presente como esas empresas industriales y comerciales en que se crea el negocio esperando á los parroquianos. Siempre que haya conformidad de gustos, de educación, algunas analogías de sentimiento, un poco de estimación naciente y una buena voluntad grande para convenirse recíprocamente, el amor, parece, no ha de dejar de venir un día ú otro. Sería muy inhumano culpar á los que se casan en estas condiciones. Qué medio hay de obrar de otro modo en una multitud de casos? Nuestra vida moderna nos ofrece un marco muy desfavorable en las relaciones entre la gente joven, en el desarrollo de los sentimientos tiernos, en la preparación de esos matrimonios nacidos en el te-

rreno de las amistades de familia, y cuya primera intención se eleva á veces hasta los juegos de la infancia. Nuestra juventud se ve obligada á acomodarse, bien ó mal, á exigencias y trabas sin número. Con las mejores disposiciones del mundo, con el deseo de obrar bien, con los sentimientos más rectos y nobles, hay que resignarse á arreglarse como sea posible. Se casa uno, por tanto, y esperando el amor, se le prepara el nido.

Así los aldeanos de Alsacia preparan nidos en sus tejados á las mensajeras amadas de la primavera, á las cigüeñas, que llevan la felicidad á sus huéspedes. Muchas veces aceptan la invitación; muchas también pasan distraídas y van á hacer felices á otros. Jamás se ha sabido por qué venían y por qué no venían. Es como el amor que se espera: viene ó no viene. Por qué? Es un misterio.

No importa: venga ó no, desde el día en que dos séres se han dado la mano para compartir la vida, los intereses, los riesgos, la reputación, todo les es común. Verdad es esto, no sólo en los hogares donde, á falta de amor, hay un espíritu de cordialidad, una franca amistad, algunas consideraciones mutuas, sino también en aquellos mal avenidos. Quizás éstos deberían recordarlo más constantemente. El marido y la mujer no forman más que uno. Lo que daña al uno daña al otro, y si disputan, se desprecian, se tienen envidia, se

persiguen, cada uno se hace á sí mismo el mal que cree hacer al otro.

Debe haber obstáculos bastante serios en la inteligencia humana para el reconocimiento de esta sencilla verdad. Porque desde el principio del mundo todo nos lo repite en todas las formas, y apenas si algunos se dignan prestar atención. La primera vez que venerables tradiciones atestiguan que dos hacen uno es en el Paraíso. E inmediatamente la primera pareja nos prueba que ya lo ha olvidado. Por un mal procedimiento, con demasiada frecuencia renovado después, y que ha venido á ser como una especie de vicio hereditario del sexo fuerte, Adán carga su culpa sobre la mujer dada por Dios. No se da cuenta de que critica á Dios mismo por encima de la persona de Eva. Posteriormente, es verdad, las hijas de Eva han seguido muchas veces el procedimiento de Adán, y ya no pertenece, hace mucho tiempo, á ningún sexo. Triste herencia, detestable tradición, que sobrevive á todas las civilizaciones y á todos los regímenes. Ella impide muchas veces al marido y á la mujer comprenderse, perdonarse sus culpas y sus deficiencias, reparar sus faltas recíprocas. Acumulando por una y otra parte los agravios, dos séres que se han estimado en otro tiempo y probablemente han empezado por amarse, concluyen á veces, después de años de vida común, por transformarse en adversarios declarados, en enemigos irreconciliables.

Dos no hacen más que uno; hay que decírselo por la mañana al despertar, y repetírselo á propósito de todos los pequeños incidentes, como de todos los hechos graves del día.

Dos hacen uno ante el mundo, que envuelve en general á los cónyuges en un juicio idéntico, sin preocuparse de los pormenores de sus diferencias.

Dos hacen uno, sobre todo, ante los hijos. Cuando los padres se presentan ante sus hijos como dos personas de miras, de voluntad, de gusto, de concepción de la existencia opuestos, están perdidos y los hijos también. Ya no hay educación posible. El uno deshace lo que el otro ha hecho, y el edificio familiar, quebrantado y corroído por todos lados, cae sobre los padres y los hijos. Cualesquiera que sean vuestras diferencias de opinión, de deseos; vuestra manera de ver personal, vuestras convicciones morales y religiosas, lo esencial es presentaros ante vuestros hijos como un solo individuo. De otro modo, por la brecha abierta de vuestra unión mal ajustada, y de vuestras tendencias mal asociadas, la desobediencia, la rebelión, la anarquía de las jóvenes voluntades, entrará como un torrente y os anegará. Qué decir de los padres que someten sus causas al juicio de sus hijos, todavía jóvenes, y delante de ellos abogan el uno contra el otro, se comparan, distinguen las responsabilidades, se echan las culpas recíprocamente?... En estas diferencias, el triunfo mismo

es una derrota. Jueces y abogados, todos pierden el proceso.

Si vuestro cónyuge carece de discreción, de bondad, de mesura en el juicio ó en la conducta, esforzáos por completar su educación. Si es inaccesible á las palabras, al ejemplo, al sacrificio mismo, entonces sólo os queda un medio: tener por los dos las cualidades que le faltan. No querría que esta observación fuera tomada como una de esas lindas teorías tan fáciles de formular, pero de una aplicación imposible. Transcribo las lecciones de la vida, la experiencia de personas vistas con las manos en la masa, y que colocadas en circunstancias excepcionalmente difíciles, á veces hasta intolerables, me ha parecido resolvían del mejor modo un problema, que es el doloroso destino de tantas vidas para siempre perdidas. Aquí penetramos en un terreno de íntimos sufrimientos, de torturas morales que no tienen semejante. En ciertas ocasiones, las culpas están demasiado evidentemente de un sólo lado para que pueda haber siquiera ni sombra de duda. Aun si uno de los dos tiene faltas que reprocharse, su origen se remonta casi siempre á la conducta del otro. Asistimos entonces al espectáculo más lastimoso: dos existencias fuertemente unidas por lazos que ha estrechado el nacimiento de los hijos é incapaces de asociarse moralmente. La una, siempre contrariada en sus mejores intenciones, esterilizada en sus más generosos esfuer-

zos. Una vida acosada, marchita, mancillada á veces por el constante influjo, la dolorosa intrusión de una voluntad que nada respeta y no retrocede ante ninguna bajeza ni ninguna injusticia. Acusaciones ante las cuales queda uno reducido al silencio como un culpable, porque defenderse sería á veces un mal peor que callar. No habrá palabra, ni siquiera habrá imaginación, que sondee jamás los círculos de ciertos infiernos domésticos.

Y aun allí *dos hacen uno;* no sólo por esa ley universal que hace caer sobre el inocente la falta del culpable, sino por el hecho de la unión primitiva. Tenemos, es cierto, el divorcio, medio heróico en las situaciones desesperadas. Pero el divorcio, aun cuando aparece como la única salida posible, es incapaz de destruir las consecuencias de la unión una vez realizada. Es un final, no es una solución, y ninguna ley, ningún abogado, ningún procedimiento judicial, pueden anular el hecho realizado. Cuando se tiene un pasado común, se conservan, aun separados, los intereses solidarios de dignidad y de sentimiento. El divorcio es como las operaciones quirúrgicas. Cuando mejor resultan dejan huellas y cicatrices, y no es raro ver á los amputados sufrir todavía en el miembro sacrificado. El divorcio, al tratar de desatar el nudo conyugal, atestigua su solidez, su inextricable confusión. A su modo determina que dos hacen uno.

* * *

Séanos lícito ahora abordar un punto más risueño y consolador, y descansar nuestras miradas en hogares en que una intimidad seria, una armonía más ó menos completa, ha llegado á establecerse. Hagamos notar, en primer término, que esta armonía nada tiene de improvisado ni de fulminante. Nutrida de buena voluntad y de paciencia, se madura bajo cielos que no siempre están limpios de nubes. Cabe amarse desde el primer encuentro; pero esos amores, que tienen algo del rayo, son muchas veces de corta duración. No armonizamos sino después de un cierto tiempo. Las lecciones de armonía en el interior de la casa son indispensables; se pagan en lo que valen y las hay muy dolorosas. ¿Por qué se habla de estas cosas? Las hay cuyo conocimento sea más necesario é interesante?

La severa realidad de la vida doméstica y sus dificultades diarias, con los esfuerzos intentados para resolverlas, ¿no son un espectáculo mejor que los convenios hipócritas, ó por lo menos superficiales? Estimo que se hace un mal servicio á la juventud ocultándole la vida verdadera. Esta vida, con todas estas complicaciones, es más bella y menos insulsa que el idilio fantástico. El mito de la luna de miel, sobre todo, es de un enojoso efecto. Nos expone á desconcertarnos en los primeros encuentros con lo que se llama desdeñosamente la prosa diaria. Enseñadnos más bien á hacer buena prosa

y á poner en ella un poco de alma y de poesía. No, el acuerdo de dos voluntades no es fácil ni rápido. No se da ni con los anillos de desposorios, ni con el equipo de matrimonio; se aprende y se conquista como todo lo que tiene un verdadero valor. Como las facultades artísticas y la energía moral, exige ser constantemente cultivado, y falto de cuidados puede disminuir y perderse aun entre los que le han poseído una vez.

Para realizar una buena alianza es condición previa tener un terreno común. Cuando queremos encontrarnos por encima de las tapias, de los setos y de los fosos, corremos el riesgo de destrozarnos en los obstáculos y obtener un mal resultado. No es el interés mezquino ni la estrechez de espíritu, sino el simple buen sentido, lo que nos disuade de aliarnos con medios demasiado diferentes del nuestro, por la situación material, las ideas, las creencias ó la educación. Para llegar á entenderse, es discreto disminuir de antemano las probabilidades de conflictos. Cómo predecir un porvenir pacífico á dos jóvenes esposos, salidos de medios tan desemejantes, que no podría soportarse en ellos la lectura del mismo periódico? Es mucho exigir á la mansedumbre y á la equidad humana que se ejerciten todos los días entre dos séres colocados en puntos de vista diametralmente opuestos.

Con excesiva frecuencia nuestros hijos y nuestras hijas reciben una educación que los malquista

de antemano. A partir de cierta edad, no se entienden ya hermanos y hermanas, tan contradictorias son las concepciones de la vida, los principios y las creencias que por una y otra parte se les ha inculcado.

Cuando se encuentran más tarde en el matrimonio, el uno viene de la luna y el otro de la tierra, y recuerdan la famosa yunta mitológica, en que Pegaso se ve obligado á tirar del arado en compañía de un buey. El hombre y la mujer deben ser educados el uno para el otro, y recibir, no una educación idéntica (ese es el colmo del absurdo), sino una educación convergente que los lleve, por caminos conformes á su sexo, hacia un fin común. Una vez hallado el terreno de encuentro y concertada la alianza, para fortificarla y hacerla duradera, es necesario que cada uno ponga en ella mucho de lo suyo. Ninguna asociación es posible sin espíritu de sacrificio ni concesiones mutuas. La vida en pareja se alimenta de condescendencia, de amplitud de espíritu, del abandono perpetuo de sí mismo. Después de haber dicho «yo», desde el principio de la vida, es preciso aprender á decir «nosotros». Después de haber andado solo, de un modo personal, hay que ejercitarse en marchar al paso.

Una de las más graves herejías en el matrimonio es esta idea, confundida con la substancia misma de nuestros cerebros: para que dos voluntades

sigan una dirección segura, igual, una debe mandar y la otra obedecer. La ley, á fin de prevenir todo conflicto de poder, ha confiado al hombre la preponderancia, nombrándole jefe. ¿Pero no es esta una de esas numerosas ficciones de que la práctica dispone á su comodidad?

En mi opinión, la cuestión de preeminencia de uno de los cónyuges sobre el otro es una cuestión falsa y que no debería plantearse. Pero, una vez planteada, no es en el terreno legal donde encuentra su solución, sino en el psicológico. Se resuelve en favor del más enérgico, del más listo ó del más obstinado. Esta cuestión es muy compleja, se sustrae á los cálculos y á las previsiones. No podréis alabaros de gobernar por la inteligencia. Si tenéis que habéroslas con un compañero ciego y obstinado, seréis infinitamente más sensible á su obstinación que él á vuestra razón, y puede ocurrir que os domine muy pronto con toda la altura de su incapacidad. En general, cuando la cuestión del poder se ha puesto claramente desde el primer día y se ha tratado de saber quién guiará al otro, la lucha ha terminado al cabo de cierto tiempo con la victoria de uno de los competidores. Retiene entonces la autoridad, y el otro sigue dócilmente. A condición de que éste no vuelva á poner en cuestión la autoridad, todo marcha bien. Si aparenta tener una opinión personal, la situación se echa á perder. Se le trata de insubordinado, á menos que, cogido

por el sentimiento, no se le repita sin cesar: «ya no me amas!»

El estado de cosas que acabamos de describir es, prácticamente, el más extendido. A veces da buen resultado. Hay familias autocráticas; el cetro se encuentra en manos del rey ó de la reina, y son felices así. La paz impera, nadie se queja; los súbditos están satisfechos y el gobierno es paternal. Pero en cuántos casos no ocurre lo contrario! Los aliados, entonces, no consiguen más que oprimirse, envilecerse, contrariarse ó acabar el uno con el otro. Suponiendo, sin embargo, que ninguno de estos inconvenientes exista, que el gobierno autocrático sea siempre pacífico, que descanse en el legítimo ascendiente de la energía, de la inteligencia, de los sentimientos nobles, y no descienda jamás á reinar por el miedo, la obstinación ó el medio peor de todos, la sensualidad: este gobierno no sería el ideal.

La dignidad semejante del hombre y de la mujer, nos hace concebir como un estado inferior esta dominación de uno de los esposos por el otro. Nos parece poco conforme á esa dignidad, cuyo valor en suma nos ha revelado el cristianismo, que uno de ellos diga, aun en nombre de cualidades superiores: *yo soy los dos!*

La ley, la dirección, la autoridad, se nos presentan como impersonales, elevadas por encima de los séres particulares. Cuando el acuerdo es per-

fecto, no se sabe ya quién manda ó quién obedece. Se avanza á un tiempo, semejante á las alas de un mismo pájaro, ignorando cuál de las dos dirige el vuelo. La armonía no consiste en la sujeción del uno al otro, ni aun en el reparto de los influjos en que marido y mujer se atrincheran cada uno detrás de sus fronteras y sus atribuciones. La conformidad está en la sumisión común á la razón, á la justicia, á la verdad. No se trata de saber quién manda, sino lo que exige la situación. En vano los aliados son de inteligencia desigual, de luces desproporcionadas, necesitan el uno del otro, y la única preocupación de que deben desembarazarse completamente es de la de tener razón y dominar. Hay que tratar de adquirir este género de desinterés.

Uno de los grandes peligros de las uniones monárquicas es la desaparición del monarca. Una mujer que no ha sido asociada por la inteligencia á la dirección de los asuntos domésticos, pierde la cabeza al mismo tiempo que pierde á su marido. Habituada á obedecer, no sabrá tomar iniciativa alguna, y le aterrará toda responsabilidad. Héla aquí destinada á caer en manos del que quiera dirigirla. Un hombre que no haya mirado el mundo sino á través de los ojos de su mujer, no ve gota si su mujer llega á faltarle. Asociémonos de suerte que, en caso necesario, uno de nosotros pueda reemplazar al otro.

Por otra parte, en el camino de la vida, tene-

mos necesidad ante todo de un subalterno dócil, ó de un aliado capaz de ofrecernos un punto de apoyo si perdemos fuerza, ó una resistencia si nos extraviamos? El recurso más precioso en esta vida agitada es la alianza de una voluntad segura y amiga. Para hacerla brotar, formarla, respetarla, nada debe costarnos trabajo. Entonces, el uno viene á ser el refugio del otro. Uno de los consuelos de la existencia es tener cerca de sí alguien á quien se pueda confiar todo como si fuera nosotros mismos. Penetra en la soledad interior, en que agitamos las más graves cuestiones y llevamos las grandes responsabilidades, y somos dichosos al saber que todas las cargas no descansan sobre nuestros hombros. Ciertos caracteres se muestran más dispuestos á la servidumbre que á la alianza. No hay que abandonarlos en su tendencia á la abdicación, sino despertar, por el contrario, su personalidad, obligarles á hacerla valer. Así nos acostumbramos á la ayuda mutua y á la confianza. Entre marido y mujer es necesaria una iniciación semejante. El trabajo que proporciona está ampliamente compensado por los resultados que produce.

Ambos obtienen el mayor provecho en mantenerse el uno con respecto al otro francamente al corriente de lo que concierne á sus intereses comunes, materiales ó espirituales, en repartirse el cuidado de ellos. Sostengan sobre todo y provoquen

sin cesar la sinceridad, por el modo como hacen sus observaciones y reciben las opiniones ó las confidencias del otro. Hay cónyuges en los que han terminado las relaciones leales, impulsados al disimulo por su estrechez de espíritu y sus observaciones desagradables. La sinceridad humana jamás debe ser sometida á pruebas demasiado duras. Sepamos alentarla, desearle la bienvenida, y para que no abandone nuestro hogar, espantada por nuestros procedimientos, reservémosla nuestra más amable, nuestra más indulgente acogida. Suponiendo que nos sorprenda saber ciertas cosas, y no podamos aprobar lo que se haya dejado ver, estemos al menos reconocidos por haberlo sabido. Con rectitud y benevolencia se logra siempre salir de las dificultades. El día en que se apodere de nosotros el miedo de hallarnos frente á frente; en que para tener paz prefiramos esconder nuestros sentimientos, se ha dado un golpe terrible á la unión. Entonces, levantado con nuestras propias manos, aparece y se espesa entre los que deberían comprenderse, ese muro impenetrable y sordo con el cual á la misma mesa y bajo el mismo techo se está separado el uno del otro. Son numerosos los que han lamentado haber mantenido á su consorte en la ignorancia de las cosas en que la prosperidad, la salud, la conducta, estaban comprometidas. Pero podrían contarse los pocos que han lamentado haberse tenido recíprocamente al corriente de todo. ¡Cuántas des-

gracias habrían podido prevenirse, si en tiempo útil uno de los dos hubiera sabido lo que pasaba! Eduquémonos, pues, el uno al otro para compartir sinceramente la existencia y lo que ella nos traiga. Que nadie se reserve cuando pide al otro que se adelante y se entregue. Por ambas partes hay que marchar con buen corazón y con lealtad.

Los que no obran así no saben lo que hacen. En todos los hechos importantes de la vida, llegan á ser recíprocamente causa de disgusto y origen de disputas, al mostrarles cada uno de estos hechos su aislamiento ó hacerles descubrir disimulos mutuos. Las cargas resultan de este modo aumentadas, el mal se agrava. Ah!, qué triste cosa son los infortunios, los accidentes, excitando la discordia entre los que deberían sufrirlos juntos! Por el contrario, qué consuelo cuando dos son uno y pueden absolutamente contar el uno con el otro! No importa lo que ocurra; lo aguantan á una y se dicen: «Tu pena es mi pena.» No piensan en acusarse de sus faltas, sino que cada cual lamenta las del otro, como si fueran las suyas, y se dedica á repararlas. Allí donde no hay armonía, toda dificultad puede compararse á un asaltante que tiene inteligencias en la plaza. Si la armonía existe, la plaza está bien guardada. Cada cual está en su puesto. Trabajar juntos, luchar, sufrir reunidos; no encontrar nunca la puerta cerrada cuando se tiene necesidad de consuelo, de una buena palabra; marchar á un mismo

paso como verdaderos compañeros de armas; cuánto mejor hace esto la vida y más firme el corazón! A medida que se avanza se sienten más unidos. Todo el pasado común estrecha á ambos. Esta armonía, una vez conocida, es aquello á que damos más importancia en este mundo: todo lo demás es secundario. Cuántas veces he oído decir estas palabras, salidas del corazón de todos los que han llegado á realizar la unanimidad: «Suceda lo que quiera; venga todo lo que pueda ocurrir, siempre que permanezcamos de acuerdo!»

En estas alturas de paz en que los corazones se pertenecen y están seguros el uno del otro para siempre, se comprende mejor el amor. Quien, pues, conozca á ese huésped divino, más dulce que la dicha, más bello que la primavera, más fuerte que la muerte, jamás le sondeará á fondo. En la juventud le buscamos y creemos experimentarlo cuando una cierta simpatía ardiente, un calor dulce, nos advierte que otro sér nos es querido y que estamos unidos á él. Esto no es más que el principio del amor. En muchos, esta flor primaveral cae pronto sin dar fruto. Con cuántas de estas flores, ajadas y marchitas por el viento del desierto, deshojadas por el frío, por las tempestades, no está sembrado el camino de la humanidad!

¡Pobres gérmenes de amor, caídos en corazones demasiado duros, demasiado egoístas, que no han encontrado el jugo vivificador de la tierra próvida!

Nos muestran, sobre todo, del amor, la fragilidad, la gracia efímera. No los condeno, los lloro como se llora todo lo que muere en edad temprana.

Por desgracia, nos habituamos demasiado á ver esas uniones en que el amor, muerto joven, es una reliquia que duerme olvidada en el fondo del recuerdo, como las flores de azahar y el traje de boda duermen en algún armario. Así debe ser, acabamos por creer que esta es la ley común!

Elevemos mejor nuestros corazones á algo más duradero, á un amor más perseverante. Este no se va con las rosas. Perdura, es fiel, vigoroso; sufrido. Aguanta las borrascas, no teme las heladas, los calores tropicales no le dan miedo. Es enteramente distinto á un niño bonito un poco travieso y algo caprichoso. Es un compañero duro y vigoroso. Los días hermosos no le son indiferentes, pero se muestra y prueba sobre todo en los días malos. Sabe sufrir, perdonar, soportar. No depende ni de un rayo de sol ni del color de un cabello. No tiene edad, ó más bien, como el vino bueno, gana con el tiempo, y nos hace pensar en este delicioso proverbio alemán: «Alte Liebe rostet nicht» (1).

Permanezcamos todavía un poco en su compañía (¿dónde estaríamos mejor?), y comparemos este amor consagrado por toda la vida, con el amor tal como le observamos en la juventud.

---

(1) Amor viejo no enmohece.

Cuando se es joven, ¿por qué se ama? Porque siempre se tienen algunas razones para amarse. Y no es una de las cosas más dulces repetírnoslo? El amor es ciego, se dice. Esto significa solamente que no mira del modo ordinario. Si no ve lo que nosotros vemos, ve también lo que no vemos. Mira con ojos interiores. De joven, por tanto, se siente uno atraído hacia el otro por misteriosos poderes que nos subyugan. Pero al lado de lo que no se podría expresar ni definir, hay ciertos motivos que nos confesamos y que conocemos.

Se ama por la gracia, la energía, el porvenir, la bondad del corazón, el ingenio, por la alegría, la frescura, el brillo intenso de los ojos, por todo lo que Dios ha puesto de encanto en esa flor delicada, adornada con todos los rayos de los cielos y con todas las sonrisas de la tierra, y que se llama juventud.

Y hay razón para amarse y decirse por qué, sin cansarse nunca.

Pero si nos es dado amarnos largo tiempo, el por qué del amor varía; y la comparación de estos dos *por qué,* el de la juventud y el de la edad madura ó de la vejez, el que nos decimos bajo la nieve de los manzanos y el que nos decimos bajo la nieve de los años, están llenos de una belleza espiritual infinita.

Nos amamos de viejos por los sufrimientos pasados, por los trabajos comunes, por las arrugas

de la frente en que está escrita nuestra historia, por las faltas perdonadas, por todos los recuerdos venturosos ó tristes. Nos amamos en nuestros hijos y en nuestros nietos. Y con todo esto nos amamos también porque juntos hemos sido jóvenes, y porque nos recordamos el uno al otro esta juventud.

Estimo que los que han sentido este amor en los senderos variables de la vida, han recibido un tesoro inestimable. Han poseído lo mejor que existe. Aun cuando fuesen pobres, serán en esto más ricos que lo que pueden hacernos todos los demás bienes; aun cuando lloren sobre tumbas, solos en adelante, les diré: «Sois más felices que los que jamás lo han experimentado.» Y si me fuera lícito formular un deseo para todos los conocidos ó desconocidos que lean esto, les diría: «Quienquiera que seas, te deseo seas amado y ames así»; y aun cuando estemos lejos de tener siempre el amor que merecemos, añadiría: «Hazte digno de semejante amor.»

CAPÍTULO IV

PATERNIDAD, MATERNIDAD

El hombre se mueve y Dios le guía; hé aquí una vieja fórmula de religiosa sabiduría, cuya profundidad se me ha hecho visible sobre todo cuando he pensado en el misterio de la vida de que somos los guardianes. Le recibimos de los padres, le transmitimos á los hijos y nadie lo ha explicado jamás. En nosotros, y por mediación nuestra, se realiza una obra que excede de nosotros. A ella estamos asociados por la alegría, por el dolor, por actos en que nuestra responsabilidad está comprometida en el más alto grado, y, sin embargo, no somos más que los instrumentos de un poder superior. Los más creyentes y los más inteligentes nunca han podido penetrar sus últimos designios ni descubrir la acción creadora. No pensamos bastante en esto. Una antigua costumbre parece haber embotado nuestra atención. Somos padres ó madres por rutina, imi-

tación ó fatalidad, sin que la nobleza de estos títulos nos sea revelada. Conocemos de la humanidad su figura aparente y sus gestos superficiales; su santidad se nos oculta. Es una flor divina que en la mayor parte de nosotros no se abre nunca.

Hay más: nuestros ojos se detienen en las escorias de la existencia, en sus miserias, en sus extravíos, en sus manchas. Bebemos sus heces, hacemos nuestro pan con sus mermas impuras. Tal es la ignorancia y la ceguedad de nuestros corazones profanos, que las fuentes sagradas de la vida son quizás la esfera en que se han cumplido más crímenes y abominaciones. Tanto las hemos pisoteado y enturbiado, que para muchos han llegado á ser sospechosas. Esos han creído alcanzar un grado de virtud superior alejándose de ellas, renunciando para siempre á esta dignidad que ninguna otra podría igualar y cuya pura radiación remonta hasta Dios: la dignidad paterna, la dignidad materna.

Ser padre, ser madre, no ya sólo por el impulso de los instintos y de las leyes naturales, sino por la libre adhesión del alma; transformar en lazo del corazón y del espíritu el lazo de las fatalidades exteriores, asociarse á la intención que ha querido que nos debamos la vida los unos á los otros, es vivir en las profundidades, ensanchar nuestro horizonte, es participar casi, por un nuevo nacimiento, de un grado superior del sér.

***

La verdadera paternidad no se improvisa. Está preparada de larga fecha. ¿No forma parte de esa alta previsión que en todos lados se preocupa del porvenir, lo combina y dispone su puesto?

A nadie es lícito olvidar que lleva en sí el porvenir. Recordarlo, es adquirir la materia previa de la paternidad. Olvidarlo, es salir de la cohesión humana.

Cada uno de nosotros influye con su conducta en la suerte de los que de él han de descender. El hombre no imprime solamente la huella de sus pasos en la arena de sus rápidos días, la imprime en el rostro y en el corazón de las generaciones que no han nacido. Nuestro modo de ser determina de antemano las líneas esenciales de su constitución, de su pensamiento, de su carácter.

Al plantar sus árboles el viejo de La Fontaine, dice:

Mis descendientes me deberán esta sombra!

Y nosotros le estamos agradecidos por esa solicitud, por esa mirada benévola y penetrante. Algún día, cuando haga mucho tiempo que ha desaparecido, los árboles plantados por él subsistirán. Sobre la cabeza de los niños risueños, sobre los miembros fatigados de los viajeros dormidos, extenderán sus ramas tutelares, y el viejo será feliz por el bien que realizará valiéndose de ellos. Recojamos esta lección de previsora bondad. Tenemos

todos razones muy poderosas para preocuparnos de la ayuda ó del perjuicio que aseguramos á nuestros sucesores, en nuestro ser y en nuestra sangre, en nuestros hábitos, en nuestros defectos y en nuestras buenas cualidades. No se vive para sí mismo; este es un axioma de orden general que puede comprobarse á través de todas las relaciones humanas; pero con qué rigor no se aplica esta verdad á la herencia! Todo lo que hacemos y lo que somos dejará huellas en la herencia que constituyamos á nuestros hijos. Una de las frases más conmovedoras y de mayor alcance que jamás hayan sido pronunciadas, es la que M. Pasteur, el día de su jubileo en la Sorbona, consagraba piadosamente al recuerdo de sus padres, cuando decía: «Os doy gracias por lo que habéis sido.»

No nos encontramos aquí en presencia de teorías más ó menos arbitrarias. Tocamos con la mano lo más positivo que existe. No se trata tampoco de quimeras lejanas, de precauciones exageradas, sino de la más directa y urgente sabiduría práctica. El hombre bastante atento y respetuoso para observar simplemente las consecuencias que el título futuro de padre y de madre nos obliga á deducir para nuestra conducta personal, no tendría necesidad de otra luz para cumplir bien su deber. Toda la moral está indicada por las relaciones humanas. Es la ley eterna, la ley divina grabada en nuestras fibras.

Sin embargo, esta ley adquiere un carácter de

actualidad, á partir del día en que no se trata solamente de una posibilidad más ó menos lejana, sino de realidades próximas. Allí, entonces, nos esperan extrañas sorpresas, lecciones inesperadas. Se es padre y madre desde que hay hombres, y los que pasan por ello experimentan sensaciones tan nuevas como si se realizara un hecho hasta entonces desconocido! En vano se nos habla de ello, se nos hace presentir; nadie ha comprendido nada hasta el día en que él mismo ha sido padre. ¡Cuán diferente es la escuela de la vida de cualquiera otra, y cuán hondas son, pues, sus enseñanzas!

***

La espera del hijo es todo un mundo de gracia y de recogimiento saludable. Generalmente, todo esto pasa casi desapercibido, como la mayor parte de los sucesos de la vida interior. Hasta aquí he hablado más bien de los padres; ahora pienso en las madres; pero siempre lo que digo de los unos es, en cierta medida, verdad respecto á ellas. Bien lo comprenden cuando piensan juntos en el que no es todavía más que una esperanza, en ese desconocido, amado á través de misterios que de ellos le separan. Pero la madre tiene en este caso más privilegio: Dios la ha hecho guardiana de la esperanza. ¿Quién os dirá todo lo que pasa entre vosotros y ese huésped querido á quien preparáis acogida? Hé aquí su cunita en que ya nada

falta, sus camisitas y sus jubones cosidos con esmero. Probáis en vuestra mano su gorrito para haceros la ilusión de una cabecita. Y cuando miráis sus medias de blanquísima lana, os parece que ya se agita dentro un pie diminuto. Si alguna vez llegamos á desesperar de la humanidad ó á despreciarla, la salvación nos vendrá de aquellas á quienes hablan muy bajito, en sus largas y deliciosas conversaciones, los pequeños mensajeros del buen Dios que deben llegar mañana. Nada más conmovedor en el mundo, que la vida cuando está todavía velada, invisible. El capullo es más atractivo que la rosa abierta; el alba nos hace soñar bastante más que el mediodía deslumbrador. El Evangelio nos muestra á María saludada por un ángel. En este mundo oscuro y brutal, en que toda belleza verdadera es una belleza oculta; en la multitud que os desconoce, en el hogar mismo, en que á veces parece no notarse vuestra presencia, jóvenes madres á quienes Dios confía aquellas en las cuales confiará mañana, no os encuentro nunca sin oir invisibles voces murmurar á vuestro paso este homenaje eterno que, desde la Madre del Salvador, se extiende á todas las madres: *Yo os saludo, María!*

Pero si sois saludadas, madres felices, es preciso pensar más aún en las que están apenadas y en las pobres criaturas, sobre las cuales se llora de antemano. La cuestión humana, resumida en

toda su tristeza, es una madre esperando en la miseria y para quien la esperanza se transforma en angustia. ¿De qué le vestiremos, con qué le cubriremos? ¿Cómo será acogido? ¿Tendrá alguien que le desee la bienvenida? ¡Oh, qué dura es la vida, y qué negro el porvenir para algunos, para los desheredados de la fortuna y de la salud, y para los desheredados de la dicha, cuando la habitación está fría, vacío el bolsillo ó los corazones desunidos! Hemos visto la luz; pero aquí tenemos la sombra. No hay nada más frío y aterrador en la creación. Los que están sentados al calor de la lumbre no deben perder jamás de vista esta sombra! Si la maternidad es sagrada, si imprime en nuestras frentes un signo celestial, si bien comprendida resume todo lo que el hombre debe al hombre, ¿no empezará por enternecer nuestros corazones? A través de nuestras emociones adivinamos las de los demás. ¡Acuérdese la maternidad dichosa de la maternidad desgraciada! Los padres y las madres se entienden y fraternizan por las entrañas, de un extremo á otro del mundo. Algo tenemos de común que triunfa de todas las barreras, de todos los cismas. Y hé aquí que el hijo esperado, aun antes de entrar en el mundo visible, de ceñirse á un medio social, de recibir una educación y un sello, nos recomienda á ese otro niño, que llega como él y que quizás no tendrá donde descansar su cabeza. Si supiéramos escuchar esta voz discreta que se eleva

del centro mismo de nuestro sér, nos enseñaría el más puro cariño, y el débil, el pobre, el que se dispone á estrellarse en nuestras orillas como un náufrago, encontraría al nacer manos que le cogieran, le cubrieran y le dieran calor. Todos los días los padres traban conocimiento en el cementerio con otros padres que fueron á visitar pequeñas tumbas, en que lloran á veces penas tan grandes. Es la fraternidad en las lágrimas y en la muerte. Hago votos por otra, la de la vida, la de antes de la vida, debería decirse. Por el amor del hijo esperado, se quiere un mundo mejor, costumbres menos viciosas, corazones menos duros; desearíamos, para él, allanar los caminos, suavizar las pendientes, calmar las iras. No hay ningún deseo más legítimo. Transformémosle en actos. Practiquemos la santa cohesión de la familia humana. Tendamos una mano en auxilio de las madres que esperan llorando.

Así prepararemos el camino á los que llegan, y les permitiremos amarse más que nosotros. Y dando á este pensamiento mayor extensión, añado: que ese huésped esperado nos acerque á Dios y nos acerque á los hombres, á todos los hombres. Puesto que va á venir, perdonemos á los que nos ofenden, sonriamos á los que nos ponen mala cara, demos luz á nuestros ojos y calor á nuestro hogar. Los que Dios nos envía no deben caer en medio del desorden, de las disputas y de rostros sombríos ó airados.

***

Pero hé aquí que ha llegado el momento. El que se espera está á la puerta, y para tenerle, para poseerle, para estrecharle en nuestros brazos y contra nuestro corazón, hay que conquistarlo en lucha grande, en la angustia y el dolor. ¿Por qué esos sufrimientos, por qué esos gritos? ¿Por qué esos peligros, esos esfuerzos, ese drama del nacimiento? ¡Oh, no! Jamás el hombre se acostumbrará á ello. Si fuéramos dueños de los destinos, no habríamos puesto tantas dificultades y trabajos á la entrada de la vida. Todo esto excede de nuestras fuerzas. Cuántas veces, desde que hay criaturas humanas, sus manos se han juntado para pedir que este cáliz les fuera perdonado!

Y, sin embargo, en esta miseria y este sufrimiento es donde están nuestras más hermosas riquezas. Comprada á este precio, ¿no parece la existencia más preciosa? Amamos los bienes en razón de lo que nos han costado, y á nuestros hijos en razón de lo que nos han hecho sufrir. Si no fueran un pedazo de nuestro sér, dolorosamente separado del conjunto, no estaríamos tan unidos á ellos. Nuestra dicha es un tesoro cuyo precio es el sufrimiento.

Este sufrimiento por lo demás, siempre temido, deja en general pocos sinsabores. Nadie se queja del mal que ha sufrido, si le debe el ser más amado y el aprender á amar más. Estos dolores, á los cuales debemos la vida, son un cimiento muy fuer-

te. El hombre, por estos momentos, ama más á su mujer, porque ha sufrido. ¿Y no es al día siguiente de esta crisis terrible cuando una mujer joven ama más que nunca á su propia madre, y la abraza diciéndola «mamá», con una ternura enteramente nueva? Su propia experiencia le ha revelado la profundidad del sacrificio materno.

***

La Biblia dice: La mujer olvida sus dolores *porque el hombre ha nacido*. Porque el hombre ha nacido; en estas pocas palabras hay toda una filosofía, toda una religión. Olvidar su dolor porque el hombre ha nacido, es, por tanto, decir: La vida es buena, hay que regocijarse de que un sér nuevo sea admitido á ella. Y esta alegría ha resistido todos los pesimismos y todas las desilusiones. La antigua frase se realiza todos los días. La tierra es vieja, la humanidad está abrumada de cargas, el mal es monstruoso; pero todos los días, aquí y allá, hay regocijo porque un hombre ha nacido. No parece sino que con cada hijo de los hombres se levanta una estrella para iluminar nuestra noche, y que Dios nos la envía para decirnos: «Valor, aquí estoy, pienso en vosotros y vuestras miserias concluirán.»

Mientras tanto, esa pequeña estrella es bastante pálida y temblorosa. No es más que un punto en la sombra, un vestigio de luz pronto á ex-

tinguirse. Así, el primer sentimiento que nos inspira, después de la alegría, es la piedad. ¡Qué espectáculo el del hombre en los primeros momentos de la vida! Está desnudo, es pobre, enfermizo, nada sabe, nada ve, nada puede. Apenas si es posible tocarle, tan delicado es! ¡Pero nada temas, pequeño mendicante, cuyos gritos se elevan como una súplica al borde de algún camino perdido! Tu desnudez te da la victoria; tu debilidad constituye tu fuerza. Tu miseria es un abismo; pero el amor, la piedad maternal, es otro. En sus brazos, sobre sus rodillas, serás rey. Muy pronto, gracias á sus cuidados, llegarás á ser robusto, sonriente; tus ojos brillarán como los dulces rayos del sol primaveral, que iluminan las fuentes más sombrías, los rincones más oscuros. La ternura te habrá transformado: serás lindo como un amorcillo, «como un astro bello», según la expresión del viejo Homero.

¿Habéis observado cómo irradia la belleza del niño en la pintura y en la poesía? Forma parte de lo que el arte tiene de más puro y enternecedor. El niño Jesús, en tantos cuadros admirables, está enriquecido con todos los encantos de los hijos de los hombres, y con todas las gracias maternales recogidas aquí y allá en la vida y en el recuerdo; los pintores han compuesto la aureola de su madre, María.

¡Qué centro de calor y de luz es el niño! Su cuna, blanca barquilla, es como un símbolo de paz en este

mundo agitado. Puede verse nada más pacífico que un niño dormido, cuyos puños cerrados, la absoluta seguridad y perfecta calma, nos recuerdan este verso del poeta Hebel en el inmortal *patois:*

«Er schloft, er schloft, do liegt er wie'ne Grof» (1).

Hay en ese encanto de la infancia bastante más que la gracia inocente de una edad que no ha tocado todavía una mancha. El niño es la paloma del Arca, es un símbolo divino de esperanza, una prenda permanente que Dios nos da. En cada cabeza rizada florece de nuevo el ensueño infinito, para cuya realización todo el universo está formado. En cada uno renace de sus cenizas la santa llama de la esperanza. Ciertamente, cada uno de aquellos en quienes se encarnan esas bellas promesas, no valdría más que para uno sólo, y aun, quizás, valdría bien poco. No importa, á su tiempo nos ha recordado que nada es jamás finito, que en la vieja lucha por el bien, la justicia y la verdad, nacen de hora en hora nuevos reclutas, que vuelven á levantar la bandera y reanudan el asalto. Después de las batallas perdidas, de los desalientos y de las capitulaciones, cuando todo parece concluído, he aquí que viene, profunda, hasta perderse de vista, como las olas del Océano, la inconmensurable reserva del porvenir!

---

(1) Duerme, duerme; héle aquí acostado como un príncipe.

Confusamente, esto es lo que sentimos á través de nuestros cuidados por el niño, á través del sentimiento paternal y maternal. Para nuestras madres, atravesamos la vida rodeados de la luz que iluminaba nuestros rostros infantiles. Siempre nos ven á través de esta magia primera. Si pudieran, nos conservarían jóvenes, eternamente. Como Josué detuvo el sol en la llanura de Gabaón, detendrían en nosotros la sonrisa de los primeros días. No pudiendo impedir que la vida cambie, dan como abrigo á su ensueño un corazón que no cambia jamás. Aun bajo los rasgos del hombre degradado, la madre sabe reconocer los del niño inocente que era antes; por el amor del niño perdona al hombre. En vano crecemos ó envejecemos, nos afeamos, perdemos el pelo y la alegría: en su espíritu, nos tienen sobre sus rodillas, tenemos rizos rubios y ellas cuentan veinte años. Hace poco en Ginebra, en compañía de un viejo de setenta y cinco años, yo visitaba á su madre, que tiene noventa y tres. Le llamaba ésta «pequeño», y cuando él le decía «mamá», sentía yo claramente que lo que en el viejo hablaba era su corazón de niño.—El mundo no ofrece nada más grande que lo que se oculta en esas humildes escenas.

Así caminamos envueltos en la ternura maternal. Antes de la vida ella nos espera y nos prepara el puesto; nos recibe á la entrada y no nos abandona ya. Para ella somos y seguiremos siendo los mis-

mos; la edad nada cambia en esto, el tiempo nada puede, la muerte tampoco. Para una madre jamás se muere. Así, el amor de las madres y de los padres, esa ternura inmutable y fiel, es la representación misma, en este mundo perecedero, de la Bondad eterna.

El rostro de nuestros padres es el primero por el cual Dios nos mira en este mundo. A veces se nos aparece más tarde con formas inquietantes y terribles. No lo reconocemos ya: el universo nos parece sombrío, frío, enemigo, y la negra tristeza nos invade, la tristeza de los huérfanos ó de los niños que no han sido amados. Pero hay que guardar la primera impresión: en ella está la verdad. Para vivir, es preciso creer en la santa paternidad, de que nuestro padre tiene la suya, en el hogar eterno en que se ha encendido el corazón de nuestras madres!

CAPÍTULO V

UN VIVERO DE HOMBRES.—PADRES É HIJOS

Cada hombre concentra en sí una suma de esfuerzos y de labores del pasado; en cada uno duerme una esperanza del porvenir. Hacer fructificar este esfuerzo, realizar esta esperanza, es la obra de la educación, que consiste propiamente en sacar de cada cual aquello cuya urdimbre lleva en sí.

De todos los influjos educadores, el más poderoso es el de la familia. Se presenta la primera, en el momento en que la escuela no es todavía más que una eventualidad lejana. Su acción continúa cuando la escuela se ha apoderado de nosotros, y persiste después de haberla abandonado. Además, la herencia natural, por las afinidades y las tendencias que ocasiona en nosotros, prepara el terreno para el sello familiar, y nos predispone á recibirlo. La fuerza educativa del medio familiar, para el bien como para el mal, es, por tanto, preponde-

rante. Sin su auxilio, es muy difícil hacer una labor duradera. Por su lado nefasto, vicioso, el influjo de la familia tiene con qué desalentar á los más emprendedores y abnegados. Aun arrancado desde la infancia al medio malo, el hombre ha sufrido algunas veces su incurable contagio y recibido el sello indeleble. Todos en tanto que somos educadores, religiosos ó laicos, no tenemos más que medios intermitentes; llegamos tarde, cuando ya están marcados los pliegues, permanecemos en relación con los niños durante varios años para perderlos de vista después. Nuestra obra es comparable á las construcciones hechas por los pequeños bañistas en la arena de las playas á marea baja. Fruto de un trabajo ardiente, he aquí una fortaleza que se levanta. Tiene sus murallas y sus fosos, sus puentes levadizos y sus torres. Es cosa ingeniosa y agradable. ¡Lástima que dure tan poco! Dentro de una hora, la marea ascendente extenderá sobre todo ello sus olas niveladoras. Las murallas caerán, los fosos se cegarán, las torres serán derrumbadas, y habrá, como antes, arena fina y compacta, en la cual ninguna ondulación acusará ya el trabajo que allí se había realizado.

Este influjo malo tiene felizmente su compensación. Cuando el tronco de la familia es sano, y muy joven el hombre, ha recibido de él, bien en el fondo de su ser, algunas impresiones poderosas, en vano se le aparta y corrompe más tarde, nun-

ca se está seguro de él; jamás es conquistado definitivamente para el mal. Su conciencia puede despertarse, su medio puede volver á cogerle, y entonces, en el arrepentimiento y en el dolor libertador, veis derrumbarse todo el edificio de una educación perversa. Razón de más para conceder una gran importancia á la función educadora del hogar, y para cuidar esta base, de que depende el resto.

***

Nuestro influjo educador está determinado por lo que predomina en nosotros. Se comunica menos á los niños lo que se le dice que lo que se es. Si nuestra conducta moral es incierta, es inútil que indiquemos el camino recto; el niño que nos da la mano andará como nosotros, vacilante. La educación de los niños empieza, por tanto, por nosotros mismos. Para guiar á otro, es preciso estar firme y ver claro. *La primera condición de la educación es la seguridad.* Podría decir la autoridad, pero añadiendo algunas observaciones. Nuestro tiempo necesita darse cuenta de lo que es la autoridad. Ha llegado el momento, de marcarla, en el hogar, con más vigor que lo hacen las costumbres actuales. Pero, para usarla, hay que saber en dónde está.

¿Qué es la autoridad? No es un derecho convencional, concedido á los padres por razones de orden y de disciplina. En vano las leyes dan poderes á los padres, en vano los afirman la costumbre

y las creencias religiosas; la autoridad no consiste en estos poderes. Pueden no ser más que una forma disfrazada del derecho del más fuerte. Y de hecho, en muchas casas, la autoridad de los padres no se ejerce bajo otra forma. Se hacen obedecer porque son los más fuertes. La sumisión que obtienen, es temor, no obediencia.

Las correcciones impuestas son luchas desiguales, en que un sér vigoroso hace sentir el peso de su brazo ó de sus otras superioridades á un sér más débil. ¿Pero qué sucede con una autoridad tal el día en que los hijos llegan al combate con fuerzas iguales? Es una sublevación de esclavos que lo barre todo. Notemos que este estado de cosas no existe solamente en ciertos medios groseros, en que la autoridad paterna tiene por símbolo golpes y procedimientos ejecutivos de todo género. Se da allí donde se usa la violencia, consista solamente en palabras ó en rasgos autoritarios, más sensibles y perjudiciales á veces que los palos.

Tener sujetos á los hijos por el dinero, por el hambre, por miedo á cualquier cosa, confiscar su iniciativa y reducirlos á la servidumbre espiritual y moral, á esto no se llama ejercer sobre ellos una autoridad.

La autoridad es una libre fuerza espiritual ó no es nada. No se tiene por el hecho mismo de ser padre ó madre. No pertenece sino al que se hace digno de ella.

La autoridad consiste en producir por la actitud, los modales, por todo lo que se hace y lo que se dice, una impresión de realidad, de verdad, de rectitud, en hacer ver, en una palabra, á través de nuestra conducta, las leyes mismas de la vida. Mandar, hablar en tono fuerte y seco, hacer gestos imperativos, no puede ser, después de todo, más que una vana demostración superficial, y bajo estos aires de grandeza se esconde muchas veces la nada de un alma mediocre y de una conciencia vacilante. Todo está en ser alguien, en valer, en realizar lo que se dice. La autoridad familiar no se ejerce con preferencia en el momento en que dáis un consejo ó una dirección, sino por un contagio perpetuo del roce moral, de la actividad, de la existencia entera. *Nuestros hijos nos ven vivir:* suponiendo que no digamos nada, en lo que ven de nuestra vida, en lo que distinguen de nuestros motivos y de nuestras intenciones, en lo que perciben confusamente de nuestro fondo moral, es en lo que consiste nuestra autoridad. Hay padres sencillos, poco aptos para formular las reglas de conducta, para hacer una doctrina del arte de vivir, incapaces hasta de expresar correctamente lo que creen justo y bueno; padres que quizá han usado raramente del mando y dictado órdenes. No por eso han ejercido menos sobre sus hijos, por el sólo hecho de su vida austera, firme, recta, un influjo extraordinario.

Pero todos los días vemos padres que dicen

bien cosas excelentes y distinguidas, ó también padres autoritarios, alzados sobre sus prerrogativas, no tener influjo alguno en la conciencia de sus hijos. La vida es una cosa; lo que en la vida suena es cosa distinta. Jamás se engaña el niño en este punto. La energía de espíritu le atrae; una ley secreta le impulsa á seguir á los que marchan recta y firmemente.

La autoridad verdadera es el beneficio más grande que un niño puede encontrar al comienzo de su vida. Por eso, la Sagrada Escritura resume toda la moral de la juventud en este solo precepto: *Honrar padre y madre.*

Para el que conoce un poco el corazón humano, no es esta una prescripción exterior, que viene como una barrera á contener la indocilidad nativa de la juventud. Encierra la expresión de una necesidad superior. En cada niño hay dos séres: un pequeño rebelde, siempre dispuesto á sacudir el yugo, y que, después de todo, es el guardián de la libertad, que tantas cosas amenazan en su principio—y un discípulo dócil, ansioso de unirse á un maestro. Por lo mejor que tenemos en nosotros, aspiramos al respeto. Nos es grato apoyarnos en una superioridad, atender á un modelo que podamos admirar y seguir. Aquel que no ha podido hallar á nadie á quien venerar en su infancia, carece de algo esencial. Una de las partes más nobles de su sér no ha encontrado su alimento y se ha

atrofiado.—Guiado por esta necesidad de creer en alguien y de seguirle, el niño ocupa su puesto, su puesto verdadero y modesto, casi por sí mismo. Siempre que vosotros, padres, seais respetables y no le incitéis á sublevarse, con una actitud dura y vejatoria, serás respetuoso, y dichoso de serlo. Vuestra superioridad sobre él, vuestra autoridad, llegan á ser el dogma fundamental de su existencia. El verdadero hijo, cuando ha dicho *papá* y *mamá*, considera que ha dicho lo más firme, lo más venerable, lo más indiscutible que existe en el mundo. Así debe ser. Y cuando esto ocurre, es á la vez una dicha para el hijo, para los padres y para la sociedad. ¿Qué puede respetar el que no ha respetado ni á su padre ni á su madre? ¡Y qué cualidad más preciosa podría pedirse á los ciudadanos libres de un país en que el poder supremo reside en la ley, es decir, en el respeto, que haber aprendido el mismo practicando el mandamiento: Honrar padre y madre!

***

Habiendo marcado de este modo la autoridad en su esencia, réstanos describir algunos de sus signos, notar ciertos procedimientos susceptibles de hacerla ver, y otros que la disfrazan ó la comprometen. No pido que la autoridad familiar sea ostentosa; pero si permanece demasiado invisible, corre el riesgo de anularse.

Las relaciones de los padres con los hijos han

adquirido en nuestro tiempo cierto carácter de familiaridad. Ya no se hablan por una y por otra parte, aun en las familias en que la educación es buena, con los mismos términos propios, para acentuar las distancias y colocar á cada cual en su puesto en la jerarquía del hogar. Los padres no están tan altos, los hijos no se inclinan tan bajo. Caracteriza sus relaciones, cuando su espíritu es el verdadero, una cordialidad amistosa. Nuestro tiempo lo quiere así. La antigua majestad paternal no se le ha resistido más que la majestad Real. Su trono temporal no será restaurado, y es dudoso que haya que lamentarlo. Pero sería desastroso dejar que se perdiera su espíritu. Seamos, pues, en tanto alcancemos esta felicidad, los amigos de nuestros hijos y de nuestras hijas; pero amémoslos lo bastante para conservar en nuestra amistad un sello paternal. No seamos sus camaradas; sería hacerles un pésimo servicio. Y todavía menos, descendamos á ser sus servidores. El compañerismo, en que se olvida y se borra nuestra dignidad, hace perder á los niños la saludable modestia de su edad. Pero la mansedumbre del padre ó de la madre pervierte en la generación joven el sentido moral y falsea su juicio. No es posible cambiar ciertas cosas esenciales sin quebrantar todo el edificio familiar y social, sin introducir el desorden en los espíritus, en las costumbres, y trastornar todas las relaciones humanas. Ahora bien, es esencial que el hijo sepa que

es pequeño y no se salga de su papel de recién llegado, que tiene primero necesidad de orientarse, de preguntar el camino, de adquirir experiencia al lado de los que la poseen. No lo olviden nunca los padres: jamás pongan demasiado las manos debajo de los pies de este hombrecito, porque harían de él un tirano. Y si es su tesoro, guárdense de decírselo con frecuencia; creería ser el diamante de la joya y que ellos eran el estuche. Estas prácticas se observan todos los días y son la ruina de la educación familiar.

En ciertas comarcas, hay una malísima costumbre. El padre de familia se hace servir á la mesa los trozos mejores, que los niños, y á veces la mujer misma, no tocan. Pero, por brutal que sea este procedimiento, asigna al niño un lugar subalterno y pone al padre claramente por cima de él. Y los resultados de esta costumbre casi bárbara son algunas veces mejores que los de una educación en que los padres se privan de lo necesario para asegurar á sus hijos lo superfluo. Los hijos se lo agradecen raras veces. Por mi parte, estimo que en interés suyo y por amor á ellos, jamás hay que servir á los hijos primero en la mesa, ni ofrecerles en sitio alguno los mejores puestos. No es esto egoísmo, sino sabiduría. Nos lo agradecerán más tarde, cuando comprendan nuestras intenciones. Lo que en el mundo exige más clarividencia por nuestra parte, es la práctica del sacrificio con res-

pecto á nuestros hijos. Hay un modo de sacrificarse á ellos que les hace más daño que la dureza de corazón, y muchas veces sacrificándose es como padres demasiado buenos, demasiado débiles, han perdido á sus hijos y á sus hijas.

***

Tienen los padres un medio muy bueno para poner de relieve su dignidad y hacer que se fije en ella la atención distraída de los hijos, y es tratarse uno á otro con muchos miramientos. Pueden estar seguros de que los hijos seguirán su ejemplo, sobre todo si no han visto otra cosa desde la más tierna edad. El tono que domina previamente entre el padre y la madre está destinado á extenderse entre los hijos. No les cuesta trabajo respetar á una madre que el padre mismo trata con toda especie de atenciones, y jamás hablan con arrogancia á un padre á quien su madre, delante de ellos, no trata más que con respeto. Considero como una de las más tristes lecciones de la vida de familia y uno de sus peores castigos, oir que nuestros hijos nos dicen palabras malsonantes, que no son sino el eco de nuestras propias voces.

¿Se me permitirá hablar aquí de las malas pasadas que nos juegan nuestros nervios en la obra educadora? Esto equivale casi á hablar de la cuerda en casa del ahorcado, porque los nervios hoy son el mal universal. Tendré, sin embargo, el va-

lor de gritar: ¡al enemigo! La autoridad y la dignidad tienen como apariencia exterior la calma, la justa medida. En cuanto los nervios se mezclan, la calma desaparece y ya no hay que hablar de medida. La persona mejor prueba su sinrazón, se pone en ridículo, hace locuras. En una palabra, pierde momentáneamente una parte de lo que le da respetabilidad, y para que se le respetase, á pesar de ello, sería necesaria una dosis de filosofía y de caridad que la infancia desconoce. Los nervios, en la educación, no son necesarios. Cuando se hacen dueños de nosotros, ha llegado el momento de escondernos ó al menos de callarnos. Ay! es el que tantas gentes escogen para hablar, advertir, sermonear, corregir á sus hijos. Durante días enteros les hablan poco ó nada, y á veces carecen de la energía necesaria para hacerles una observación. Pero de pronto, impulsados por los nervios, necesitan una vasta explicación, una liquidación general de cuentas. Entonces, todo sale en confusión. Vierten sobre la cabeza de sus hijos un diluvio de palabras. No es este el dulce rocío que refresca y fertiliza, es el chaparrón diluvial. Ante una tempestad semejante, puede impedirse al que la aguanta que abra el paraguas? Y si no hiciera más que esto, el mal sería reparable; pero muchas veces se subleva, contesta y entonces surge, provocado por nuestra propia intemperancia, algo lamentable que se llama una discusión entre padres é hijos.

En el seno de la calma, con la cabeza reposada, es como la educación ha de hacerse. Tiene grandes analogías con el cultivo de los campos. No sembramos cuando sopla la tempestad, cuando caen los torbellinos de nieve. Nuestro grano se lo llevaría el viento. Temo que nuestra educación actual esté demasiado contaminada de irritación y de inquietud. Carecemos de tranquilidad de espíritu, y nuestra vida exterior está desprovista de esa paz que permite que los frutos maduren. Es preciso reobrar contra la conspiración de los influjos enervantes y excitantes; establecer á fuerza de energía y de resolución la calma en el corazón y en la casa, y cuando el valor y la firmeza nos hacen traición, buscar más arriba nuestro poder. La educación más segura, la autoridad más incuestionable, son las que tienen su origen en los principios superiores que dominan la vida, cubriendo tanto la cabeza de los padres como la de los hijos. El sembrador necesita creer en el Dios de mañana. El educador también. En Él está la seguridad, la calma, el poder inmutable. Apoyémonos en Él para no ofrecer una resistencia demasiado débil á la juventud que se apoya en nosotros.

***

La autoridad representa en la educación la ley profunda de la vida, las lecciones de la experiencia, los derechos de la tradición, la preeminencia del

conjunto familiar y social sobre el recién venido, que llega á ocupar su puesto en él y debe á él ajustarse. Pero hay otro derecho que el del pasado y el de la sociedad ó de la familia, y es el del individuo. Y hénos aquí conducidos á dirigir una ojeada del lado de ese mundo de riquezas desconocidas, de vastas regiones inexploradas, que se llama la vida interior de la infancia y de la juventud. No se trata de guiar y de gobernar, diría casi de hacer maniobrar á nuestros hijos, como soldados de un regimiento; hay que comprenderlos, conocerlos, apreciarlos, dejarlos respirar y vivir. De otro modo, nuestra autoridad, en vez de abrigar con su presencia, abruma y mata.

¿Qué ocurre en este mundo misterioso, en el corazón y en el espíritu de nuestros hijos? ¿En qué piensan, muy bajito, los pequeños huéspedes de nuestro hogar y de nuestra mesa? ¿Qué germina en esas cabezas débiles, que estrechamos entre nuestras manos y contra nuestro pecho? Demasiados padres no lo saben ni se preocupan de ello. Es una desgracia.

Todo individuo tiene necesidad de ser notado. Debemos tenerle en cuenta, respetarle en esas señales propias, que hacen de cada sér humano una personalidad que ninguna otra podría reemplazar. ¿Dónde queréis que se den cuenta de nuestra existencia, de nuestro carácter, de nuestra fisonomía distintiva, si no es en la familia? Que nos obliguen á

que nos conformemos con el derecho común y con la disciplina, nada más justo; pero, ¿por qué desconocernos, por qué descuidarnos? Que no se extinga en nosotros lo que constituye nuestra razón de ser; porque si allí estamos y tal como somos, si hay tanta diversidad entre los tipos humanos, si en la misma familia y en un tronco idéntico crecen ramas tan desemejantes, es, aparentemente, que el dueño de la vida así lo ha querido y se debe respetar su obra.

En familia se está muy bien colocado para esta delicada misión. Los procedimientos de aquélla nada tienen de sumario, de oficial. La ley es en ella dulce y flexible, y llega á adaptarse á cada persona. No es sólo una ley de autoridad, sino una ley de amor y de clara bondad. Para distinguir las mil particularidades de una naturaleza infantil, es preciso ser padre y madre, hay que haber recibido, en la santa dignidad paterna, la intuición, la adivinación, cuyo secreto posee sólo el corazón de los padres. Fuera de la familia, la educación se hace al por mayor; en el hogar se hace al por menor. En ella se trata y ama á cada uno á su modo, y es la única manera de ser justo y bueno. Marcho en este punto, no se me esconde, por un terreno de los más delicados. Tengo miedo de sacar á la luz nuestras miserias, describiendo lo que debería ser y no siempre es. ¿Puedo olvidar que hay niños desgraciados, maltratados moralmente? No hablo de los

medios desnaturalizados, hablo de los mejores, pero en los que la educación familiar tiene algo demasiado rudo; en los que, so pretexto de justicia y de igualdad, se pasa las juveniles cabezas y los jóvenes corazones por un rasero implacable; en los que no se sabe respetar la vida individual; en los que se dirige y acostumbra á los niños como se educa á los perros de caza ó se hacen zuecos. En estos medios, hay pruebas terribles, y á veces torturas indecibles para el niño excepcional, tratado con dureza, contrariado en sus gustos legítimos y lastimado hasta en su conciencia. No escribo esto para los rebeldes, los orgullosos, los malas cabezas. No trato de ayudar la rebelión. Imploro en favor de ciertos caracteres particulares, y, lo concedo, difíciles, pero en que duermen cualidades preciosas. El mundo, que no tiene tiempo de ocuparse de cada uno y de la forma de su perfil, pasaría su rodillo por encima. Pero este medio perentorio, excelente para reprimir las extravagancias intolerables, en que la extirpación es el tratamiento indicado, expone á triturar en germen naturalezas escogidas, culpables solamente de originalidad. Distinga la familia á esos pequeños seres particulares, y perdóneles el no ser como todo el mundo. Tienen, más que otros, necesidad de que se les ame, de que se les proteja, de que se interpreten con inteligencia y bondad sus singularidades. Tengamos cuidado, ese aire sombrío, esas timideces, esos encogimientos, esas manifestacio-

nes á veces desconcertantes, son quizá la oruga informe de que saldrá algún día una mariposa incomparable.

* * *

Lo que contrariamos las más de las veces y herimos á diario en el niño es su seriedad. No me admiraría que esta observación sorprendiera á más de un lector. Porque, desgraciadamente, hay un grueso muro entre la disposición de espíritu de la mayor parte de los adultos y la del niño. No tomamos en serio al niño. Es cosa convenida que lo que le atañe es insignificante. Se reduce á algunos pequeños sucesos, miniaturas de las cosas, que pasan allá abajo, muy lejos de nuestra altura, donde se desarrollan los únicos hechos lógicos. «Es cosa infantil, es una bagatela, no es nada», se dice todos los días. ¡Ah! ¡Qué cortos son nuestros alcances, qué obtusos nuestros sentimientos, qué osificados nuestros espíritus! ¡Cómo pisoteamos con nuestros zapatones las flores graciosas de ese jardín de Dios que se llama corazón infantil! Nosotros nos creemos serios, nuestros asuntos son los grandes, los del niño no son más que juegos y pueriliidades. Pero nos engañamos; nadie es más serio que el niño. Ni el comerciante que hace sus cuentas, ni el juez que dicta sentencias, ni el sabio que medita, ni el creyente que reza, es más serio que él. Podríamos decir: serio como un niño. Mirad esos ojos abiertos, francos, atentos, que se fijan en nos-

otros, recogen ansiosos nuestras palabras, y dicen que creen, que tienen confianza; y luego, id á compararlos con la creación material y la creación espiritual. No encontraréis nada semejante á esos ojos. No en balde Cristo, delante de los escribas, de los fariseos, de los discípulos y de los apóstoles, ante todo lo que el mundo de los adultos ofrece de más imponente, más solemne, y delante también de todas sus viejas hipocresías y de sus añejas picardías, ha pronunciado un día estas palabras: «En verdad os digo que si no cambiáis y llegáis á ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

Tomemos al niño en serio, no nos divertamos, no nos burlemos de él, no nos riamos de lo que le admira, le indigna, le enternece. Pensemos en este contraste: de un lado el mundo inmenso, prodigioso y de tantas maneras malo, corrompido, asombroso; de otro, los ojos del niño, vírgenes, inocentes, puros. Pensemos en este contraste y tengamos lástima. Esto nos hará prescindir un tanto de nuestro orgullo de personas mayores, y nos curará de nuestra frivolidad. Escuchad esta historia. La ha contado un viejo; pero en el fondo del corazón había conservado sus heridas de niño:

«Había cometido una de esas faltas juveniles que se hacen con tanto apresuramiento, y en las cuales, por graves que sean, se pone muchas veces tan poca malicia. Delante de la familia y de algunos amigos acababan de dirigirme observaciones

fuertes, como es conveniente; y ante mi falta reconocida, amargamente lamentada, había estallado en sollozos. Luego me mandaron salir. En el momento de cerrar la puerta, todavía agobiado por lo que había ocurrido, llevando el recuerdo de todas aquellas caras graves fijas en mí, oí á mis espaldas una gran carcajada. Entonces huí, me oculté en el rincón más oscuro de la casa y lloré con toda el alma: tanto me había hecho sufrir aquella risa. Desde aquel día perdí la confianza ingenua, que es conveniente conservar largo tiempo. No podía menos de repetir: ¿las personas mayores no son, pues, serias?»

¿De cuántos niños no es esta la historia?

***

Acabo de pronunciar la palabra confianza. Si la obediencia responde á la autoridad, á la bondad es á lo que responde la confianza. Obtener la obediencia, despertar la confianza; toda la educación está ahí. Que nuestros hijos nos veneren y nos teman, pero que jamás tengan miedo de abrirnos su corazón. Sobre todo, no les demos lugar á dudar de nosotros! Es una desgracia dejar de creer en Dios; es desgracia casi tan grande no poder creer ya en nuestros padres.

Hay en el mundo un refugio siempre seguro, en que se encuentran brazos siempre abiertos, oídos infatigables dispuestos á escucharnos. Nues-

tras alegrías, lo mismo que nuestras penas, encuentran allí su eco; jamás se dirige uno en vano, jamás se vuelve sin ser consolado. Este refugio es el corazón del padre y de la madre. Mantengámosle su reputación y sus buenas cualidades. Seamos para nuestros hijos un asilo hospitalario, un elevado y tranquilo retiro. ¡Es tan bueno tener sobre nuestra cabeza un abrigo, saber donde ir á llorar ó á contar lo que nos pesa! Para preservar del mal á vuestros hijos y á vuestras hijas, ó al menos para conservar en el centro mismo de su vida un aliado contra los influjos deshonrosos y los malos consejos, obtengamos su confianza cuando son pequeños, cultivémosla cuando crecen y conservémosla siempre. No hay talismán más eficaz que éste.

No hay medio mejor para vencer las dificultades particulares que crean á la educación las diversas edades por las cuales pasan nuestros hijos. La autoridad forzosamente se modifica. Si quiere educar al niño para la libertad, es necesario que cada vez sea menos pesada, que se haga casi invisible y vaya borrándose. La confianza, por el contrario, debe subsistir. ¡Cuántos padres no lo comprenden! Excelentes para criar un niño de pecho ó para guiar niños muy pequeños, continúan tratándolos lo mismo en todas las edades. Les quitan la iniciativa, ahogan en germen sus aspiraciones y, aferrándose constantemente á una autoridad que se desvanece, dejan perderse una confianza que podían mantener.

No solamente tenemos que resignarnos á ver afirmarse la voluntad y la energía personal de nuestros hijos, sino que es preciso saludar con alegría todas las señales de los caracteres nacientes, y dejar, en cuanto lo permita la prudencia, libre juego al espíritu emprendedor é independiente. No impidamos que el hombre se forme en el niño. A la educación de ternura y de solicitud á veces un poco turbulenta, de vigilancia demasiado restrictiva de la libertad, á la educación de la primera edad, más bien femenina, dejemos suceder la educación viril, la que, para forzar y templar las fuerzas de los niños, para cultivar su resistencia y su acometividad, no retrocede ante las fatigas, las pruebas, las dificultades ni aun ante los peligros. A este precio es como se forman individualidades de marca, una sola de las cuales vale más que mil séres rutinarios momificados y dóciles. Y para formar esas figuras de sello original, cuya falta se hace sentir en todas partes, nada sirve tanto como la vida de familia, sobre todo la que es sencilla y laboriosa. Ese es el medio normal, la atmósfera favorable. Una verdadera y sólida educación familiar es comparable á esos ribazos dichosos en que crecen los viñedos de marca. Produce hombres, como ellos producen buen vino, y les da el sabor de la tierra. Porque hay un sabor de la tierra en el hombre de bien. En esto se conoce que no procede de una oficina vulgar, sino que es libre creación del surco generoso y del sol divino.

Querido y modesto rincón de tierra, hogar ignorado en que por primera vez aparecieron en el horizonte de nuestro espíritu las siluetas de los hombres y de las cosas, los que siguen siéndote más fieles, los que más se honran con respetar en ellos tu signo original, son los valientes y los fuertes! Van á través de la vida, combatiendo, alumbrando, avivando, forjando, construyendo; pero saben que lo mejor que tienen lo deben á su humilde madre, á su buen padre, y guardan en el fondo del corazón, en lugar preferido, y como se guarda un tesoro, el sentimiento filial, puro homenaje á las virtudes del santuario doméstico.

CAPÍTULO VI

HERMANOS Y HERMANAS

Meted en un saco guijarros de aristas agudas, agitadlo de modo que se rocen unos con otros. Al cabo de cierto tiempo los ángulos demasiado salientes se desgastan, y las aristas se han suavizado. Así es como se redondean las singularidades del carácter humano, al contacto ajeno. La familia, por las relaciones entre hermanos y hermanas, nos ofrece un admirable ejemplo. Si insistiésemos en la imagen del saco y de las piedras, nos enseñaría todavía que es necesario cierto número de ellas para que el experimento resulte. Una sola podría agujerear el saco. El sentido de esta clara fábula es que, para sacar provecho de la educación mutua, hay que ser más de uno.

Esta educación entre hermanos y hermanas es un precioso concurso aportado á la educación paternal, la completa del modo más feliz del mundo.

Nosotros, padres, tenemos, ó una severidad excesiva, ó demasiada indulgencia. Si nuestra superioridad hace pesada nuestra mano y da á veces á nuestra intervención algo de dureza, nuestra debilidad nos traiciona, nuestra sensibilidad nos desarma. Los niños no se hacen demasiada sombra unos á otros, no siendo sus fuerzas excesivamente desiguales. Por otra parte, no se tienen entre ellos esos miramientos exagerados que nos inspira el cariño paternal. No tienen siquiera lo que llamamos, con una palabra tan expresiva, *entrañas*.

Todos los que han visto á los niños entregados á sus juegos y moviéndose libremente con toda la impetuosidad de su edad, han podido observar la energía de sus impulsos y lo tenaz de su voluntad. La obstinación infantil, esa intransigencia que va derecha al fin y no quiere aguantar ni obstáculos ni restricciones, suscita todos los días á los padres las mayores dificultades. Entre su voluntad tranquila, templada por el sentimiento y por la razón, y la impetuosidad de las voluntades infantiles, la lucha es muy desigual. Tenemos demasiado juicio y corazón para resistir á esas jóvenes tendencias ciegas y desordenadas. Entre ellas, por el contrario, encuentran con quien hablar. Cansan al padre y á la madre, les doblegan con caricias. Con sus semejantes, esta clase de medios no obtiene resultado. Nada tan obstinado y absoluto como un niño, si no es otro niño. Dejadlos que se arreglen y no inter-

vengáis más que en los casos indispensables, para impedir las violencias: ellos saldrán de la dificultad. Los niños practican entre ellos una justicia rigurosa, que nos admira y apena en ocasiones; querríamos que fueran más indulgentes, menos estrictos en la medida exacta de lo mío y de lo tuyo, más dispuestos á ceder, más inclinados al perdón. Sus peleas nos disgustan y nos preocupan. Cuando esos séres, igualmente amados por nosotros, se dividen ó luchan entre sí, nos parece que una parte de nosotros mismos se ha alzado contra la otra, y esta lucha intestina ¡es tan dolorosa! Pero no sería conveniente, sin embargo, por amor al silencio y á la paz doméstica, confiscar á los niños é impedirles que manifiesten, con toda independencia, lo que tienen en el corazón. Esos hombrecitos necesitan habituarse á la vida en común, hacerse á esa idea que entra tan difícilmente en nuestros cerebros egoístas: que los demás viven lo mismo que nosotros, y tienen iguales derechos.

Cuando una piedra choca con otra, salta una chispa. Cuando la voluntad humana, virgen y sin freno, encuentra el límite que constituye la voluntad de los demás, se exalta y la chispa brota. Es indispensable que esos fenómenos se produzcan. Impedirlos es estorbar la vida. Dejad que vuestros hijos hagan entre ellos el aprendizaje de la solidaridad, la experiencia de las leyes sociales. Es saludable acostumbrarse, de niño, entre hermanos

y hermanas, á los ejercicios penosos de suavizar los caracteres. Para suavizar una arista, nada mejor que otra; para corregir á un egoísta, nada como otro egoísta. Cuando esos jóvenes aprendices de sociabilidad se hayan tratado cierto número de veces conforme á la ley del talión, que conviene á maravilla á su cualidad de primitivos y de silvestres; cuando hayan exigido escrupulosamente ojo por ojo, diente por diente, su conciencia se abrirá á una justicia más alta. Comprenderán que de querer vivir ajustándose al derecho estricto y á la implacable justicia, los hombres se exterminarían unos á otros. Buena lección para los hermanitos, y que les será provechosa cuando sean mayores. Una lección semejante bien vale la pérdida de algunos cabellos ó algunas peleas fraternales.

* * *

La prueba mejor de que este pequeño mundo infantil forma y perfecciona á sus habitantes, consiste en el ascendiente que algunos llegan á conquistarse en él y que descansa únicamente en el libre sufragio de los compañeros. Hay reputaciones entre hermanos. Una vez que uno de esos hombrecitos se ha hecho dueño de la confianza de los demás, la goza sin competencia, con una seguridad más completa que cualquier notabilidad en la sociedad adulta. Si es justo, se le someten las diferencias; ante él se defiende la causa propia, y la sen

tencia es respetada. Si es bueno y persuasivo, si goza fama de sabio, se le obedece. Sus opiniones son palabras del Evangelio. Considero este ascendiente de ciertos hermanos ó hermanas, como una de las cosas más deseables; pero es raro que se adquiera de golpe. Es fruto de largos esfuerzos. No madura sino al viento de la libertad, al aire libre de las luchas francas. Si bien el ascendiente debe algo á la edad, no descansa en ella. El que sólo se vale del número de años, se ve, en general, combatido. Está obligado á justificar su derecho de primogenitura con cualidades morales.

* * *

El ascendiente no es más que una de las relaciones espirituales que se establecen entre hermanos, á consecuencia del libre juego de su actividad. Otro lazo es el afecto. Es un error pensar que deba existir por el solo hecho del origen común. Ciertamente es algo, es mucho este lazo de la sangre, pero exige ser idealizado, transformado en lazo de las almas. Es inútil ser hermanos por el nacimiento; hay que renacer por el espíritu á la verdadera vida fraternal, aprender á amarse como se aprende á soportarse. Sólo entonces el lazo primordial adquiere la plenitud de su influjo y llega á ser cemento indestructible. Cuando este trabajo interior no se realiza, los hermanos pueden permanecer tan indiferentes entre sí como extraños. Hasta pueden des-

arrollarse entre ellos antipatías tan vivas que degeneren en odio y en aversión. El primer asesinato de que habla la Biblia es un fratricidio. Todos saben que las animosidades entre hermanos tienen un carácter de agudeza sorprendente. «Un hermano ofendido resiste más que una ciudad fortificada», dice el sabio Sirach. En ninguna época los hermanos enemigos han sido una rareza en el mundo. Ejemplos demasiado ilustres lo atestiguan, experiencias demasiado crueles lo confirman.

¿Qué padres no han temido á veces ver perpetuarse las rivalidades de la infancia y durar toda la vida? El cariño fraternal no es un sentimiento inevitable que se una á los lazos de parentesco como una consecuencia obligada. Este afecto tiene dificultades que vencer, ilusiones que combatir. Lo comparo á una planta preciosa y delicada. Hierbas amargas, imágenes de ciertos rencores que internan en el corazón sus raíces venenosas, amenazan ahogarlo. Exige ser protegido, vigilado. Los padres pueden mucho en favor y en contra de él. Hay un cierto modo de educar á los hijos que despierta todos los celos, todas las bajas pasiones capaces de hacer del hombre el enemigo del hombre, y del hermano el rival del hermano. Con comparaciones fuera de lugar, con preferencias imperdonables, con excitaciones á la competencia, sembramos la división entre esos jóvenes espíritus. Para que puedan amarse unos á otros, vencer sus

malos instintos, calmar sus furores, apaciguar sus resentimientos, empecemos por amarlos con una justicia imparcial; seamos por entero de todos, animémosles constantemente con nuestra bondad á fin de reavivar la suya, de aumentar su temperatura afectiva, de producir con más seguridad la fusión. Entonces las disputas inevitables se transforman siempre en preliminares de paz. En el terreno mismo de encuentro, los campeones se resarcen de sus rudezas recíprocas, con reconciliaciones llenas de encanto y de abandono.

***

Por un efecto natural de uno de esos nobles instintos, el cariño fraternal se alimenta con la necesidad que los tenemos unos de los otros. Nuestros hijos se aman en razón de los servicios que se han prestado. Estimo que la presencia de diversas personas, que dispensan á los hijos de prestarse unos á otros estos servicios, la presencia de criados demasiado numerosos y encargados de excesivos cuidados, es un grave inconveniente. ¡Tengan nuestros hijos necesidad unos de otros, siéntanla y ayúdense mutuamente! No permitamos que consideraciones mundanas, que exigencias superficiales de etiqueta, contraríen la fraternidad en sus comienzos.

Cuando encontramos en la calle, en las plazas públicas ó por los campos, grupos de niños abandonados á sí mismos, hermanos de corta edad cui-

dados por hermanas mayores, aún muy niñas, sentimos lástima. Pensamos en los peligros que corren. Lamentamos que criaturas demasiado pequeñas tengan á su cargo cuidados superiores á sus fuerzas, que se doblen bajo el peso de un niño dormido en sus brazos, que hayan de luchar con complicaciones y dificultades que exigirían la madurez de la experiencia.

Y ciertamente tenemos razón, en cierta medida. Dios sólo puede saber la cantidad de dramas emocionantes que ocurren en ese mundo de los pequeños desheredados, reducidos á sí mismos, en que los que tendrían todavía necesidad de ser protegidos y cuidados, cuidan y protegen ya á los demás. Pero, para quien sabe ver las cosas de cerca, hay algo distinto á la miseria en ese mundo lastimado. Hay una estrecha y fuerte solidaridad, originada por la necesidad que tienen los unos de los otros. Se ve en ciertos niños criados en la miseria, pero en la continua participación de todas las cosas, una solidaridad fraternal muy conmovedora. He conocido algunos de esos pobres muchachitos, que se habrían privado de todo, expuesto á todo, por sus hermanos más pequeños. Los defendían con un valor heróico, tenían para con ellos una paciencia que los padres no tienen muchas veces. Hasta me ha ocurrido ver niños que habían sufrido el contagio de los malos ejemplos, esos grandes asesinos del alma de la infancia, pero que por nada

del mundo habrían dicho á sus hermanos menores una palabra malsonante. Víctimas ellos mismos de una mancha precoz, confiaban en preservar de ella á sus queridos hermanitos. ¡Desgraciado del que en su presencia hubiera querido escandalizarlos!

De hechos semejantes se desprende una enseñanza elevada. No la perdamos. Coloquemos á nuestros hijos en condiciones tales que tengan necesidad unos de otros y se sientan llamados á sostenerse mutuamente.

Un buen medio para ello es usar desde el comienzo de la vida la ropa ya utilizada por los mayores. Los que se ponen los vestidos de los hermanos, se ponen de algún modo el uniforme fraternal. Esta costumbre tiene tal valor como símbolo, que yo induciría á todos á que la adoptaran. Bastantes padres dan esos vestidillos á los pobres y compran otros nuevos para cada hijo. En su lugar yo haría lo contrario. Daría los nuevos á los pobres y conservaría esas prendas de vestir por devoción familiar. De ello sólo resultaría un provecho para todos. Cuando un hermanito se encuentra vestido con la herencia de un predecesor, éste, al mirarle, se dice: «Hé aquí cómo era yo de su edad; este niño es casi yo mismo; soy yo hace algunos años.» En estas condiciones hay un motivo más para interesarse por el hermanito.

En cuanto á él, el recién llegado, ¿por qué el cuidado de rodearle, de serle útil, se reserva ex-

clusivamente á una criada ó á la madre? Permítase á sus hermanas ó á sus hermanos hacer algo por él, tener en ciertos momentos el cuidado y la responsabilidad del mismo. Nada forma tanto al niño, nada le inclina á la bondad, como sentirse guardián del sueño de un hermano querido ó remendarle un pantalón.

Servicios tales mantienen la fraternidad. ¡Ojalá aumenten y tomen otras formas cuando los hijos crecen! No hay por qué adquirir la costumbre de decir á cada momento: «No hagas el nudo de la corbata á tu hermano; no hagas el recado de tu hermana. Llama á un criado, es obligación suya.» La fraternidad cede el puesto á la etiqueta.—El hombre no es un espíritu puro. Para ejercitarnos en la comunión fraternal y probárnosla, las palabras, los sentimientos invisibles, no bastan por sí solos. Dejadnos traducir en formas palpables y concretas lo que tenemos en el corazón. No nos privéis de este placer, no os opongáis á esta necesidad.

No es todo esto tan material y trivial como se cree. Por el contrario, constituye el encanto y la gracia de la existencia poner un alma en las ocupaciones más corrientes.

Me gusta también ver que los hermanos se instruyan mutuamente. ¿Hay algo más seco que una lección y más cejijunto que un pedagogo? Pero cuando la gramática ó el libro de aritmética están

en manos de una gentil hermanita, el discípulo está de fiesta y el estudio es un placer.

¿Dónde encontraréis un cuadro más gracioso que éste? En el gran sillón familiar están tendidas dos hermanas. El sueño las ha sorprendido en plena lección. La mayor tiene cogida á la pequeña, y la cartilla se ha deslizado de sus manitas al suelo.

* * *

Es preciso que todo concurra á estrechar más la fraternidad, hasta nuestra ignorancia, hasta nuestros sufrimientos y nuestras miserias. De no haber inconvenientes graves, estimo que es malo aislar á los niños enfermos del resto de la familia. Hay casos de fuerza mayor; pero no los aceptemos más que como un mal necesario.—«Estás enfermo, hay algo que temer de estar en tu compañía, pues te abandono», es un razonamiento al cual no hay que acostumbrarse. La ley de la vida es acudir cuando hay riesgo y no buscar la salvación en la huída. Hay peligros saludables y precauciones malsanas. Tomándolas con frecuencia, se llega á ser pusilánime. No pienso que sea más de desear contraer la enfermedad del miedo que otra cualquiera: porque de todas las epidemias, la más terrible es ésta, y de todos los contagios el más funesto el de la cobardía. ¡Que nuestros sufrimientos nos unan en vez de separarnos! Ayudémonos y arriesguémonos los unos por los otros. Las horas sombrías y difíciles

llegarán á ser horas de bendición. Nunca se es tan sensible á las atenciones como cuando se está enfermo. Nunca se tiene tampoco necesidad más apremiante de ternura, de bondad, de abnegación, y estas cosas no se olvidan! Los días de sufrimiento llegan á ser en la memoria días luminosos. Se olvidan las noches de fiebre y las horas de fastidio, para no recordar más que los rostros dulces y amantes, y los pasos silenciosos deslizándose por la habitación.

***

Quiero tejer aquí una corona á las hermanitas consoladoras, á las que saben compartir nuestras penas, con dulces palabras, poner bálsamo en las heridas, y con un beso, hacer olvidar todos los disgustos.

Estas hermanitas no quieren que lloremos, y enjugan las lágrimas. No quieren que disputemos, y reconcilian á los combatientes. Cuando caemos, nos levantan; cuando nos ensuciamos, nos limpian; cuando nos hacemos un desgarrón, nos cosen; cuando nos herimos, nos vendan. Son tam bién indulgentes las lindas hermanitas, y tienen tesoros de bondad, aun para aquellos que ha herido justamente la severidad paternal. Visitan á los prisioneros del cuarto oscuro, y no temen comprometerse, al ir á abrazar á hermanos bribonzuelos, condenados por sus malas acciones á destierros momentáneos.

Era aquel hermoso tiempo, tan lejano, en que aún vivía mi padre, que murió joven; la familia estaba toda reunida. Yo tenía principalmente una hermanita, una compañera inseparable. Siempre íbamos juntos, cogidos de la mano. Cuando nuestros senderos rústicos llevaban á una de esas tablas estrechas, que son los puentes de minúsculos arroyos, nos estrechábamos más, por miedo de que uno ú otro cayera al agua. Y muchas veces, gracias á esta precaución, caíamos los dos juntos. Un día que había salido solo de casa, cometí una falta grave. Si hubiera estado mi hermanita, ciertamente lo hubiera impedido. Una hoguera, que encendí demasiado cerca de poblado, prendió el seto de un jardín, contiguo á su vez á una granja. El susto fué grande y el castigo ejemplar.

En la noche de aquel día nefasto, estaba en mi lecho, con la conciencia llena de remordimientos y el estómago atenazado por el hambre. Se me había enviado á dormir sin comer, y hubiera hecho mal en quejarme. Cuando mi hermanita vino á acostarse se acercó á mi cama, como todas las noches, trató de consolarme, y luego, abrazándome, me deslizó en la mano, sin decirme palabra, una patata muy caliente.

Hace años ahora que ha muerto mi buena hermana, pero no he olvidado esta acción. Aun cuando viviera tanto como un patriarca, hasta en mi úl-

timo suspiro, hasta en la vida eterna, me acordaré de aquella patata.

***

Pero abandonemos este medio infantil en que juntos hermanos y hermanas, arrostran los primeros combates de la existencia. He aquí la adolescencia con sus horizontes ensanchados. Si la edad juvenil ha cumplido bien sus funciones, si ha sido verdaderamente escuela de solidaridad familiar, relaciones cada vez más estrechas y conscientes se han establecido entre hijos de la misma casa. Los combatientes de antaño han firmado la paz y han llegado á ser aliados. Tienen un pasado común, tienen tradiciones. Todos sus recuerdos se entrelazan y convergen alrededor del mismo centro. Cada uno, al contacto de los demás, ha desarrollado su personalidad, ha visto dibujarse su fisonomía. Se conocen recíprocamente, se aprecian, han aprendido á ayudarse y á sufrirse. El hogar, poblado de figuras familiares, que una larga práctica nos ha hecho indispensables, ha llegado á ser tanto nuestro marco natural, que no somos verdaderamente los mismos sino en él. Allí hablamos con confianza y nuestro derecho de ciudadanía es indiscutible.

Allí nuestro nombre tiene su verdadero significado, un sonido dulce y que nos es muy grato oir. Si nuestra individualidad respetada, alentada en sus rasgos originales y amada por esto mismo, ha

podido afirmarse, hemos aprendido, al propio tiempo, á hacer por los demás lo que ellos han hecho por nosotros. La luz cariñosa del hogar brilla para todos, y su dulce calor todos lo disfrutan. Protege y fortalece nuestros caracteres; pero los humaniza, los amansa, los aproxima al mismo tiempo. La vida de familia alimenta á la vez la personalidad en lo que tiene de más señalado y el espíritu de cuerpo en lo que tiene de más enérgico. Todos se ven libres, distintos, se mueven con perfecta holgura y se sienten como un agregado, como miembro de un cuerpo. En familia se aprende á darse cuenta de lo que es una vida de conjunto, una responsabilidad colectiva, penas compartidas y dichas comunes. La existencia circunscrita y aislada de cada individuo se ensancha en ella al contacto de una existencia más completa y más rica. El alma colectiva se revela y se vislumbran esas alturas y esas profundidades de la *comunión de los espíritus,* que el egoísta no apercibe siquiera y que el solitario no presiente sino á través del dolor y de las miserias del aislamiento.

No pienso que la vida pueda ofrecer un espectáculo más interesante que el de una familia buena, cuando los hijos y las hijas han conservado piadosamente el sentimiento de su solidaridad. A medida que cada uno de los hijos progresa en cultura y en vigor, el círculo, primeramente tan restringido de la infancia, se ensancha, el horizonte retrocede.

Cada uno, de su trabajo, de sus estudios, de su contacto con el medio social, recoge constantemente nuevos tesoros. Juntos se instruyen é informan. La mesa de familia viene á ser un lugar de cita, donde se es dichoso al llevar las impresiones de fuera, el eco del vasto mundo.

Y en este mundo no se aventura uno sino rodeado, por decirlo así, del recuerdo de los suyos. El nombre con que se nos distingue, ese nombre de familia, común á todos los hijos, les recuerda constantemente de dónde salen y á qué están unidos. Llevan consigo el depósito de una fortuna que no les es lícito perder. Nobleza obliga. De todas las noblezas la que más obliga es la del nombre que llevamos. Cada hijo debe tener bien claro este sentimiento y ajustar á él su conducta. Comprometiendo ó manchando nuestro nombre, mezclándolo con las malas compañías, enredándolo en negocios sospechosos, recordemos que no es nuestra fortuna lo que destruímos, sino la de los demás, la de nuestros hermanos, la de nuestras hermanas, la de los padres que nos han dado la vida.

***

Algo más raro que el espíritu de cuerpo entre hermanos, es la amistad. Es muchas veces más ardiente entre extraños, que han unido gustos análogos, que entre hermanos. Sin embargo, cuando se llega á tener por alguien una amistad segura y

honda, se dice: le quiero como á un hermano. Las expresiones del lenguaje no son nunca fórmulas vanas. En su origen, algo las justifica. Son documentos y monumentos. Amarse como hermanos no es una expresión trivial. En el fondo, por rara que sea, la amistad fraternal es la más pura y ardiente de las amistades.

Su forma más graciosa se nos ofrece en el cariño entre el hermano y la hermana. Esta clase de lazo, en que la libre elección viene á añadirse á la comunidad de origen, no sólo tiene un gran encanto, sino también un poderoso influjo educativo. Cerca de un hermano que es su amigo, la hermana encuentra un apoyo, un protector, un guía. Su vida de muchacha se enriquece con una multitud de elementos, que sin él no habría encontrado. Gana con esto en independencia, en alegría del corazón. Aprende á comprender un corazón de joven y de hombre, y todo muy sencillamente, sin ningún inconveniente, por la más natural y recomendable de las comuniones.

Un joven que tiene por amiga á su hermana, encuentra en ella una confidente, una sociedad infinitamente dulce para las horas de ocio, un juez seguro y apreciado de su gusto y de sus maneras, una conciencia pura é incorruptible, una mirada y unas caricias de que no hay que desmerecer y que nos ayudan á andar por el camino recto, y á conservar ese respeto á la mujer sin el cual el hombre está

privado de una cualidad esencial. Lo que una hermana puede hacer por un hermano, cuando es amante y perspicaz, tiene algo de increíble.

Favorezca la familia su aproximación y desconfíe de todo género de educación que tenga por resultado estorbarla. Privar á nuestros hijos de la sociedad común y familiar de nuestras hijas, mantenerlos apartados en géneros de educación que los impidan comprenderse, será un error grave. La unidad de la familia sufrirá con ello profundamente. El porvenir, todavía más que el presente, mostrará en sus resultados nuestra falta de discreción.

CAPÍTULO VII

CABEZAS RUBIAS Y CABEZAS BLANCAS

Las viejas paredes ruinosas y los rosales nuevos parecen dispuestos los unos para los otros, tanta gracia hay en su agrupación. Lo que á los muros cubiertos de musgo es el clavel brillante ó el rosal silvestre, poblado de zumbidos de abejas, es la primera infancia á la vejez. La vida de familia nos presenta aquí un contraste tan conmovedor y de una riqueza tan inagotable, que bien vale la pena de fijarse en él. Entre cabezas rubias y cabezas blancas el buscarse es natural. Se buscan á causa de los puntos comunes y se complacen de estar juntos á causa de las diferencias. Para comprenderse y completarse, ¿no es este un terreno perfecto?

A pesar de la diferencia de edades, hay entre los viejos y los muy pequeños más de una semejanza. Los recién llegados tienen muchas veces cabezas de antepasados. Recuerdan los rasgos de

los abuelos. Calvos en ocasiones como viejos, se nos presentan con aire serio y respetable, que hace pensar en las frentes más dignas.

La vida asigna una suerte análoga al abuelo y al niño. Ambos están fuera de la gran corriente, los unos por haber salido de ella, los otros porque no han entrado todavía. En tanto que el adolescente corre á sus placeres ó á sus trabajos, que la edad madura está en plena lucha, los viejos se quedan aparte con sus recuerdos, y los niños con sus juegos. ¿Qué tiene de sorprendente que se encuentren? Es cosa enteramente indicada y estaba prevista. En verano, en los días de muchas prisas, cuando la hierba seca ó la cosecha llama á todos los brazos útiles, el campo es un hormiguero de trabajadores; pero las aldeas están vacías. Sólo quedan en ellas los viejos y los niños. Junto á las puertas, en bancos de madera, están sentadas viejas de cabeza vacilante. Los abuelos, con la barbilla apoyada en el bastón, miran moverse á su alrededor grupos de niños. Es todo un pequeño mundo el que puede observarse allí; mundo que produce el sentimiento de una gran tranquilidad y de un reposo benéfico. Me ha recordado muchas veces impresiones producidas por la naturaleza, y que van á servirnos para ilustrarlo.

Cuando nos paseamos á lo largo de los grandes ríos, por las praderas, encontramos ensenadas tranquilas, en que algo muy dulce invita á dete-

nerse. Allí abajo, en el medio del río, las aguas corren presurosas, pasan las barcas y los navíos, se precipita la corriente infatigable. Este es el cambio perpetuo. Aquí, cerca de la orilla, reina la calma. Grandes álamos por los que trepan las lianas, las clemátides y las madreselvas, sumergen sus raíces en aguas inmóviles. Sobre el fondo transparente se aperciben distintamente las piedras, las hierbas fluviales; una legión de peces hacen brillar sus escamas á un rayo de sol. En la superficie, flotan las anchas hojas del nenufar, refugio de las libélulas nacaradas y las manzanas de reina de reflejos dorados. Y muy cerca, en las ramas delgadas en que suspende su nido, se oye cantar á la curruca de los cañaverales.

El río de la vida tiene también sus bahías abrigadas y tranquilas... Allí es donde fraternizan las edades extremas.

***

Es este un encuentro beneficioso para ambas partes. Veamos primero el provecho que de él saca la vejez. Y, desde un principio, desechemos una preocupación, que quizás se mezclaría á estas reflexiones y podría perturbarlas. La vejez tiene sus detractores. Se la acusa de egoísmo. Se dice que los mejores hombres mueren jóvenes, porque son demasiado sensibles, demasiado vulnerables, por consiguiente; que para llegar á viejo es preciso ser duro, no sólo de constitución física, sino también

de corazón. Poco falta para que la longevidad equivalga á una patente de sequedad de alma.

Hay que hacer pronta y cabal justicia de semejantes exageraciones. Sin duda las emociones gastan; el abandono de sí propio, la participación en las miserias del prójimo, la persecución de las labores penosas y de los peligrosos deberes, pueden acortar nuestros días. Alguien duerme en el cementerio, que aún podría estar aquí, y cultivar tranquilo su corona de cabellos blancos; si hubiera seguido los preceptos de una higiene burguesa, evitando las obligaciones malsanas y los puntos en que se cogen enfermedades ó balas á modo de recompensa. Guardarse de las lástimas demasiado ardientes, de los entusiasmos, de las generosas imprudencias, es un régimen al que muchos deben haberse conservado admirablemente. «Lejos del fuego, dice un proverbio malicioso, se forman los viejos soldados.» ¿Es esto decir que todos los buenos soldados mueren jóvenes, y que el término tan expresivo y tan honroso de «viejo valiente», sea un contrasentido? No. Desconfiemos de los juicios tomados en absoluto. Lo cierto es, que la mayor parte de los hombres mueren jóvenes, en todas las profesiones, aun en la de egoísta, y algunos, el menor número, llegan á viejos, en todas las profesiones, aun en la del sacrificio.

Entonces se nos replica: ¿Por qué hay tantos viejos egoístas, insensibles á todo lo que no les

concierne, hostiles para los que empiezan á vivir, mostrando en la primavera próxima á manifestarse la cara desagradable del invierno que expira? La respuesta es muy sencilla. ¿Por qué hay muchos viejos egoístas? Porque hay muchos jóvenes que también lo son. Los egoístas son la mayoría en el mundo, una mayoría abrumadora, desde el principio de la existencia. Y esta mayoría, la conservan. Me parece difícil que no se juzgue buena esta razón. Inútil, desde luego, es buscar otras. Existen, lo sé y no lo negaré. Unicamente os aseguro que es la mejor, y que, por sí sola, tiene más peso que todas las demás juntas. Pero, de esta multitud de egoístas cargados de años, rabiosos porque envejecen cuando otros son jóvenes, de esas cabezas blancas desconsoladoras, no hablaremos. Pudiendo elegir, hablemos de las otras, de las que gustosas se inclinan á los pequeños, y cuyo rostro se ilumina cuando encuentran un niño.

Esos, si hacen bien á los pequeños, se lo hacen primero á sí mismos, y hé aquí por qué:

La edad es una ruda enseñanza. Nadie, que no la haya recibido, tiene idea de la dureza de las lecciones que da. Se habla de las tentaciones de la juventud, y no seré yo quien os diga que hagáis poco caso de ellas. Pero si la juventud tiene sus dificultades especiales, procedentes del ardor de los sentimientos, de la inexperiencia, de la dificultad de encontrar su camino, la vejez tiene tenta-

ciones de otro género. La juventud puede ser inducida á creer que la vida es una hermosa fiesta, en la cual no hay más que lanzarse, á menos que no vea en ella un combate, en que la palma espera al más valiente ó al mejor. La vejez, por su parte, puede ser lentamente inducida á creer que la vida no es más que una vanidad, que todo está vacío, caduco, gastado, inútil. Porque, en último resultado, el más dichoso de nosotros, al llegar á cierta edad, es un vencido. Los días, al pasar, le han quitado poco á poco el vigor y el entusiasmo. La naturaleza no le sostiene ya. Ha perdido una multitud de cosas que no se aprecian sino cuando se está privado de ellas: por ejemplo, ese dulce calor de la sangre, que hace amar la vida, la agudeza de los cinco sentidos, la flexibilidad de los miembros. Aun cuando sea rico, es pobre en más de un respecto, y los que saben lo que valen el vigor, la alegría y la salud, no le darían su juventud por toda su fortuna. Además, está solo. Partimos muchos en la mañana de la vida; al atardecer estamos diezmados, como las tropas que vuelven de las grandes guerras. Ninguna larga vida está exenta de amarguras y de separaciones. Se ha visto partir tantas gentes, que una sombra se mezcla á nuestros pensamientos. Se han hecho experiencias demasiado enojosas á cuenta de la humanidad. Cierta amargura se apodera de vosotros. Corréis el riesgo, en el camino aislado y crepuscular, de llegar á ser

presa de la melancolía, de doblegaros al peso de la carga y de creer que la vida es mala, que sólo se ha venido á ella para perder las ilusiones, romperse las alas, aprender á amar lo que no se puede poseer, encariñarse con lo que no se debe guardar. No insisto, porque temo decir demasiado. La vejez tiene tentaciones terribles, y puesto que el hombre se habitúa á decir: «Es bueno todo lo que termina bien», podríamos llegar á deducir que no es bueno vivir, puesto que con excesiva frecuencia la vida concluye mal.

Si alguien tiene necesidad de ser sostenido, alentado, conducido, es el hombre que ha llegado á la vejez. Nadie más que él debe mantenerse constantemente cerca de la fuente de vida. Ahora bien, uno de los más poderosos argumentos de esperanza y de los más graciosos, que no consiste, ni en razonamientos ni en sabiduría humana, sino en un hecho tangible, en una luminosa demostración proporcionada por Dios mismo, es el niño. Cuando nuestras fuerzas disminuídas nos han hecho retirarnos, cuando nuestros ojos han perdido su brillo, nos dirigimos á nuestros nietos. Son mensajeros de Dios para los que desfallecen. Mirándolos, se siente que nada se ha perdido, y admirando lo que renace siempre, se llega á ser un poco menos sensible á lo que se va. ¡Cuánta pena me dan los que al atardecer de la vida no tienen niños á su alrededor, y más aún los que no tienen ni tiempo ni espíritu

para ocuparse de lo que ocurre entre los pequeños! Pierden un puro tesoro de vida, y sucumben bajo el peso de una sabiduría que los ahoga.

Habéis oído hablar, en ciertas historias, de espíritus benéficos, que pasan á través de las puertas cerradas, de los muros de las prisiones. Las distancias no los detienen, los abismos no los asustan. A través de las leyes de la vieja y terrible fatalidad, tienen su camino invisible, que no estorba ningún obstáculo. No nos riamos de esas historias. Todo esto es verdad, de una verdad espiritual que harta desgracia es desconocer. Y de esas historias, el mundo infantil está enteramente lleno. Con su espíritu, el niño transforma el mundo. Nos hace ver cosas que él mismo no discierne y que ciertamente nosotros no habríamos sospechado nunca. ¡Oh! hada buena y consoladora, infancia risueña y alegre, esparcida á través de los instrumentos serios y aun de las tristezas de la vida! Lo mismo que el invierno, al sacudir su nieve sobre todas las cosas, metamorfosea las plantas, las rocas, las casas, en formas maravillosas; lo mismo que la luz de las noches serenas cambia la tierra en un estuche deslumbrante, y traza una franja de oro en las rocas más sombrías, en las alas negras de los cuervos, la infancia anima cuanto toca, con una gracia que viene de más alto que los blancos copos y de más lejos que los rayos del sol. Por el niño, Dios da luz á nuestras brumas y hace que trepen

flores por los barrotes de nuestras celdas. Los cascos de los guerreros y las bocas de los leones, esculpidas en los frontispicios de los palacios, no han sido hechos para servir de nido á las golondrinas. A pesar de eso, allí anidan. Tan triste y desolador cuadro de la vida, no ha sido destinado á rodear la cabeza del niño. Pero cuando por él pasa, mezclando sus ocurrencias llenas de inocente confianza, á nuestra palabra razonable y lastimada, ¿no quiere esto decir que, á pesar de todo, hay todavía días mejores, y que resta esperanza más allá de donde llegan nuestros ojos?

He contado en otro lugar la historia de aquella muleta de la abuela, de la que el nieto había hecho un caballo apasionadamente amado, lo cual reconcilió á la abuela con su muleta (1). He aquí una historia análoga:

El abuelo estaba triste. Un maldito periódico había hablado muy mal de su labor política, le había arrastrado por el lodo, ridiculizado. Había tenido que sufrir, el viejo trabajador, una de esas muestras de ingratitud que hacen tanto daño, sobre todo cuando jamás se ha querido más que el bien. Su hijo entra, presuroso; acababa de verse mezclado, en el Palais, en un asunto capaz de remover la bilis al más optimista.—«¿Tienes el periódico?—No.—Es preciso leerlo, ¡es vergonzoso! Atacar á

(1) *Le long du chemin*, C. Wagner.

un viejo, manchar su nombre, rebajar su obra. No, esto es criminal y es preciso que lo leas, hijo mío; que sepas lo que gentes miserables dicen de tu padre y me defiendas.—Te defenderé, padre, nada temas. Pero, ¿dónde está el periódico?, dámelo, que yo lo lea.»—El abuelo le busca en vano; recorre inútilmente su gabinete, pregunta á todos, nadie había visto la maldita hoja.—¿Dónde había ido á parar el maldito periódico? Con mil demonios... De pronto ve entrar en la habitación al Benjamín de la casa, triunfante, armado con un sable de madera y un gorro de papel en la cabeza, en que brillaba, en letras grandes, el nombre del periódico. ¡Se había hecho con él un tricornio! A su vista el abuelo quedó desarmado, abraza al niño ignorante y dice á su hijo:—«Queríamos una respuesta, héla aquí, es la mejor, no te preocupes, estoy ya completamente consolado.»

A cada momento debemos al niño las sorpresas más vivas, las emociones más inesperadas. Si los hombres vivieran por promociones, en relación solamente con los compañeros de su edad, y envejeciendo todos á un mismo tiempo, la existencia se haría insoportable. Quedarían reducidos á cambiar el espectáculo de sus enfermedades y los ecos de sus pensamientos sombríos. ¡Ni un aliento de primavera, ni un soplo fresco y puro! Algo de eso se ve en las casas de los viejos. Nada falta á sus habitantes. La previsión, la caridad, han provisto á to-

das sus necesidades materiales. ¿Por qué, pues, reina casi siempre una invencible tristeza? Porque están demasiado entre semejantes, y aun cuando quizá tengan descendientes en algún sitio, sufren la misma ley que los medios en que acaban de morir grupos de viejos célibes. La vida providencial, la vida normal, quiere que las edades se entremezclen y se armonicen.

***

Sin embargo, no es este más que un lado de la medalla. Resta poner de relieve otro, aquel en que se ve lo que la infancia puede aprovechar al lado de la vejez.

Algunos piensan, sin duda, que de ésta no puede sacar nada aquélla. El contacto material de la vejez, la atmósfera que respira, es perjudicial á los niños. Su contacto espiritual los hace blandos. Hay que quitar á los abuelos todo influjo educativo sobre los niños. Los echarían á perder. He aquí una materia grave sobre la cual es preciso decir nuestra opinión. La educación de los niños corresponde evidentemente á los padres y no á los abuelos. Suprimir una generación y hacer que los nietos fueran educados por los abuelos, no estaría en el orden natural. Esto no es aceptable, sino cuando, por una desgracia demasiado frecuente, los padres mueren jóvenes ó imperiosas circunstancias les impiden vigilar y dirigir á su familia. En cualquier otro caso,

son los padres los que deben educar á los hijos, combinar sus estudios y tener la responsabilidad de su dirección. ¿Pero quiere decir esto, que siendo todo lo deferentes que es posible con las ideas de los padres, no puedan los abuelos aportar á la obra educativa un concurso precioso? En una labor tan seria, tan complicada, ¿es prudente rechazar colaboradores benévolos, doblemente calificados para esta función por la experiencia y por la ternura? Por mi parte, considero como una gran privación no haber conocido á los abuelos, haber estado separado de ellos por disgustos de familia, ó encontrarse alejado de ellos por esa fiebre de mudanza que hace estragos en la sociedad contemporánea. Los pobres abuelos, en esta agitación universal, se quedan en la tierra natal, se encierran en sus recuerdos y concluyen la vida, no teniendo sino raramente el placer de abrazar á los queridos niños, criados allá lejos en algún piso de ciudad. Y los niños no tienen la gran satisfacción de conocer á esos queridos viejos, á quienes se les llama abuelo y abuela.

Hay que dar gracias á Dios por tenerlos, y de tenerlos al lado nuestro. No representan la autoridad, que corresponde á los padres. Los abuelos representan una especie de justicia superior, un derecho de gracia y de asilo. Su dominio pertenece poco á este mundo; confina algo con ese reino de bondad, en que la dulzura y la sonrisa gufan los

corazones, en que un signo hace tanto como una palabra y más que un acto severo. Son medios esos que el poder directo y ejecutivo de los padres no puede emplear sino con una extrema discreción, pero que están muy bien colocados en las manos venerables de los abuelos. Naturalmente no tienen que abusar de ellos, porque el abuso ha acabado siempre con el uso. Es una desdicha que la acción educativa de los padres esté como enervada por la intervención constante, intempestiva, lacrimosa de los abuelos, que han olvidado que la educación no se realiza enteramente sola, ni exclusivamente por medios dulces. Pero es consolador, humano, que, de tiempo en tiempo, interceda una voz amiga en favor de los jóvenes culpables. Si es un abuelo el que pide gracia, nada les llega tanto al corazón. Los sollozos dan fe de su arrepentimiento, al mismo tiempo que de su gratitud. Y ¿no es cierto que interviniendo en favor de la infancia, se tiende muchas veces la mano, por lo mismo, á un padre inflexible por deber y por discreción, pero que no pide nada la mejor que ejercer, á cubierto de otro, el derecho real de clemencia? Se acuerda, por otra parte, al ejercerlo, de que, en otro tiempo, más de una vez lo ha necesitado para sí mismo. Juzgando por mí á los demás (y no veo qué modo de juzgar nos quedaría, si no tuviéramos éste) conservo la mejor opinión del influjo de los abuelos. No me agrada que se hable con demasia-

do mimo, cuando esos buenos viejos tratan de hacer la vida agradable á los pequeños, quizás con la intención tan legítima de dejarles de ellos mismos un buen recuerdo. No se piensa bastante en todo lo que experimenta un corazón humano, al atardecer, cuando la tierra se le va y deja séres amados entre los cuales querría conservar su puesto!

No tenía yo más que cinco años y un apetito voraz. Las rebanadas de pan que me cortaba mi madre eran de un tamaño prudente. Más lo eran todavía las que me daban mis tías con acompañamiento de máximas como ésta: «Hay que saber moderarse.» Nada hay que decir, esto es absolutamente perfecto, de ordinario. Pero cuando, por extraordinario, mi abuela cogía el gran pan de familia, me cortaba un pedazo soberbio. Decían entonces: ¡es demasiado, es demasiado!—Veréis cómo no deja nada, decía ella sonriendo; dejadme que goce viendo á esta criatura comer lo que tenga gana. No comprendía yo entonces todo el alcance de estas palabras y medía solamente la bondad de la abuela por el tamaño de las rebanadas. Pero hoy este recuerdo de niño alegre se ha transformado. Se ha mudado del estómago para ocupar un lugar en el corazón, y he llegado á ser sensible á lo que ocurre en el de los viejos. Gracias á la impresión que persiste, veo de nuevo á la abuela con su linda cofia lorenesa y me digo: «¡Si has querido que

piense en tí largo tiempo, durante muchos años, no te has engañado! El hombre te bendice por lo que has hecho por el niño, y si alguna vez llega á ser abuelo á su vez, seguirá tu ejemplo.»

***

Los niños tienen ansia de historias, los viejos tienen el morral lleno de ellas. Contar lo que fué, lo que ya no existe, es su debilidad. Se les presta un servicio escuchándolos. Nos acercamos á ellos en la edad en que el oído es insaciable, en que se dice constantemente: ¡más, más!, aun cuando los ojos se caigan de sueño. Ninguna decoración de teatro, ninguna trama complicada, equivale al sillón en que se sienta el abuelo. Los niños mayores están alineados alrededor, los más pequeños en las rodillas del narrador. Tienen los ojos fijos en los suyos y permiso para jugar con el puño de su bastón ó para acariciarle la barba. ¿Dónde se puede estar mejor? Cuando la historia es de bandidos, cuando causa miedo, los niños se acurrucan en el pecho del abuelo. Allí no se corre riesgo; se puede soportar en paz el relato de las más inverosímiles tragedias. ¡Cuántas historias nos han contado, innumerables, sin fin, los queridos viejos! ¡Cuántas veces nos han cantado, para dormirnos, y dicho leyendas maravillosas las abuelas! Jamás encuentra después el hombre ese interés en nada. ¿Qué valen las novelas que se leen más tarde, muy bien

hilvanadas y demasiado literarias? ¿Qué las obras dramáticas más famosas, vistas á la edad en que se sabe que hay bastidores, en comparación de las cosas que se han escuchado de niño, con esa frescura de impresiones, para la que todo es nuevo, y esa crédula sencillez, para la que todo es verdad?

***

Los abuelos están á veces enfermos, y tienen necesidad de que se les sirva. Servirles es un gran bien para el niño, travieso é inquieto por naturaleza. Prestar sus ojos juveniles al abuelo para ver de lejos la hora, para leer un libro, para distinguir mejor el camino. Enhebrar una aguja á la abuela, que á pesar de sus anteojos no lo logra. Correr para evitar una fatiga á sus viejas piernas, hacer un poco menos ruido en la casa á fin de respetar su sueño. Todo ello es pan bendito para los jóvenes aprendices de la vida. Es prestarles un servicio, hacerles ver y creer que se tiene necesidad de ellos. «Abuelo, ¿cómo te las habrías arreglado para subir las escaleras si yo no te hubiera dado la mano?—No lo sé, hijo mío, es una dicha que tú estés aquí para sostenerme». Después de una respuesta semejante, el niño se cree un hombrecito, feliz y orgulloso de servir para algo. Dejemos á esos pequeños que nos sirvan, que sean buenos con nosotros. Permitámosles que nos mimen. Recibamos sus regalos y concedamos gran

importancia á los mismos. ¡Que nunca vean por el suelo, olvidada ó despreciada, una cosa que hayan hecho para nosotros! Aceptemos el pape de héroe de una fiesta en que se nos repite que datamos de larga fecha, cosa de que con gusto prescindiríamos, y que se nos quiere mucho, lo cual siempre agrada notar. Respetemos, en fin, y mantengamos la alianza que el dueño de nuestras vidas ha establecido, la alianza entre las cabezas rubias y las cabezas blancas. Gracias á ella, la vida ganará en calor, en colorido, en unidad sobre todo, y nos será dado ver más claro en el camino oscuro, sintiendo que es la misma mirada la que resplandece en las estrellas de la mañana y en el astro de la tarde.

CAPÍTULO VIII

LO QUE HACEN LOS QUE YA NO HACEN NADA

La prueba peor para un hombre es creerse inútil. Profunda, insondable, es la amargura que se siente al tener que decirse: «Para nada sirvo ya, soy una carga para los demás.» Son, ¡ay!, palabras frecuentes en los viejos. Por buen corazón tratamos de convencerles de lo contrario, pero no siempre estamos bien convencidos de lo que decimos.

Algunos hasta están dispuestos á colocar á los viejos entre las cosas desechadas y las bocas inútiles. La época de ardiente competencia y de lucha encarnizada en que vivimos es particularmente dura para la vejez. Para los que disfrutan, la cara de un viejo es un agua-fiestas, un espantajo que vale más esconder. En el mundo del trabajo, la vejez se considera como un vicio redhibitorio. A partir de cierta edad, se hace difícil encontrar tra-

bajo. Los obreros de cabellos grises van repitiendo con tristeza: «Ya no nos quieren.» Para indicar que un escritor, un orador ó un artista pierde sus cualidades, se dice simplemente: *envejece*.

Nos hallamos frente á un punto de vista falso. Es malo considerar la vejez como una decadencia, como una etapa en el camino de la nada. No solamente hay ingratitud é injusticia en colocarla entre las cosas que no tienen valor, sino que hay un error de hecho. La edad, aun esa edad extrema, en que toda intervención activa en las cosas de este mundo nos está prohibida, puede tener todavía su papel, y un papel de rara elevación. Trataré de señalar algunos de sus rasgos. Querría introducir alguna luz en el corazón de aquellos á quienes abruma el sentimiento de su inutilidad, y abrir los ojos á los jóvenes sobre realidades de que no se dan bastante cuenta.

***

La vida no consiste solamente en el despliegue de la fuerza, en el ejercicio vigoroso de funciones activas; en la conquista del pan ó del dinero; en las luchas de intereses y de ideas; en la expansión del talento, de la inteligencia, de la belleza, ó en goces de todo género de que sólo son capaces las personas jóvenes y útiles. Consiste en ciertos bienes, menos visibles, pero de una naturaleza más noble, como la sabiduría, la abnegación, la equi-

dad, y que son el fruto de largas experiencias, de una gran práctica de los hombres y de las cosas. Si encontramos en los jóvenes el fuego, la exuberancia, la pasión, también encontramos demasiadas veces el exceso, la parcialidad, la falta de equilibrio. En los hombres en plena vida, en que la edad madura ha moderado los ardores y aclarado el juicio, encontramos también demasiadas prevenciones, fruto de sus preocupaciones usuales. Directamente en pugna con las necesidades, con las dificultades, con las fuerzas hostiles, conservan de sus luchas prejuicios y agitaciones. No les es posible ver las cosas desde bastante lejos y desde bastante alto para apreciarlas tranquilamente. ¿No son á la vez juez y parte? Para encontrar la mansedumbre, la elevación de espíritu, que ya no perturban las voces apasionadas y las luchas, hay que ir con los viejos. «Al lado de los viejos es donde está la sabiduría y el buen sentido.»

No es decir esto que baste tener más edad para adquirir más sabiduría. Cuando la locura, la intemperancia, el furor sectario, el afán de ganar, la obstinación ciega, se introducen entre los viejos, son más odiosas que en cualquier otra parte. «Más vale, dice el Eclesiastés, un pobre niño discreto, que un rey viejo loco.» Parece que todos los defectos humanos se agravan al envejecer. Lo que en la juventud es feo, en la vejez es horrible; lo que era simplemente malo, llega á ser satánico. Creo que

no es posible encontrar en la creación entera cosa más horrible que esos viejos cerrados á todo sentimiento generoso, muertos para la justicia y para la piedad venenosos, vengativos, esclavos de bajos goces ó de sentimientos viles, día y noche ocupados en satisfacer sus apetitos ó en servir sus rencores. Es este el colmo de la abyección.

Pero no es en esos tristes escondrijos de la humanidad donde es preciso que fijemos la vista. Pienso en los que llevan con honra sus blancos cabellos, y á los cuales el sentimiento unánime de los pueblos y de las edades ha rendido siempre tributo de admiración. En el vocabulario de las naciones, viejo es sinónimo de sabio. Por un instinto de conservación muy seguro y muy feliz, los antiguos siempre han buscado á los ancianos para que les dirijan. Han comprendido que el consejo vale más que la fuerza, y que si algo debía dominar los rumores humanos, el choque de las voluntades, hasta el estrépito de las armas, es la tranquila y serena aparición del justo árbitro, personificado por una hermosa figura de anciano, llena de sentido y de dignidad.

***

«Al lado de los ancianos está la sabiduría». Bueno es recordarlo en familia, para aprovecharse de la fuerza pacificadora y moderadora que hay en ellos. Me gusta ver los ardores juveniles en

lucha con la vieja sabiduría. Los jóvenes están dentro de su papel cuando se muestran emprendedores, entusiastas, rápidos para cortar por lo sano. Un poco de despreocupación les sienta bien, y desconfiaré tanto de una juventud demasiado silenciosa como del agua mansa: «No hay peor agua que el agua mansa». Tenemos necesidad de fuerzas vivas, prestas para encolerizarse como los gallos jóvenes, impacientes ante el freno, dispuestas á arriesgarse, á las que no asustan las aventuras y los peligros atraen. Hace mucho tiempo que el mundo habría muerto por prudencia y por cálculo si cada nueva generación no nos trajera su contingente de hermosa temeridad y de caballeresca imprudencia.

Por tanto, cuando en el círculo de la familia se renueva la añeja querella de los viejos y de los nuevos; cuando las jóvenes voluntades bulliciosas entran al asalto de las instituciones y de los usos de otros tiempos, como la marea ascendente asalta las rocas, no hay que temblar por el porvenir. Así debe ser. A condición, sin embargo, de que todo ese vigor juvenil tenga un contrapeso. Porque, abandonado á sí solo, no haría más que embrollar las cosas. Es un elemento de vida y de progreso, el ardor juvenil, á condición de que esté contenido, guiado, templado por la sabiduría de los viejos. «*No te creas más sabio que los viejos*», dice Sirach. Ahora bien, dos cosas están naturalmente unidas

en los jóvenes, aunque parezcan implicar una contradicción: el calor del sentimiento, el entusiasmo, el arrebato mismo, y el respeto á los cabellos blancos. Un verdadero joven, vigoroso, alegre, audaz y que nada teme, que se lanzaría á pecho descubierto en cualquier pelea y no retrocedería ante ningún poder del mundo, un verdadero joven, noble é indomable como debe serlo, jamás faltará al respeto á un viejo. Y esto por la sencilla razón de que el ímpetu generoso tiene un horror instintivo á la cobardía. El sentimiento de veneración que la vejez inspira á la adolescencia bien nacida, puede compararse á las consideraciones que siente por la mujer todo hombre que merece el nombre de tal. El valor y la firmeza varonil no existen jamás sin un instinto muy vivo del respeto debido á la mujer. Se podría poner en duda, sin engañarse, el valor de un soldado insensible á la dignidad, al honor femenino; de un soldado al que sólo se impusieran las armas y la fuerza, y para el cual la gracia desarmada, el derecho sin defensa, no fueran poderes, tanto más temibles cuanto que no tienen protección.

El mismo juicio se aplica á la juventud que no tiene el sentimiento de la deferencia debida á los viejos. No es enfrente del abuelo donde conviene llevar á sus límites extremos la independencia de espíritu. No es contra las personas de edad contra quienes ha de lucharse hasta el último extremo;

combates tales no serían gloriosos. A ellos se mezclaría una nota dura, grosera. El que tuviera el triste valor de sostenerlos, daría de sí mismo el más desfavorable de los testimonios. Juventud irrespetuosa no es sólo sinónimo de juventud vulgar, mal educada, sino de juventud estragada, depravada, cobarde. Basta observar las familias y las sociedades para convencerse de ello. En los medios afeminados y disolutos, en las épocas en que los pueblos se corrompen y pierden su vitalidad, los viejos bajan en la estimación pública. La familia y la sociedad les asignan un papel borroso, les empujan á los rincones, les tratan rudamente y menosprecian sus consejos. La juventud pasa por encima de ellos. «Pueblo brutal y desvergonzado, que no se preocupa de la persona de los viejos» *(Baruch)*. Por el contrario, allí donde florece la fuerza moral, el cultivo del carácter, el justo orgullo de ser hombre; donde la energía se honra y las costumbres son sanas, vemos á la juventud fuerte, varonil, exuberante, pero, frente á los viejos, mansa y filial. Unos con otros, esos jóvenes se tratan de igual á igual, afirman su personalidad sin consideración á nadie, se combaten con rigor, se hablan alto y sin disimulo. Son un poco igualitarios, y toda pretensión de sus semejantes les irrita; pero delante de los viejos, su actitud cambia. Han modificado, para su uso, el dicho vulgar: No toquéis á la reina; y dicen: No toquéis á los viejos.

Hay, en esta predisposición á tratar con indulgencia á los viejos, á venerarlos, á escuchar sus consejos, algo de providencial. Es este el mejor correctivo aplicable á la impetuosidad de la juventud. La prudencia de los viejos sirve de freno al ardor de los recién llegados. Nos hallamos en presencia de dos fuerzas de naturaleza muy distinta y que se completan. Aprendiendo á armonizarlas en familia, nos hacemos, en primer lugar, un servicio á nosotros mismos. Porque todos tenemos necesidad, en la edad de los grandes ensueños, de los entusiasmos reformadores, de rozar nuestra inexperiencia con el tranquilo y maduro saber de los veteranos de la escuela de la vida. Pero, al mismo tiempo, se hace un servicio al país. Apenas es posible una vida pública normal, sino allí donde el desorden y la efervescencia de las fuerzas nuevas y atrevidas, consiente en aceptar como regulador el sentido tranquilo de las cabezas de edad, en que la vista clara de las cosas sobrepuja á la violencia de los sentimientos y á la versatilidad de las emociones. Es un error pensar que el influjo de la vieja sabiduría sobre los juveniles ardores sea esterilizador y no conduzca más que á enervar y neutralizar los impulsos generosos. Sin duda hay viejos que no respetan á la juventud y le niegan totalmente su justo derecho, ante los cuales es una especie de impostura ser joven; grandes perseguidores y matadores de ensueños juveniles, estranguladores de

manos adelgazadas que ahogan las jóvenes esperanzas. Pero de igual modo que un verdadero joven tiene el respeto innato á los viejos, un viejo como es debido no querrá violentar jamás una conciencia joven, ni reducirla á la esclavitud. Si hace sus reservas, si resiste, es para impedir que se pierda una energía buena. Sabe que toda fuerza expansiva necesita para actuar de un contrapeso. Para que el agua llegue á tener presión, para que el vapor adquiera el máximo de elasticidad, hay que canalizarlos. El obstáculo que les oponéis es lo que desarrolla su fuerza y utiliza su acción.

En este mundo, los esfuerzos más vigorosos resultan vanos cuando falta método, dirección estable, circunspección. Parece esto cosa molesta y vejatoria. Cuando el espíritu desea ardientemente una cosa, cuando vislumbra una obra que hay que hacer, querría en el acto realizar sus votos. Los aplazamientos le impacientan. En el primer ardor de los veinte años, el hombre de nada duda. Imagina de buen grado que basta partir con entusiasmo para lograr el fin. Pero los que han vivido saben que correr no es todo. Hay que saber á dónde se va, con qué medios se pone uno en camino y cuáles son las probabilidades de éxito. Sin duda, si se reflexiona demasiado, si se toman excesivas precauciones, se corre el riesgo de no partir nunca. La vejez por sí sola sería demasiado temerosa. Pero la juventud sería temeraria en exceso. Hay

aquí una lucha fecunda y necesaria, ó más bien una colaboración entre dos fuerzas, que no podrían pasarse la una sin la otra. Hay que acostumbrarse á ello. Oís á diario exclamaciones como esta: ¡Ah! ¡esos jóvenes, si fueran los dueños!— ¡Ah! ¡esos viejos, si se les dejara obrar! Son gritos del corazón en que estalla la verdad. Sólo, cada uno de esos campos sería funesto. Que aprendan á soportarse. Viejos, no os admiréis de que los jóvenes corran tanto. Jóvenes, no os irritéis porque los viejos os sigan tan lentamente. Ni los unos ni los otros lo hacéis expresamente. Cumplís la ley de las cosas, que es superior á vosotros.

Si los viejos no tuvieran otra función en la familia y en la sociedad que representar la prudencia, la continuidad histórica, la necesidad de una cohesión entre lo que ha sido, lo que es y lo que será, se harían ya indispensables. Guardianes de los recuerdos, representantes del pasado venerable, lo personifican entre nosotros y nos lo recuerdan cuando estamos tentados á olvidarlo. Repiten máximas sencillas, y cuya insistencia nos impacienta muchas veces. Pero bueno es oir repetir los axiomas que resumen las condiciones de la existencia y del trabajo humano, las leyes de toda actividad. Entre los antiguos escitas había una costumbre rara y muy sabia, sin embargo. Cuando se trataba en sus asambleas de tomar alguna decisión grave, deliberaban primero después de beber, bajo el in-

flujo del vino, que desata las lenguas y hace atrevidos á los tímidos. Pero se guardaban bien de ejecutar inmediatamente esas resoluciones impregnadas de los vapores de la embriaguez. Por segunda vez deliberaban sobre el mismo asunto después de haberse sometido previamente á una abstinencia rigurosa. No eran válidas sino las deliberaciones que habían salido intactas de esta doble prueba.

Esos escitas, aun cuando bárbaros, podrían darnos lecciones. Cuando la juventud ardiente corre por nuestras venas como un vino generoso, forjamos gustosos planes: nada es imposible, nada está demasiado lejos ni demasiado alto. Pero así como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, sólo hay un salto del entusiasmo á la locura. Para impedir que hagamos locuras, completemos nuestras deliberaciones espirituosas con las sobrias meditaciones de las personas de edad; que nuestras embriagueces estén templadas por su calma.

***

Por lo mismo que la vejez tiene el don de templar y de moderar, le corresponde muchas veces conciliar á los contrarios, llevar los espíritus divididos unos hacia otros. Es muy difícil evitar los choques. Todos los días surgen mil dificultades entre los miembros de una familia. Si se dejara á los antagonistas medir sus fuerzas y proseguir sus querellas, se llegaría muy pronto al debilitamien-

to del lazo familiar. Es una gran dicha que alguien imparcial represente este lazo. Una persona de edad, un corazón justo y tranquilo, puede hacer mucho por la paz doméstica. En su presencia, las olas irritadas se calman, los adversarios se aproximan, las manos se tocan. Los viejos son, pues, pacificadores; su alma, el rincón tranquilo que habitan en nuestras casas, son asilos de paz donde es bueno refugiarse contra el tumulto de la vida de fuera y á veces contra las agitaciones de la interior.

Dejad que me descubra con respeto en el umbral de la habitación del abuelo ó de la abuela. Aquí el ruido cesa, las tempestades se calman. Es como un santuario, en el que los rencores, los malos pensamientos, no pueden penetrar. Una atmósfera de benevolencia nos acoge allí y nos invita á las confidencias. Se siente que el silencio se ha hecho en este lugar. Podemos decir nuestra pena ó nuestra alegría, confesar todo lo que nos pasa. Los viejos son los mejores confidentes. La voz de las pasiones que ha muerto en ellos no les impide oir nuestra voz. Nada desean ya para ellos mismos y pueden interesarse por los demás. Si tenéis la conciencia atormentada por una falta, que una necesidad de verdad os impulsa á revelar, id á buscar á un anciano. Menos rígidos que la edad madura, menos indulgentes que la juventud, tienen la justa medida de ternura y de severidad que es necesaria para perdonar las faltas, levantar á los que están

caídos y ponerlos de nuevo en el buen camino. ¿No vais también á ellos para encontrar con quién compartir ciertos dulces secretos, prestos á escapárseos? Los jóvenes amores en ninguna parte están mejor que bajo los viejos abrigos. Cuando no sabéis á quién contar lo que os llena el corazón, lo decís muy bajito á la abuela. ¿Cómo es que lo había notado hacía mucho tiempo, cuando nadie se había apercibido de nada?

***

Si es bueno tener á los viejos por confidentes, ¡cuán dichoso se es, en las horas tristes, al tenerlos por consuelo! Venir con el pecho desgarrado por las luchas espirituales, ó con el corazón destrozado por dolorosas pruebas, á sentarse al lado de un viejo querido que ha sufrido mucho, ¡qué bien hace! Ha visto de cerca las cosas que nos aterran, ha pasado por donde nosotros tememos pasar, y ha vencido mediante la paciencia y la confianza. Hay en la vejez venerable una virtud consoladora infinitamente dulce y poderosa, consagrada al fuego del sufrimiento y purificada por las grandes penas. Se ha elevado poco á poco á la vida superior, en que los deseos, las concupiscencias, las ambiciones inferiores y aun el afán de ser dichoso, se han desvanecido. No se encuentra allí más que la pura bondad, el olvido de sí propio, la serenidad en el sacrificio. Para un hombre sensible á la belleza del

alma y á las realidades morales, la sola presencia de una persona en quien aparece esa noble vejez, tiene el don de reanimar todos los ánimos y de fortalecer el corazón, en medio de las pruebas más crueles. Los que tienen la paz dan la paz, los que tienen resignación, no solo enseñan, sino que comunican la resignación. Me lleno de admiración ante los esplendores morales que se ocultan modestamente en la vida de ciertos viejos, y cuya riqueza sólo Dios es capaz de medir. Semejantes ancianidades son la flor suprema de la humanidad.

Amo, ciertamente, á la juventud y sé apreciarla. Estoy penetrado de que si reuniera en un solo ramo todas las flores de la tierra, jamás se igualaría la gracia que sonríe en las frentes de veinte años. Jamás, reuniendo los más dulces rayos de las estrellas, los tintes más encantadores del cielo azul, del mar profundo, del bosque misterioso, se haría nada semejante á lo que luce, ¡oh, juventud! en vuestros hermosos ojos, cuando la esperanza los anima ó el amor los ilumina.

Y, sin embargo, hay algo más precioso, más conmovedor y de un brillo más raro que vuestra frescura, y es la ancianidad, salida del crisol de los dolores humanos, probada como el oro puro, y de la que dice el poeta:

> Si se ve la llama en los ojos de los jóvenes,
> en los de los viejos se ve la luz.

***

He aquí, pues, bastantes funciones realizadas por los que ya no hacen nada. Pero admitamos que hayan llegado á ser incapaces de hacernos aprovechar su sabiduría, de prestarnos un servicio cualquiera: ¿no significa nada su presencia? Lo pregunto á todos los que viven del corazón. Cuando las cargas de la edad pesan sobre nuestros viejos padres, cuando el gran cansancio de la vida se apodera de ellos y hablan de abandonarnos, porque, si se les oye, ya no hay razón para que estén entre nosotros, permítanme les diga respetuosamente que hablan como niños, que no saben lo que dicen, ni la pena que nos causan.

Si supieran cómo les agradecemos que estén á nuestro lado; cuán felices somos al volver á verlos al regresar á casa, siempre sentados en el mismo sitio, en ese venerable sillón tan bien llamado *Sorgensthul,* silla de los cuidados. Cuanto más se avanza en edad, más dicha se experimenta al poder decir todavía á alguien: papá, mamá. No importa que estén deshechos, con la fisonomía cambiada, destrozados por la edad, con tal que estén á nuestro lado. Nos parece que mientras permanecen cerca de nosotros, hay un abrigo sobre nuestras cabezas. Desde el punto de vista humano han llegado á ser casi nuestros hijos, puesto que los conducimos, los sostenemos y los cuidamos como ellos nos cuidaban en otro tiempo. Pero no por eso son menos un refugio para nuestros corazones, el más querido y el

más sagrado de todos. Por esto, cuando cierran los ojos, nos damos cuenta del vacío que dejan tras de sí esas existencias caducas, que ya casi no tenían un lugar. Nos habíamos habituado á verlas siempre. Formaban parte de nuestro horizonte, como las líneas azules de los bosques, como las cumbres de las montañas. El día en que desaparecen, se siente la impresión de que se ha tocado á lo inmutable. Algo esencial se ha marchado.

He conocido á un hombre, de los más activos y enérgicos de nuestro tiempo, encargado de la dirección de un gran servicio público. Tenía entre manos graves intereses, y todos los días estaba en la brecha, no sólo para el trabajo, sino para la defensa y el combate. Si ha conocido los alientos que dan la simpatía y la aprobación, también ha conocido, y más que otros, la amargura de los ataques, la punta acerada del espíritu de odio y de fanatismo. Este individuo, de origen modesto, conservaba todavía á su madre, muy vieja, y que vivía retirada en una habitación de la casa. Todas las mañanas, antes de partir para su administración, iba á abrazarla. En invierno, él mismo le encendía el fuego; jamás hubiera querido dejar este cuidado á un sirviente. En ello encontraba una satisfacción que nada hubiera podido reemplazar. Y era para él muy dulce, al comienzo de una jornada de preocupaciones, de graves debates ó de importantes resoluciones, lle-

var en la frente el beso de su madre, y oir que le decía: «Dios te guarde, hijo mío.»

Me parece que al contar esta historia cuento la de muchos hombres. En verdad, no pienso que nadie pueda alabarse en plena vida, en la más ardiente actividad, de hacer algo mejor que esos ancianos queridos. ¡Y ellos imaginan que ya no hacen nada!

CAPÍTULO IX

NUESTROS SERVIDORES

La humanidad normal está organizada sobre un pie de servicios mutuos. Cada cual obtiene su puesto por un servicio prestado. Los que no sirven de nada ni á nadie, son parásitos. La salud del cuerpo social exige que se limpie de ellos como de una plaga. De hecho, el parásito absoluto es raro. No se encuentra sino bajo la forma de ejemplares aislados, cuya existencia es cada vez más insostenible. En los tiempos laboriosos en que vivimos, el ideal, al menos el que puede confesarse y proclamarse, no es vivir á expensas de otro, sino ser un servidor útil de sus semejantes.

Esto no impide que haya una clase especial de gentes llamadas servidores ó criados. Y de ellos deseo ocuparme un momento. La inmensa mayoría de los hogares no tiene criados. En ellos se sirve uno mismo. Pero la mayor parte de los que leen

libros tienen, al menos, una criada. Escribir un libro acerca del hogar sin tratar de este particular, sería, por tanto, olvidar una rueda indispensable de la casa. No es que la cuestión sea fácil, ni agradable, pero se impone á la atención. Es un extremo familiar de la gran cuestión social. Considerada en sus aspectos menos importantes, es, sobre todo, provocativa. Preferiría uno eludirla y forjarse ilusiones; decir, por ejemplo: «no hay cuestión acerca de los criados». Pero esto sería pueril. Hablemos, pues, de ella y hagámoslo seriamente, puesto que del mismo modo allí donde están reunidas dos ó tres madres de familia, concluyen casi siempre por caer en este capítulo, y una vez en él, ya no salen.

«¡Ah, esas criadas, tal es el estribillo, qué perpetua preocupación, que plaga! ¡Si pudiéramos prescindir de ellas! Pero, ¡ay, son un mal necesario!»

Declaro inmediatamente que no me colocaré en este punto de vista. Hablar de los ausentes para quejarse ó hablar mal de ellos, prefiero evitarlo. No es que no haya nada que decir de verdad en este sentido, ni justas recriminaciones que formular; pero se dice todos los días, por una multitud de personas. ¿Por qué repetirlo? Quiero hablar á los burgueses y á las burguesas, ricos ó modestos, y hacerles, á propósito de los criados, algunas reflexiones que creo saludables.

Para empezar, diré: Cuidemos de que el que nos sirve no llegue á ser en la casa un *cuerpo*

extraño. Este es el enemigo del organismo. Él deviene causa de una excitación dolorosa, de una inflamación acompañada de fiebre, y finalmente, es expulsado, no sin haber ocasionado desórdenes más ó menos graves.

Para que un servidor no llegue á ser un cuerpo extraño, es preciso primero, no tomarle sino con informes suficientes, después que, una vez entrado en la casa, sea para bien; que se haga todo lo necesario para que se sienta poco más ó menos en su casa.

Repetís en todas partes: «En otros tiempos los criados eran más fieles que hoy. En nuestros días no forman, como entonces, parte de la familia; son personas pagadas y á veces nuestros peores enemigos.»

Dispensad; ninguna persona tiene interés en ser sin motivo ni razón enemigo personal de otra. Hay en esto un problema enojoso, que conviene estudiar con calma y dentro de un espíritu de justicia. Poner en oposición el pasado y el presente y echar de menos los buenos tiempos viejos, no basta. No se detiene la marcha del tiempo. Las dificultades actuales reclaman de nosotros una solución. ¿Qué hay que hacer? Sencillamente lo siguiente: preocuparse del sér humano en el servidor. Queréis un buen cochero, una buena cocinera. Esto es legítimo. Pero sabed que no se es simplemente cocinera ó cochero. Se es un sér humano.

Interesáos por ese sér. Cuanto más joven es y está separado de los suyos, más necesita de un poco de atención. No entrar en relación con él sino para cosas del servicio, es correr el riesgo de ser mal servido. Sin indiscreción, sinceramente, informáos de su historia, de su familia, de sus preocupaciones. Camináis todos los días con una carga de penas, ó con secretos pensamientos que lleváis á todas partes, á vuestro trabajo y hasta á vuestras diversiones. Vuestros criados son como vosotros. No se han despojado de la dignidad humana al ponerse la librea. Jamás el cochero sube solo á su asiento. El compañero invisible que sigue á cada uno de nosotros, se instala con él, como su sombra. ¿Por qué, vosotros que sois hombres, olvidáis que vuestros servidores no son máquinas de barrer, de guisar, ó de cavar el jardín? Recordadlo, pues. En la mayor parte de los casos será un bien para vosotros y para ellos. Sólo algunos individuos perversos, y de los que nada puede sacarse, permanecerán insensibles á ese testimonio de interés verdadero y de sencilla solidaridad. Los demás se sentirán conmovidos. No habéis visto en ellos solamente el criado, no verán únicamente en vosotros el amo, y el resultado será sumamente provechoso. Sobre este principio edificaréis relaciones normales. Un poco de humanidad, un poco de bondad, existirán entre vosotros. La abnegación nacerá de aquí como una consecuencia natural. Habláis de ella

sin cesar, queréis recogerla. ¿Con qué derecho? ¿La habéis sembrado? No conocéis el campo en que crece ni la semilla de que ha salido. Sois egoísta, frío, atento solamente á lo que os atañe. Repetís constantemente: «siempre que hagan su servicio, lo demás me es indiferente». ¿No tenéis, pues, inteligencia bastante para comprender que la respuesta á esta reflexión de los amos, es esta otra reflexión de los criados: «siempre que me paguen, no me importa lo demás.»

Para resolver la cuestión de los criados, se necesita lo mismo que se ha necesitado siempre desde el principio del mundo, frente á todas las dificultades: tacto y buena voluntad. Si se os ofrece una receta nueva y buena, estad seguros de que es la antigua, cambiada de forma.

***

Otra recomendación, que es bueno no perder nunca de vista, es la siguiente: *colocarse en el lugar de los criados*. Para vivir con alguien hay que comprenderle; para comprenderle hay que saber darse cuenta del estado de su espíritu.

Se trata de séres que viven bajo vuestro techo y que tienen una suerte enteramente distinta. En vano guardan la distancia social que hay entre su situación y la vuestra: la distancia material está suprimida. Las comparaciones se imponen á cada momento. Surgen, en el curso de los días, reflexio-

nes que no es fácil destruir de primera intención, y que pueden extraviar un cerebro. Rozamientos de amor propio, olvidos, dudas involuntarias, alimentan los pensamientos de descontento, de sublevación. Para remediarlo es preciso discernir las causas.

A veces la dificultad procede del desprecio que la vanidad de nuestras existencias inspira á los que nos sirven. No nos ven trabajar bastante, no se dan cuenta del objeto de nuestra vida, á menos que no vean demasiado bien que este objeto es nulo. El servir á gentes que ellos mismos no sirven para nada, es desmoralizador. Se acepta el ser una rueda inferior á condición de engranar con un conjunto y ayudar á sostener el peso de una actividad superior. En preparar la comida de un amo laborioso, en limpiar las botas de un médico, cepillar el traje de un pensador, encender el fuego á un viajero, que volverá á la noche fatigado de una larga carrera, hay encanto y animación. Comprendo maravillosamente al criado que dice: vamos á hacer una operación quirúrgica, defendemos una causa célebre, abrimos un túnel, construímos una fábrica; ó á la cocinera que cuida una sopa porque es el día en que el señor explica su curso y vuelve un poco cansado. Hay necesidad de saber por qué se trabaja. Alimentar, acostar, vestir, pasear, divertir á gente ociosa, no es oficio de hombre. Esto hace gruñón, burlón, escéptico, vicioso. Pon-

gámonos en el lugar del criado, lo cual es á veces un buen medio para volver á colocarnos en el nuestro.

Para realizar las cualidades necesarias á un buen sirviente, sería preciso la calma del filósofo, la flexibilidad del diplomático, la habilidad del mago, la vivacidad del diablo, la paciencia de los ángeles.

¿Dónde están los maestros que tienen esas cualidades? Nos permitimos ser caprichosos, torpes, negligentes y, sobre todo, impacientes. ¡Singular privilegio, valer menos que nuestros inferiores!

¿Qué pensáis del carretero que se tambalea cuando el caballo marcha derecho, y que al primer mal paso muele á palos á la pobre bestia?

Ese zafio, á la vez exigente con su subalterno y desordenado él mismo, es la imagen de bastantes amos, confesémoslo sin regateos. Mi convicción es que la cuestión de los criados peca, sobre todo, por parte de los patronos. Y, además, admitamos que esté equivocado, ¿no está la mejor parte en nuestro poder? Dediquémonos á cuidar lo que depende de nosotros. Este método nos probará sus buenas cualidades por sus resultados. Para estar bien servido, es necesario mandar bien; para mandar bien, es necesario hacerse respetar, y portarse bien el primero.

Seamos humanos, exijamos que nuestros hijos lo sean. Nada indispone ni echa á perder á un cria-

do como estar á merced de los caprichos infantiles. Dos séres existen que son héroes: el soldado armado que se deja tirar piedras por el populacho, sin responder tirando; el criado que sufre con mansedumbre las impertinencias de niños arrogantes y mal educados. Cuidemos de no abandonar nuestras relaciones con los criados. Apliquemos á ellas la regla de conciencia más escrupulosa y elevada. El hombre honrado pone más cuidado en portarse bien con respecto á sus inferiores, que en hacer buena figura delante de sus superiores. Si pecáis en este punto, toda la casa se resiente: la paz doméstica, la educación de los hijos, la atmósfera moral y religiosa. ¡Id, pues, á rezar cuando acabáis de cometer excesos de palabra ó de autoridad!

Vivir á mal con los criados, es mantener en la casa un foco de infección. Estar á bien con ellos, es resolver, por nuestra parte, uno de los problemas sociales que atormentan á nuestra época; es permitir á los que tienen el cargo principal de nuestra existencia material, ser otra cosa que bestias de carga, entrar en el espíritu de su función, lo cual es siempre una liberación; es permitirles, finalmente, que se sientan colaboradores nuestros, y á pesar de las distancias exteriores, nuestros semejantes en dignidad humana. Es evitarnos á nosotros mismos la vergüenza de la opresión.

Hay una mancha en todo hombre que reduce á

otro á la esclavitud. La esclavitud engendra costumbres que se comunican al tirano.

Preservémonos, preservemos á nuestros hijos del vicio indeleble, unido á los medios en que el alma humana es lastimada en la persona de los humildes. Para hacer de nuestros hijos hombres, trabajadores, eduquémoslos en el santo respeto al hombre, cualquiera que sea el traje que lleve y la posición que ocupe. Es preferible que caiga un rayo en el tejado á que haya un paria en la casa.

Niños, muchachos y muchachas, sed buenos para los que os sirven, sed finos, amables, respetuosos, y muchas veces ayudadles á llevar la carga. No temáis que por eso conciban desprecio y sean menos dóciles: hacerse amar es el verdadero secreto para hacerse obedecer. Vale más eso que saborear la voluptuosidad envenenada que consiste en hacer sentir la garra del amo.—No dejéis nunca que os hagan un servicio que pueda rebajar á alguien. Si hay ocupaciones á las que va unida, más que á otras, una idea de rebajamiento, encargáos vosotros mismos de ellas, de tiempo en tiempo, voluntariamente, para hacer desaparecer lo que tienen de amargo. Vosotros que sois libres, aceptad un poco de esclavitud, á fin de que el esclavo sea conducido á la libertad, y seréis discípulos del Cristo, que ha dicho: «Que el que quiera ser grande, sea servidor de todos», y seréis hijos de Dios, del sólo verdadero *Señor*. En su presencia son

iguales los que obedecen y los que mandan. Y, sin embargo, teniendo en sus manos la realeza y el poder, no por eso es, en el sentido más extenso de la palabra, menos servidor de los servidores: desde las gotas de sangre de nuestras venas, á los mundos gigantes que ruedan por los cielos, todas las cosas se sostienen por sus cuidados.

***

Me he formado, en el fondo de la memoria, una colección de buenas gentes, que he tenido la dicha de encontrar en el camino de la vida. Pertenecen á todas las clases sociales, á todas las religiones, á todas las profesiones. Cuando estoy cansado de la estrechez de miras y de las preocupaciones; disgustado del espectáculo de las pretensiones, de las ambiciones, del egoísmo estúpido, me refugio en esa sociedad interior. Allí el corazón se calma y se refresca. Entre esos hombres de bien, cuyo pensamiento reanima y preserva del pesimismo, hay algunas figuras de obscuros servidores. Me es imposible expresar la veneración que me inspiran y el bien que me ha hecho el contacto de su alma sencilla y fiel. Soy dichoso, al menos, en el santuario íntimo, en que toda grandeza ficticia y todo valor convencional se borran, en poder ofrecerles en toda su plenitud un puro y religioso homenaje.

CAPÍTULO X

NUESTROS ANIMALES

En todo hogar común hay, al menos, un animal. Es un perro, un gato, un pájaro, que forman casi parte de la familia. Conocen á todos y todos los conocen. Son la alegría de los niños. A veces los cuidan, los defienden, les sirven de compañeros de juego, de pasatiempo en las enfermedades, de consuelo en las horas de castigo. El perro, sobre todo, es verdaderamente bueno para todo. Sirve de caballo de tiro y de silla, y cuando se está cansado de jugar, se presta á servir de almohada. Luego hay buenos borricos, animales pacientes, indispensables en todas las excursiones, que á la vez llevan á los excursionistas y el almuerzo, ó arrastran tras de sí toda una alegre patulea. Cuando se llega al sitio de la excursión se les abraza, se les mima. Para hacer más agradable la hierba que pacen y los cardos que cuscurrean, todos les ofrecen de su pan y á los postres les atracan de azúcar.

Todo el que conoce la vida en el campo y en la montaña, sabe el lugar que puede tener en la familia una vaca ó una cabra. Entre las gentes pobres forman parte de la Providencia.—No hay recuerdos de la infancia, sobre todo en el campo, sin que en ellos se encuentren animales. Muchas veces están mezclados á los más grandes sucesos, á las primeras é imborrables impresiones. Su puesto está, pues, indicado en este libro. Hablemos un poco de ellos; será á la vez el medio de satisfacer una deuda de reconocimiento y de distraernos, de hacer novillos un poco.

Los hombres no son divertidos todos los días. Es inútil quererlos; llegan momentos en que se está saturado de sus historias. Es entonces un descanso ocuparse de esas inocentes y sencillas criaturas, que no se han mezclado en nuestras pillerías, en nuestras hipocresías, y no han adoptado nuestros sistemas complicados de pensar, nuestros deseos insaciables y nuestras necesidades ficticias.

***

Pero, si se observa á los animales, pronto se apercibe uno de que nos conducen de nuevo á los hombres. Porque si hay en el hombre vestigios del animal, hay en el animal huellas del hombre. El animal, el doméstico sobre todo, tiene nuestro sello. No sólo lleva el estigma de nuestras maldades, está engañado y gastado por nuestras crueldades,

atacado en su vitalidad por el contacto con las civilizaciones enfermizas, sino que está también refinado por nuestra sociedad y de algún modo humanizado por su trato secular con el hombre. Algo del alma humana circula en el alma obscura de esos compañeros inferiores. La solidaridad no cesa allí donde termina nuestra raza. Fatal ó bendita, se extiende más allá.

***

Cuando veo largas caravanas de rocines agotados, de patas anquilosadas, de piel agujereada y llena de mataduras, subir por el *boulevard* del Hospital para pasar del mercado de caballos al matadero, me siento apoderado de una tristeza infinita. Son vencidos de la vida, que me recuerdan todo lo que tritura bajo sus ruedas la pesada y homicida máquina de nuestro estado social. Sangran de nuestro mal, se doblan bajo nuestras cargas, sucumben al peso de nuestras miserias. Nuestras faltas gravitan sobre sus lomos, en tanto que sus beneficios caen sobre nosotros. Hay en su dolor resignado, en su sacrificio inmerecido y que no atenúa la esperanza de una compensación, no sé qué símbolo sublime, que recuerda todas las víctimas inocentes y hace abrir los ojos ante profundidades infinitas. No puedo menos, al mirar á esos séres cargados de flaquezas, de pensar en el gran dolor redentor por el cual el mundo está salvado y en los castigos que

del culpable, caen sobre el justo. No te moleste esta comparación, lector, si hace profesión de cristiano. Recuerda más bien que Cristo ha sido llamado en todo tiempo cordero de Dios. Por mi parte, me gusta recordar también que el día en que el Hijo del Hombre entró en Jerusalén entre las aclamaciones de una multitud entusiasta, le agradó asociar á su honra al más despreciado, al más maltratado de los animales domésticos, á ese súfrelo-todo, sin cesar acribillado á golpes y que se llama asno.

***

Hay un insecto muy pequeñito que se llama, en ciertas comarcas, *animalito del buen Dios*. Los niños se guardan de matarlo. Cuando cae al agua, le arrojan hojas ó briznas de hierba para que se salve; cuando está transido de frío, lo calientan entre sus manos; cuando le encuentran prisionero en una habitación, le abren las ventanas y le dan libertad. Porque ese animalito, á sus ojos, es sagrado. Tiene un protector poderoso el pequeño insecto, cuyos élitros están tachonados de puntos negros ó blancos, como el cielo de estrellas. No hay que atormentar al animalito del buen Dios.

Me he llenado el alma de esas impresiones de la infancia; pero todo animal ha llegado á ser para mí, animal del buen Dios, y me produce una impresión religiosa. En Francisco de Asís, el buen Santo, lo que encuentro más conmovedor, es su

amor á los animales. Cuando les da los títulos de amistad y les llama sus hermanos, le encuentro sencillamente adorable. Esto no le ha impedido amar á los hombres ni apreciar la dignidad humana.

***

Algunos de nuestros semejantes pasan el tiempo enumerando los signos que nos distinguen de los animales, registrando nuestras muestras de superioridad, nuestros títulos de nobleza; engrandeciéndose, en fin, por la comparación con todo el que no tiene, según una definición memorable, el privilegio de ser un bípedo sin plumas. ¡Cuán pueriles son esas preocupaciones y cómo muestran que, de todo lo que se arrastra, bulle, corre, nada ó vuela á través de la creación, sólo el hombre es verdaderamente «animal»! ¿Hay algo más tonto, cuando se es hombre, que aprovechar el encuentro de un pobre animal para entregarse á comparaciones vanidosas y fuera de lugar, y repetir, á expensas de un caballo, de un sapo ó de un canario, la antigua oración del fariseo: «Te doy gracias por no ser como uno de esos.» ¿Hay nada menos respetuoso para el Creador que los ha formado? El hombre se gloría de ser más grande que lo que puebla el mundo á su alrededor, como si en una criatura cualquiera nubiera otro mérito que el del Creador. Él solo, por otra parte, los mide y sabe cuál es su principia

y su fin. En cuanto á mí, pienso que la verdadera cuestión, para cada uno, consiste en ser lo que Dios ha querido que sea. No me desagradaría ser una hormiga, siempre que fuera una hormiga de Dios.

***

Si los animales tienen gentes que injustamente los desprecian, á quienes la sola idea de un parentesco con ellos impide dormir, tienen también sus detractores legítimos. Pero se lo deben á amigos torpes, á partidarios demasiado exclusivos. Hay gentes á quienes irrita mucho el espectáculo de los mimos, de los halagos, de las ternuras exageradas de que ciertos animales son objeto. Les repugna ver perros con abrigo, con un paraguas atado á la espalda, y monos que se pavonean en coche. Ven mal que se olvide á los hombres ó se les maltrate, para consagrarse á los animales y reservarles todas sus simpatías. Su indignación es justa; ¿pero qué pueden hacer los pobres animales si los que les quieren no tienen discernimiento?

Por lo demás, en este punto también, antes de lanzar la piedra, hay que tratar de comprender. El origen del cariño á ciertos animales es muy conmovedor. Es un error querer mal á los que ya no tienen nadie á quien amar, porque se resarzan en un animal de lo que los hombres y la vida les han rehusado. Vistos interiormente, explicados, esos afectos son menos ridículos que vistos desde fuera.

Merecen interés y son capaces á veces de despertar la piedad ó de imponer la admiración.—No quiero mal á las solteronas porque llevan su perrillo en la mano, para que no se moje las patas, ó le calientan sobre su corazón para impedir que se constipe. ¿Quién puede calcular la suma de ternuras vanas, de afectos reconcentrados, de afán puro y bueno perdido, en el pobre mundo en que estamos? Admirarse de que se coma pan negro á falta de pan blanco, de que se sirva uno de muletas cuando no se tiene las piernas buenas, de que se encienda un brasero para reemplazar al sol que falta, nada prueba en favor del que se admira. Es preciso conocer poco el corazón humano, su imperiosa necesidad de abnegación, de amor, de sociabilidad, para no comprender el puesto que puede ocupar un animal en la vida de un hombre.

He conocido una señora de edad, de condición distinguida y que había perdido á toda su familia. Sola en el mundo, su única sociedad era un perrillo negro, en extremo cariñoso y expresivo. Guardaba su puerta de noche, y de día la acompañaba á paseo, ó se acostaba delante de su cama cuando estaba enferma. Un día el pacífico animalito recibió en medio del pecho una coz de un caballo, de resultas de la cual murió al momento. Al saber este accidente, calculé toda la desolación que debía causar y fuí á expresar á la que le correspondía mi más vivo sentimiento. Al propio tiempo le conté

la historia de un viejo de ochenta años, que vivía solo y enfermo en un sexto piso, y se negaba á entrar en el hospital porque no podía llevar un perrillo blanco, su último amigo, del cual no sabía qué hacer. Nadie había comprendido jamás la obstinación del viejo solitario y todos le calificaban de loco. Ella le comprendió y ofreció una pequeña pensión, mediante la cual el perro fué colocado en casa de personas cuidadosas. El viejo, tranquilizado, se dejó llevar al Hospicio, donde pudo volver á ver, de tiempo en tiempo, á su fiel compañero. ¿De qué habría que estar hecho para encontrar ridículas estas cosas?

***

Anda por el mundo un perrito, de unos amigos míos, que tiene por nombre Tom. Ha recorrido las principales ciudades de Europa con su joven amo que iba á estudiar, representando cerca de él á la familia ausente. Jamás se les veía al uno sin el otro. El que invitaba al amo, invitaba también al perro...

Hoy día, de los dos inseparables, Tom solo ha quedado; segado en la flor de la edad, su joven amo ha partido con las hojas del último otoño. Su puesto está vacío en la mesa y en el hogar. Pero, al mismo tiempo, Tom ha llegado á ser una reliquia viva y sagrada. Recuerda al sér querido que falta, le representa en todo momento. Y cuando se

echa á los pies de sus amos que lloran al hijo, es una gran dulzura, para esos corazones heridos, sentir cerca de ellos á un sér en otro tiempo amado por el muerto y que siente de tal modo su pérdida, que durante largos días ha rehusado todo alimento. Cada vez que se le conduce á la estación para esperar á un amigo, el pobre Tom imagina que se va en busca del que está ausente y cuya vuelta espera. Cuando reconoce su error, sus ojos expresan un dolor que causa lástima. ¿Y creéis que tales animales no merecen ser amados?

***

En un muelle de París, todos los días de Dios, puede verse á una persona de mediana edad, casi enana, en compañía de un perro. Desde el primer momento se apercibe uno de que es la señora la que acompaña al perro y no el perro á la señora. ¿Tiene, pues, una señora de compañía ese perro? Y bien, sí...

El animal es viejo, pesado, un tanto reumático. Es un gran perro de aguas, de color de ceniza, de ojos cubiertos por largos pelos. Cuando anda, su guardiana anda; cuando se para, ella se detiene. El es el que indica la dirección y pasa de la sombra al sol, según su deseo. De tiempo en tiempo, da señales de querer echarse. Entonces se le extiende en el suelo una alfombra. Cuando se levanta, la seño-

ra recoge la alfombra y la lleva detrás de él... Hay algo de chocante en ver á un animal servido por un sér humano. Pero debo decir que la guardiana del perro no parece apercibirse de ello. Nada en su fisonomía indica que su dignidad se encuentre herida. Con humor tranquilo, llena de atención para con el animal confiado á sus cuidados, parece muy satisfecha de su suerte. Y de hecho, para el que sabe la historia del perro, nada tiene de sorprendente. Es un perro de soldado, un perro de oficial de marina. Su dueño ha muerto en las colonias. Al partir se lo había confiado á su familia. Ahora una parte de la piedad que se consagra á los muertos ha recaído sobre el perro. Desde hace años personifica el recuerdo de su amo. La pobre criatura que le cuida no admitiría nunca que fuera un perro como otro cualquiera. Y en el fondo, tiene mil veces razón... Pero el papanatas que pasa no sabe esa historia y se indigna del orgullo de los burgueses, que hacen tratar á un perro como si fuera un hombre.

***

Entre el hombre y el animal, hay infinitamente más cambios que los que se podría suponer. Sin saberlo, un animal puede consolar á un hombre. He visto séres calumniados, perseguidos, á quienes sus semejantes habían infligido las peores torturas morales; los he visto destrozados, casi desespera-

dos, reanimarse de pronto y verter lágrimas enternecidas al ver de nuevo su caballo, al recibir las caricias de su perro. Seguían siéndole fieles, creían en ellos, no variarían jamás.

Es necesario haber sentido sobre sí la baba impura de los calumniadores, sufrido la mirada de los amigos crédulos; es preciso haberse visto harto de injusticia, rodeado de sospechas, abandonado de todos, para conocer el gran consuelo que hay en decir á un animal fiel: «¡Tú, al menos, tienes confianza!»

Un día, en lo más fuerte de sus luchas, el gran Lutero, abrumado de fatiga, descorazonado, lleno de presentimientos turbulentos, se dejó caer en la orilla de un sendero en un bosque. Pesaba sobre él una hora mala, una de esas horas en que en otro tiempo había envidiado á los muertos, diciendo: «¡Son felices, porque reposan!» En aquel momento, un pequeño pitirrojo de los bosques vino cantando á posarse en el matorral vecino. Los ojos del reformador se fijaron en él y le observaron largo tiempo. Como un rayo de luz la graciosa despreocupación de ese huésped de los bosques se insinuó en su espíritu. Y se dijo: «Ese pobre animal nada sabe de Dios ni del Salvador; su vida está expuesta á mil peligros; enemigos innumerables le acechan noche y día; no sabe de qué vivirá mañana ni el invierno próximo. ¿Por qué, pues, está tan tranquilo y confiado? El Dios que no co-

noce le ha dotado del descanso en él de todo cuidado; canta como florece el lis, como murmura el arroyo... ¡Y yo, que adoro al Padre de los cielos, me consumía aquí creyéndolo todo perdido!...» Al decir esto, Lutero, rehecho, partió, encomendando sus designios al Eterno. Acababa de aprender que muchas veces se tiene necesidad de alguien más pequeño que uno.

***

La muerte de los animales amados, junto á los cuales uno ha crecido, es una de nuestras primeras tristezas. Su existencia es corta. Pero, ¿les habéis visto morir? Pienso entonces que juzgaréis como yo que es injusto decir: morir como un bruto, como es inexacto decir: vivir como una bestia. Estas locuciones designan las vidas bajas y viles, las muertes que inspiran temor y repugnancia. El animal no es brutal: no es inmoderado en sus apetitos, ni impuro, ni vicioso, á menos que la vida del hombre no le haya viciado. Y cuando muere, lo hace con dulzura y sencillez, á veces valientemente. No hace tantas cosas para abandonar la vida. Sería de desear que la muerte de la mayor parte de los hombres no fuera más fea, más agitada, más angustiosa.

Por mi parte, al lado de la menor criatura que acaba, junto á las flores que se marchitan, al lado del pájaro que cae del tejado, tanto como ante los

genios que se extinguen, pienso en el gran misterio de la vida, en el designio eterno, al cual todo se reduce. Y si nada veo partir sin dedicarle un lamento, no puedo menos de pensar también: Pequeño ó grande, obscuro instinto ó luminoso espíritu, todo procede de la misma fuente, todo forma parte de la misma obra inmensa. Lo que viene de la Vida, ¿puede ir á parar á la nada? El disgusto de ver algo acabarse, ¿no es una advertencia, un presentimiento? ¿Puede acabar una obra de Dios?

CAPÍTULO XI

EL ORDEN EN LA CASA

¿Os gusta el orden? Por mi parte, al decir que soy aficionado á él, quedaré por bajo de la verdad, porque tengo por él un respeto, por decirlo así, supersticioso. Pero, si yo le admiro, él me humilla. Estoy lejos de serle siempre fiel, y hablo de él aquí con una devoción mezclada de disgusto y de confusión. Un sentimiento, sin embargo, me sostiene: me digo que muchos de mis lectores son como yo; no es lo que creemos más hermoso lo que practicamos con más asiduidad.

El orden se me aparece como un triunfo del espíritu sobre la materia bruta, sobre los elementos, sobre las fuerzas confusas y enredadoras. El orden es la luz, la calma, la justa medida, el sostén del trabajo, la garantía de la vida. ¿Qué es sin él la sociedad humana? Un rebaño sin objeto y sin ley, que habría que mandar á que aprendiera con las hormigas ó con las abejas.

Pero mi intención es hablar del orden en el hogar doméstico. En él consiste, en primer término, en poner cada cosa en su lugar.

Entro en una habitación desordenada. Diría que estaba en casa del comerciante de antigüedades ó en un carro de mudanzas. Los muebles tienen aire de gentes asustadas, sorprendidos de verse los unos al lado de los otros. Hay libros mal colocados, llaves extraviadas, ramos ajados, restos de alguna fiesta lejana. Un violín, olvidado sobre una silla, duerme un sueño lúgubre. ¿Dónde está el músico? Y sobre todo esto se esparce un polvo vago. Diríase que los habitantes de aquella casa, sorprendidos por algún desastre, han huído no sé á dónde, hace ya bastante tiempo.

Abrid un cajón, un armario, mirad la cartera de los libros de los niños, un cesto de costura: otras tantas formas del caos.

¿Cuáles son los resultados, para la vida de familia, de semejante estado de cosas, que puede encontrarse en grados diversos?

De aquí resulta, primeramente, un mal humor crónico. El desorden tiene un aspecto fastidioso, triste. Por la mañana ya, hiere la vista, nos recibe al pie del lecho y nos indispone. Es para nosotros, por lo demás, un reproche perpetuo. Hijo llegado en mal hora, mal educado, no hace honor á sus autores. Si el desorden nos hace perder el buen humor, también nos hace perder el tiempo. Cuan-

do nada está en su sitio, hay que organizar investigaciones para encontrar la menor cosa. Se busca en las carpetas, entre los libros, en las cómodas, como se haría en archivos destrozados por el incendio. El mundo está lleno de esos buscadores, que siempre han perdido alguna cosa. Ni encuentran sus cartas, ni sus instrumentos, ni sus vestidos. Si quieren vestirse, revuelven la casa de arriba á bajo: «¿Dónde están mis guantes? ¿No has visto mis corbatas? ¿Qué ha sido de aquella cinta verde claro? ¿Quién *ha cogido* mi abrocha-botas?» Notad que las gentes desordenadas se hacen fácilmente desconfiadas: «Me *cogen* todos los libros, me pierden las llaves!»

Nunca cuentan el dinero. Les parece que ayer noche su portamonedas tenía un duro. ¿Dónde se ha ido? Si tuvieran orden sabrían que lo han gastado y en qué. Pero no lo tienen, y he aquí que sospechan de sus compañeros, de sus criados. Las mismas gentes pagan dos veces, sin tener cuidado, la cuenta de un proveedor poco honrado ó simplemente desarreglado como ellos. Pero al día siguiente dicen á la pobre costurera, que les presenta la cuenta no pagada: «Debéis estar equivocada; he pagado esa cuenta.» Con este motivo, se sumergen en un batiburrillo de papelotes inconexos, revueltos como una ensalada rusa; desentierran legajos amarillentos, encontrando al paso papeles importantes, perdidos hace ya años. La obrera, mo-

lestada, espera siempre. En fin, se le paga y parte enojada y víctima de sospechas.

Las gentes desordenadas siempre llegan tarde, siempre están deprisa. Mientras imaginan tener tiempo, nada puede sacarles de su flema; pero en el último momento se apodera de ellas la fiebre y atropellan á todo el mundo. Son la plaga de los viajes, la desesperación de las citas, el azote de las reuniones ó su irrisión. ¿No suena en nuestros oídos esta frase?: «Bueno, ya llegan los X..., es decir, que la reunión va á terminar.»

Hay momentos en que el desorden llega á ser un peligro, ya amenace la seguridad y la vida de los que nos están confiados, ya nos prive, en el momento en que lo queremos, de un objeto indispensable. Por no tener á mano en el momento tal atadijo, tal remedio, tal llave, se asiste impotente á la desgracia. La puerta no se abre, el timbre no toca, el arma no dispara. Gritamos: «¡fatalidad!», y deberíamos decir: «¡desorden!»

El orden en el fondo es una garantía para todos. Es un homenaje rendido á los derechos del prójimo. Es la injusticia notada, la verdad descubierta, el tiempo ganado, el dinero ahorrado, las disputas evitadas, el peligro previsto, conjurado.

***

Las gentes desordenadas no reconocen sus defectos. ¿Podrían continuar, si se vieran tales como

son, irritantes, alocados, ridículos? Pero prefieren mofarse de los que tienen orden, llamándolos maniáticos. Ciertamente, todo puede exagerarse, hasta el orden. En ciertas casas degenera en tiranía, en demencia. Entre aquellos, por ejemplo, que todo lo encierran con tres vueltas, y guardan luego su manojo de llaves en un cajón, cuya llave, á su vez, es escondida cuidadosamente en otro sitio. Necesitáis un frasquito, un pañuelo, y es un negocio de Estado, hay que recorrer toda la fila.

Hay también los fanáticos por la limpieza, que es una de las formas del orden. Es inútil que no guste lo que esas personas llaman «suciedad»; es penoso verse perseguido noche y día, por la mota de polvo que quizá hay en nuestros vestidos, por un poco de barro problemático, que mancha nuestros zapatos. He conocido una casa provinciana, archilimpia, en que desde la puerta se apoderaban del visitante para cepillarle, sacudir su gabán y darle un par de escarpines, cuidadosamente limpios. Solo después de esto penetraba en el salón. Obligado á poner los pies en un ruedo pequeño colocado delante de la silla, se lo volvían á poner en el sitio necesario, si parecía que iba á apartarlos. La mesa era exquisita; pero desgraciado del convidado que vertía el vino en el mantel; estaba perdido en el ánimo de la dueña.

Me ha sorprendido también en ciertos medios, lo que llamaré el fetichismo de los muebles. No se

puede tocar á nada, ni utilizar cosa alguna. Que un sillón se haya hecho para sentarse en él, una alfombra para andar sobre ella, un lecho para acostarse, la vajilla para comer, ¡qué idea más estúpida, verdaderamente digna de un espíritu tosco! El hombre que pasa debe consagrarse al mueble que subsiste. Si un armario os molesta, os impide ver bien, trabajar, cambiad de lugar; pero no se cambiará el armario. Es inamovible. He aquí una cosa absurda, evidentemente, y que excita á la sublevación.

Pero no me arrojaré por eso en vuestros brazos, gentes desordenadas. Fácil es burlarse de los séres meticulosos y fastidiosos, puntuales hasta la exageración. Más valdría imitarlos, en lo que tienen de bueno.

Sólo los que llegan á poner orden en su vida no la pierden. Los negocios son, sobre todo, el orden. La ciencia también es el orden. Sin método, los más hermosos conocimientos y las notas más extensas no forman más que un batiburrillo indigesto, que nadie puede aprovechar.

En todas partes, pues, donde encuentro el orden, soy dichoso al rendirle homenaje, y gustoso me detengo. Si me agrada en la casa rica, donde bastantes manos contribuyen á mantenerlo, le saludo muy bajo en la humilde morada. Una mujer obrera que tiene arreglada la casa y los hijos, que mantiene el orden en la habitación, en los vestidos,

en los gastos, reviste á mis ojos un mérito extraordinario, porque pienso en la energía, en la vigilancia, en la constancia que necesita. El contacto de estas virtudes anima; al lado de una persona que tiene orden y organiza bien su trabajo, me siento tranquilo, me fortalezco, recojo lecciones é inspiraciones. Al dejarla me parece haber respirado un aire puro y vivificador.

El orden es una fuerza educadora. Si no lo tenemos por nosotros mismos, tengámoslo al menos por amor á nuestros hijos. En una casa falta de regla, de organización, sin hora fija para el trabajo, para el descanso, para la comida, no hay más que anarquía y confusión. Imposible es realizar en ella una educación cualquiera. El niño tiene necesidad de que se le ajuste á una serie de hábitos que cada cual observa. Aprende así á marchar en la fila, á amparar el derecho de los demás, á hacer concesiones al interés general, á disciplinar sus movimientos. En una casa bien dirigida, en que todo el mundo respeta la ley común, se somete á las horas y consiente en volver á poner en su sitio los objetos de que se ha servido, se oyen pocas palabras, gritos, explicaciones; pero se trabaja mucho. Cada cual está en su puesto, y su labor engrana con la del vecino.

Las gentes despreocupadas que se sublevan contra la regla doméstica, no son más que pequeños y limitados cerebros. So pretexto de independencia,

organizan la esclavitud más insoportable. Por no molestarse molestan á todo el mundo. Por no apresurarse se hacen esperar, lo cual es una de las impertinencias más caracterizadas. Y después de todo esto, han contraído un vicio que les hace bastante difícil toda vida compartida con compañeros de estudio, de trabajo ó hasta de placer. Es necesario orden en todas partes. Hágase el hogar el primer maestro de él. No habrá perdido su trabajo, ni para la paz y la satisfacción del momento presente, ni para la vida futura de sus miembros.

CAPÍTULO XII

MANOS DILIGENTES, DEDOS DE HADA

«Hijos, levantad la mesa; es en nuestra casa donde se vela esta noche! Las hilanderas no han de tardar.»

¡Cuántas veces, en las noches de invierno, he oído decir estas palabras en Alsacia! E inmediatamente corría á esconderme detrás del enorme arcón de madera, al lado de la monumental sartén. Allí es donde, sin ser visto, vería mejor lo que iba á pasar en la habitación y no perdería una palabra de lo que se dijera. Sobre todo, tendría la probabilidad de que me olvidaran y de no oir de pronto aquella orden terrible: «Carlos, ha llegado la hora de acostarse».

La habitación vasta, aireada, parecía esperar á los huéspedes... Muy pronto, en la parte de afuera, sonaban menudos zuecos, y para sacudir la nieve daban contra los escalones de piedra ligeros golpes

repetidos. Se oían risas en el corredor, donde las linternas apagadas eran colocadas en fila. Luego entraban en la habitación las buenas hijas de los aldeanos, más robustas y más frescas unas que otras. Cada cual llevaba con cuidado su torno de hilar, obra de arte muchas veces regalada por un novio. Sobre las ruecas, gruesas y cargadas de cáñamo, soberbias cintas subían en espiral. Esas cintas, en la primavera última, habían flotado en el sombrero de algún recluta de la aldea. ¿Dónde mejor que en esas valerosas ruecas, podían atestiguar la fidelidad de los recuerdos? Las hilanderas tomaban asiento alrededor de la mesa cuadrada, é inmediatamente empezaban á hilar. Se trataba de ver quién hilaría más hilo delgado, consistente, igual.

Un poco más tarde, nuevo ruido de zuecos debajo de las ventanas. Pero son más grandes estos zuecos. Anuncian la llegada de los mozos de la aldea. Uno de ellos llama á la puerta, la entreabre y pide permiso para entrar. Unas voces responden: «¿Tenéis tornos de hilar? Si no quedáos afuera, no se admite á los holgazanes.» Pero muy pronto el ama de la casa interviene: «Vamos, hijas mías, no les hagáis consumirse á la puerta, que entren; á condición de ser prudentes, todos son bienvenidos.» Y he aquí, en fila, media docena de robustos aldeanos, que van modestamente á sentarse en los rincones más oscuros.

Los tornos giran, giran, con un delicioso ruido

acompasado. Una conversación tranquila les acompaña. Muchas veces algún narrador cuenta una historia, siempre demasiado corta. Ningún cuadro de la vida de aldea me ha parecido nunca más gracioso que éste. Pero ¿dónde están las nieves de antaño?

No hay hoy día interés económico alguno en hilar el cáñamo, con paciencia, en el curso de las noches de invierno. Los tornos han ido á reunirse en los graneros con las levitas de botones de cobre que llevaban nuestros abuelos, y fraternizan en el polvo. La juventud masculina frecuenta las tabernas. A través del pesar que me inspiran esas escenas lejanas, que mis ojos no verán más, distingo mejor el alcance de costumbres por largo tiempo respetadas. Ese hilo que tejíais con vuestras manos diligentes, doncellas de mi país, era otra cosa que el material para hacer buenas telas, para preparar vuestros equipos, para amontonar en vuestros armarios impecables pilas de manteles deslumbradores. Era el hilo á que iba unido el amor, la dicha del hogar, la alegría de la juventud.

***

No hay que menospreciar las leyes económicas, ni erigirse frente á transformaciones sociales en *laudator temporis acti*. Sin embargo, es lícito señalar lo que ciertas costumbres nos han hecho perder, sobre todo si la pérdida se relaciona con los bienes del alma.

Los tejidos que salen de nuestras fábricas modernas son más finos que los que hilaban nuestras mujeres en otro tiempo. Pero si admiro su perfecta labor, no me producen enteramente el mismo efecto. Cuestan menos caros, ¡pero carecen de tantas cosas que no se valoran en números! Había poesía, bondad, recuerdo, amor, en los manteles, en las servilletas y en los pañuelos de otros tiempos. Esas cosas yo las siento, y la humanidad tiene necesidad de ellas; forman parte de los tesoros interiores, de que vive el corazón humano. ¿Habéis desenvuelto alguna vez, lejos del hogar, en país extranjero, prendas pequeñas de vestir, hechas por vuestras madres ó por vuestras hermanas, y sentido la pura felicidad que consiste en ponérselas, en envolverse con ellas? Entonces me comprenderéis. Y me comprenderéis mejor aún, los que lleváis y respetáis, como amuletos, alguna cosa vieja que ha llegado á ser sagrada á vuestros ojos desde que las manos que la han confeccionado descansan de sus trabajos. Decís: «tengo estimación por esta prenda, es todavía de mi buena madre, nunca me separaré de ella.» ¡Cuánta razón tenéis, aun cuando se os ofrezca en cambio alguna maravilla muy flamante salida de un almacén de novedades!

Las condiciones económicas del mundo se modifican. El corazón humano sigue siendo el mismo. Arreglémonos de modo que no pierda demasiado

en el cambio. Creo que hay medio de lograrlo. Para ello, la mujer no tiene más que seguir siendo mujer. No teniendo ya el torno de hilar, inventará otra cosa. Sus dedos, de un modo ó de otro, sabrán reanudar el hilo á que está unido el amor. Porque son dedos de hada.

* * *

Hay un cierto arte especial, que no es ni la pintura, ni la música, ni la escultura, y que es, sin embargo, el arte supremo: consiste en poner alma en las cosas materiales. La mujer tiene este arte por instinto; pero hay que desenvolverlo. Uno de sus enemigos es el mecanismo invasor, que fabrica por docenas prendas desprovistas de sello personal. Este mecanismo ha sumergido el dominio de la habitación, del vestido, todos los dominios en que se abría camino el arte femenino, con creaciones sin cesar renovadas y de una riqueza inagotable. ¡Declarémosle la guerra! Tengamos contra él el odio del vivo contra el autómata; del músico contra el piano de manubrio; del profeta contra los loros sagrados que repiten fórmulas. ¿Quién nos librará de su tiranía estúpida?

¡Hace todos los oficios, el miserable! Y uno de los que más me desagradan es el oficio de cocinero. Tanto como me repugnaría oir que una máquina parlante me recitara versos de Homero, el Sermón de la montaña, ó también: «Yo te amo», tanto

me repugna ver la cocina vulgarizada, mecanizada, inundada de productos enteramente hechos. Es un signo de decadencia, de descomposición familiar y social.

Vais á acusarme de ser un gastrónomo, de conceder importancia á lo que no la tiene. Tomáos el trabajo de escucharme y de penetrar en mis intenciones. Por el corazón y por la razón es por lo que me intereso en la cocina, infinitamente más que por el estómago. La mesa de familia no es el vulgar refectorio en que se viene de prisa á cargarse con algunas vituallas, como se carga el horno de carbón. La mesa es un símbolo. Cuando Cristo ha querido escoger para todos los tiempos una imagen sorprendente de la fraternidad y de la benevolencia, ha instituído la cena. La comida, el modo de prepararla, de tomarla, es un retrato de la vida, y refleja, en sus diversas formas, el estado de perfección ó de rudeza de una civilización. Todo el conjunto de la comida tiene un alcance moral y espiritual. El pormenor más insignificante significa alguna cosa. La limpieza, el cuidado, la cordialidad, la conversación que reina en la mesa, son de un interés de primer orden. Y lo que se come no es indiferente. La preparación y la presentación de los manjares es uno de los medios más eficaces de demostrar á una persona nuestros sentimientos. Cuando, después de una enfermedad, el médico os permite tomar el primer alimento, aun cuando sólo

fuere un huevo pasado por agua, ¿sois indiferente al modo como esta frugal comida os es servida? La mano que la ofrece, ¿no significa nada? ¿No la encontráis mejor si se os sirve con una sonrisa, si viene acompañada de una buena palabra? Y si se os dice: «Ten, come esto, está bueno, lo he hecho yo misma, te sentará bien», ¿no experimentáis una satisfacción mayor?—Yo soy así, aun estando bueno, y creo que hay muchos que se me parecen.

He podido observar, con tristeza, lo que ocurre en los matrimonios obreros cuando la mujer deja de guisar por pura comodidad. No hablo de los casos en que una triste necesidad la obliga á ello; contra lo imposible nadie está obligado. Pero delante de mi vista tengo una multitud de hogares modestos. La mujer se contenta con correr al comercio. Trae algunas vituallas, rápidamente consumidas en la mano y sin poner siquiera la mesa. Se acaba más pronto. Evita ir al mercado, encender fuego, fregar los platos.

¡Oh, qué abominable costumbre! Sería ya condenable, desde el solo punto de vista de la higiene. ¡Dios sabe de qué están hechos los alimentos así comprados con confianza, y qué gérmenes depositan á la larga en el organismo! Millares de familias minan su salud por este procedimiento; pero desde el punto de vista familiar y moral, el inconveniente es todavía mayor.

Para el padre, para los jóvenes que trabajan en

el taller, para los hijos que frecuentan la escuela, ver al entrar la sopa humeante sobre la mesa puesta con cuidado, es encontrar, no sólo un poco de *confort*, sino comprender que un espíritu de ternura vela en la sencilla morada, que se ha pensado en vosotros en vuestra ausencia, que se os ama, en fin. ¿Y quién negará, pues, que un poco de cariño es tan necesario al hombre como un trozo de pan? Las mujeres del pueblo que guisan, tienen más trabajo que las otras; pero su recompensa es ver al marido y á los hijos permanecer en el hogar. Bien vale esto la pena de encender la lumbre.

***

Sin hablar de las razones económicas, que, ciertamente, no son de despreciar, la mujer, en todas las clases sociales, tiene cien buenas razones para ocuparse de la cocina. Es una de las provincias de su reino, una de las palancas de su influjo de madre y de esposa. No digáis: «tendré una cocinera ó un jefe de cocina.»—¿Sabréis mandarlos si no conocéis su oficio? ¿No teméis sus juicios? Si llegaran á decir: «La señora no sabe mandar», seríais, en cierto modo, inferior á ellos.

No se deje suplantar la mujer en lo que concierne á la vida práctica. No se contente con conocimientos superficiales, y, sobre todo, no se deje llevar al desprecio de este género de trabajo como

inferior. Sería carecer, no sólo de genio organizador, sino de discernimiento.

Qué pensáis de las novias que copian las cartas del manual del perfecto secretario?—Pongo en el mismo lugar á las amas de casa, que van á remolque de la criada, ó del tendero, del salchichero, del pastelero, incapaces por sí mismas de arreglar un plato ó un *menú*. ¡Los platos que uno mismo inventa y hace tienen vida! Vive la cocina individual en que se pone un poco de ánimo y que alimenta el espíritu al propio tiempo que fortalece el cuerpo. Y, por cima de todo, viven las mujeres que saben poner las manos en la masa, sin ser menos graciosas ni menos cuidadas por esto!

Por lo demás, señorita, si no os gusta el cocido, escuchad este consejo de un amigo: adquirid en este particular conocimientos tanto más serios. Sin esto caeréis en tutela, si llegáis á ser ama de casa, y en la más humillante de las tutelas. Estaréis á merced de vuestras criadas, ó si algún día carecéis de ellas, como á veces ocurre, en la casa habrá hambre. Cuanto mejor conozcáis su oficio, menos os inquietará, y más independiente estaréis de las pequeñas miserias y de los chascos que nos juega lo imprevisto. Para el que no sabe todo es una montaña. Si deseáis que en vuestra casa el espíritu venza á la materia, dominad bien esta materia: conocedla al dedillo. De otro modo, por haber desdeñado el aprendizaje, seguiréis siendo

toda vuestra vida una aprendiza; seréis (cosa enojosa para los vuestros) un ama de casa sin expediente, precisamente porque desconoceréis el secreto de hacer lo necesario sin que aparezca la dificultad. Y quizás algún día tendréis una enfermedad por haber recibido un huésped de improviso.

Saber servirse de los diez dedos, ser capaz de guisar, de hacer un vestido, de arreglar una cinta ó un sombrero, no es sólo un capital, es un recurso moral. La actividad de las manos es la mejor guardiana de los corazones. Compadezco todavía más que repruebo á las mujeres ociosas. Su castigo es el aburrimiento, la frivolidad, las lecturas insanas, la charla vacía. Además, no pueden divertirse, aunque sin cesar estén buscando emociones nuevas.

***

Pero todos estos cuidados materiales perjudicarán á la mentalidad. Tantos conocimientos y aptitudes prácticas, ¿no dejarán de entorpecer los espíritus, de estrechar el horizonte?

Desengañáos. A menos de tener una carrera absorbente, como la de médico ó profesor, una mujer puede ocuparse de su casa sin ir en contra de su cultura. Por el contrario, un poco de vida práctica viene en auxilio de las lecturas y de las ideas. Y aun cuando yo fuera profesor, me gustaría descansar á veces de las matemáticas ó de la

historia cultivando mi jardín, y médico, no desdeñaría prescribir á mis enfermos un guiso de mi invención.

Estimo, por tanto, que todo milita en favor de la educación práctica preconizada en este lugar, y añadiré, además, que toda mujer debe ser un poco enfermera y prepararse para ello de muchacha. Algunas nociones esenciales sobre las heridas, los accidentes, las enfermedades, un poco de esa decisión, de esa sangre fría que da la costumbre, es cosa que vale mucho. Llegan momentos en que se deja sentir vivamente la necesidad.

Cada uno de nosotros tiene en sí una cierta cantidad de potencia admirativa y algunos la colocan bastante mal, en objetos mezquinos é indignos. Por lo que á mí toca, he empleado una gran parte en el asunto de este capítulo: las manos diligentes. Quedo conmovido, religiosamente conmovido, ante las maravillas que hacen en silencio las manos femeninas al abrigo del hogar. Ninguna esfera de la actividad humana, ni la industria, ni la ciencia misma, tiene esa profundidad misteriosa. ¡Y decir que toda esa labor de bondad, de energía, de paciencia, es trabajo que no se paga! El dinero no interviene para nada en esto. Este puro desinterés redime bastantes actos mercenarios. El que lo desconoce no sabe lo que es la humanidad; jamás ha conocido su más precioso tesoro, su más íntima reserva de virtudes. Desde las manos previsoras

de la niñita que comienza á hacerse útil, á ayudar á su madre, á tomar sobre sí una parte de la carga, hasta las manos arrugadas y temblorosas de la abuela zurciendo, á pesar de su vista cansada; manos diligentes de nuestras hermanas, de nuestras esposas, de nuestras madres, ¡benditas seáis! De todo lo que Dios ha hecho en este mundo para traducir su bondad, nada os iguala. Porque vosotras sabéis, no sólo hilar el cáñamo, mover la aguja, adornar la casa, preparar la mesa; sabéis, no solamente realizar milagros de economía y de valor, obras maestras de gracia: sois también buenas y compasivas. Nos mecéis en nuestros primeros días, enjugáis nuestras primeras lágrimas, nos sostenéis en nuestros primeros pasos y, más tarde, sabéis llegar á nuestras heridas con un tacto tan delicado, que nos olvidamos de quejarnos cuando sois vosotras las que las vendáis.

***

Todo cuadro debe tener su parte de sombra. No dejemos que ésta falte. Será alegre, en suma, y consistirá en dos caricaturas destinadas á formar pareja. Una está tomada del sexo fuerte, otra del sexo bello.

Veo ante mis ojos la fea silueta del Señor, que imagina que los dedos de hada se han creado para el solo fin de servirle. Entre los innumerables ejemplares de animales curiosos que presenta la colec-

ción cómica de la humanidad, uno de los mejores, de los más ridículos, es el marido tirano. Erguido con sus prerrogativas, difícil de contentar, egoísta, considera á su mujer como su esclava. No tiene consideraciones: tanto de día como de noche, poco le importa, cuando se trata de su comodidad, de nadie se preocupa. De la carga, abrumadora á veces, que pesa sobre los hombros de una madre de familia, no tomaría sobre sí la menor parte; pero la agrava cuanto puede: «¡He tenido que esperar!» «¡Señora, las patatas están quemadas!» «¡Señora, vuestros hijos son perezosos, descuidados, impertinentes!» «¡Querida mía, tu hijo no me deja dormir de noche!»

¿Quién, pues, nos ha contado la historia de esos pueblos en que la mujer es una bestia de carga? Cuando hay algo que llevar, ella lo coge. El marido va detrás, descargado, á menos que no vaya delante, montado en un borrico. En otras partes, cosa increíble, pero confirmada por viajeros serios, cuando la mujer da á luz un hijo, es el marido el que se mete en cama y se cuida. Tenemos entre nosotros mozos de ese calibre. ¡Y si supiérais cuán en serio se toman, cómo mantienen y guardan su dignidad! Exigen que no se les toque sino con guantes. Yo los cojo con la punta de unas pinzas y los pongo atravesados con un alfiler en mi colección, como feos moscardones que son.

***

¿Pero cuál es ese otro insecto curioso que hemos de colocar al lado? Es la mujer que se hace servir por su marido, le considera como su paje, su cebra, su secretario ó su lacayo; á menos que no haga de él su pantalla, su abanico, su almohada. En este punto se hacen cosas increíbles. He aquí dos ejemplos, recogidos en clases sociales muy diferentes, y cuya absoluta autenticidad garantizo.

Un sábado por la tarde, en un camino de mi país natal, oí este diálogo entre dos albañiles que pasaban: «No andes tan de prisa; nuestra jornada ha terminado, tomémonos tiempo y flaneemos un poco.—Puedes hacerlo tú, afortunado, cuya mujer sabe coser, cuya comida humea sobre la mesa cuando vuelves. Yo, ¡ay! no tengo esa dicha; jamás sé lo que me espera en casa. Poco importa la hora á que vuelva, nada está hecho; y oye, para confiarte mis penas, mañana es domingo y esta noche antes de acostarme tengo que remendar las medias de mi Catalina».

¿Qué decís de esto? Un albañil que deja el pico y la llana para coger la aguja. Es duro... ¿no es así? Saboread entonces la anécdota siguiente:

Cierta señora, no de las menos ricas, con tan buena salud como vos y como yo, pasaba la vida cuidándose. Su desgraciado marido se llevaba la mayor parte del tiempo cerrando puertas y ventanas, consultando el barómetro y el cielo. Para el

menor paseo, se cargaba con un arsenal de sombrillas y paraguas, de chales de diferente abrigo, de sales y otras drogas, así como de una variada colección de libros escogidos. Se hubiera dicho que era un buhonero. La señora nunca estaba satisfecha. En vano se cargaba, se aprovisionaba, siempre faltaba alguna cosa, y los libros que llevaba consigo eran justamente los que aquel día no le agradaban. Una tarde de verano, de cielo nublado, la señora tuvo el capricho de tomar un baño en el río, al extremo del jardín. Previamente el marido corrió á tomar la temperatura. Era ligeramente inferior á la normal. La señora persistió en su deseo... Se vió entonces este espectáculo cómico: La señora descendiendo á la orilla envuelta en su capa de baño, y detrás de ella, trotando, el señor con dos grandes regaderas de agua hirviendo... para suavizar el primer contacto de la onda fresca.

¡Se hacía calentar el río!

Dicho esto, podemos retirarnos.

CAPÍTULO XIII

LOS DÍAS MALOS

Quiero hablar de las sombras y de las dificultades de la vida doméstica «en los días de los que decimos que no nos agradan». Días de prueba común, que interesan y afectan al conjunto de la familia y provocan en ella reacciones funestas ó saludables.

Empecemos por lo que podrían llamarse pequeñas miserias. Tienen su origen en las asperezas de carácter, en las desigualdades de humor. La energía y la vigilancia nos permiten mejorar nuestro temperamento; pero nadie podrá ser hasta tal punto dueño de sí, que no sufra, en ciertos momentos, el influjo de sus malas inclinaciones, sobre todo cuando son despertadas por las contrariedades exteriores. Todos saben que hay días en que, según una frase corriente, *la cosa no marcha*. Todo el mundo se ha levantado de malas. El tiempo se mezcla también, está pesado, triste, enervante. Y

como hecho expresamente, son también esos días los que eligen los enojosos para hacernos visitas, hablarnos de asuntos que irritan, escribirnos cartas desagradables. Gracias á estos diversos elementos, la atmósfera de la casa se carga de una electricidad amenazadora. La tempestad está en el aire. Las chispas no dejan de brotar pronto. Llueven palabras vivas, se trata rudamente á los niños, los criados reciben sofiones.—No podía ser menos. En días semejantes desea uno estar á cien leguas del punto en que se encuentra. Pero no es raro que al día siguiente todo esté transformado. El sol ha salido en una atmósfera pura, los vapores se han disipado; todo el mundo está sonriente, y muestra en su proceder con los demás un poco del disgusto de haber sido tan insoportable la víspera. Todo se repara y se perdona; tras de la lluvia el buen tiempo.

Cuando entre miembros de una misma familia surgen diferencias sobre puntos de cierta importancia, diferencias que no proceden del capricho ni del humor, sino de una real oposición de puntos de vista en cuestiones de creencia, de opinión, de intereses, de gustos, de relaciones, la cosa es ya más seria. En el fondo se quieren y se aprecian; pero hay puntos en los cuales no se consigue desde el primer momento el acuerdo. Surgen debates, discusiones nacen de improviso; hay tirantez, finalmente, la cordialidad acostumbrada y el dulce abandono ceden el puesto á la reserva, á la frial-

dad. Las ruedas de la máquina familiar rechinan un poco, y pronto nos damos cuenta de que todo el conjunto de la vida del hogar padece. Si, por desgracia, en estos momentos críticos, sobrevienen amigos superficiales, irónicos, dichosos de ver á los demás reñir, no dejan de empeorar la cosa. Felizmente hay también otros espíritus, espíritus de auxilio y de paz. Esos dan aceite á las ruedas, que se rozan y amenazan recalentarse. Dicen palabras que animan, ejercen un influjo tranquilizador, y llevan los corazones unos hacia otros. Recuerdan que nunca hay que sacrificar lo esencial á lo accesorio, ni dejar que el afecto se enfríe porque las opiniones sean diferentes. Evocan los buenos recuerdos, conmueven los corazones generosos, obligan á la indulgencia y á la amplitud de espíritu. Entonces se siente de una y otra parte la vergüenza de haber perdido el tiempo para la paz y para la bondad. A falta de un amigo, la conciencia puede llamarnos al orden. Aquellos á quienes un malvado y estúpido amor propio no impide escuchar la voz interior, jamás están mucho tiempo sin reconciliarse del todo. Algo hay en ellos, que viene de lo mejor y más profundo de su sér, y les dice que los días son demasiado preciosos para consagrarlos á estar enfadados, á producirse penas los unos á los otros.

***

Días penosos son también aquellos en que los hijos no obedecen, trabajan mal, nos causan inquietudes acerca de su porvenir. Antes de que los caracteres se dibujen y de que la dirección de la vida esté, por decirlo así, fijada, ocurre á veces preguntarse de qué lado van á inclinarse esos jóvenes principiantes. Todo indicio de un natural recto y de inclinaciones generosas, nos llena de alegría y de esperanza. Pero, por momentos, las señales de mal agüero se multiplican. Entonces la incertidumbre se apodera de nuestras almas; vemos ya á nuestros hijos extraviarse, hacerse malos, echar á perder su vida, y nuestro dolor es grande. La mayor parte de las veces, por fortuna, son preocupaciones exageradas; pero el disgusto no es por eso menos real. Por otra parte, cuando se piensa en lo que es tener hijos indignos, se encuentra muy natural que el pensamiento solo de una desgrácia semejante nos haga temblar de antemano.

Otra clase de días que no nos agrada, son los de enfermedad. Cae en cama uno de los nuestros. Su estado inspira inquietud. El peligro llega á ser real. Hé aquí los corazones oprimidos; las ocupaciones de cada cual mezcladas de una secreta pena. Por cierto tiempo, el porvenir se pone sombrío y la vida doméstica se perturba. Pero si la enfermedad termina felizmente, por grave que haya sido, coloquémosla entre las pequeñas miserias de que nos consolamos. Llega la convalecencia y la cura-

ción; la alegría resarce de los tormentos, y nadie piensa en quejarse. Se quieren un poco más y todo se olvida.

***

Desgraciadamente no es así como terminan todas las enfermedades, y en este punto pasamos de las pequeñas miserias á las grandes.

Se declara una enfermedad en uno de los nuestros, un hijo pierde fuerzas y languidece. Herido en plena y hermosa vida, un miembro de la familia ve su desarrollo detenido, su carrera perdida. Ya no puede esperar una mejoría en todo el curso de su existencia. Hé aquí una pesada cruz, una carga definitiva, bajo cuyo peso habrá necesidad de caminar, una gran miseria, en fin.

El luto es otra. Habéis visto la muerte de lejos, como se ve pasar de largo las tempestades que descargan en otras comarcas. Ahora se acerca. Del árbol verde é intacto de vuestra vida familiar desgaja una ramita, arranca una rama, á menos de que, por uno de esos golpes, rápidos como el rayo, demasiado frecuentes, no parta en dos y no desgarre el tronco mismo. Se nos hace una herida profunda por donde se nos van las fuerzas, y por mucho tiempo, para siempre quizá, nuestra dicha está comprometida, destruída.

Hay, sin embargo, circunstancias que agravan el mismo luto, aquellas en que la muerte y la sepa-

ración nos alcanzan en medio del trastorno de nuestra situación material. La posición social que ocupamos proporciona el marco permanente de todos los sucesos que nos ocurren. En tanto éste se mantiene bien, nada de lo que ocurre excede de ciertos límites normales. Somos heridos en medio de una existencia habitual, rodeados de objetos familiares, de figuras conocidas, sostenidos por ocupaciones y costumbres, que son buenas fuerzas, aliadas y compasivas. Pero no es raro que todo esto sea trastornado y abatido.

Según la posición social, los hogares pueden ser amenazados por la huelga, las crisis industriales y financieras, las perturbaciones económicas, la guerra, las epidemias, por todas las circunstancias que traen graves modificaciones al estado ordinario y regular de las cosas. Es fácil comprender que los riesgos y destrucciones que ocasionan hechos semejantes se complican, se exageran, en cuanto afectan á un grupo familiar, en vez de interesar á individuos aislados.

Una cosa es perder el trabajo, la fortuna, la posición cuando se está solo; otra recibir estos golpes de la suerte cuando se tiene á su cargo una familia, y por consiguiente, el cargo de las almas.

Se han visto épocas más agitadas, más fecundas en conmociones que la nuestra. Sin embargo, el tiempo en que vivimos es bastante inclemente. La inestabilidad de las posiciones ha alcanzado en

él por momentos proporciones alarmantes. A cada momento oimos decir que unos ú otros se han arruinado, y la frecuente repetición de las catástrofes nos produce la penosa impresión de que esas cosas pueden ocurrir á todo el mundo, de que podrían, por tanto, alcanzarnos.

¿Cómo soportaremos la ruina, la pobreza, ó solo la disminución sensible de los bienes y del género de vida? ¿Qué resultado tendrá para nosotros el régimen de las humillaciones, de las privaciones? Graves cuestiones. Vistas de lejos y presentadas sólo en teoría, parecen muchas veces fáciles de resolver. Se sostiene uno bien en las batallas imaginarias. Pero sobre el terreno, es menos fácil. ¡Hay tantas cosas que conspiran entre aquellos á quienes alcanza la ruina! Jamás se puede saber de antemano, ni lo que se sentirá en el crisol de esa prueba, ni cómo nos sostendremos en ella. Las contrariedades, los debates de justicia, las mil complicaciones de nuestra vida social, agravan las desgracias de las gentes. El cáliz de la amargura se les hace aún más amargo por los accesorios. Obligados á vaciarlo en diferentes veces, jamás están bien seguros de que no quede en el fondo alguna hez escondida.

¡Y todavía si las desgracias no vinieran acompañadas! Pero un proverbio muy adecuado para asustarnos dice que jamás vienen solas. Van por series, se sostienen, se provocan, y unas traen las otras.

Heridos en vuestros bienes, es bastante raro que no lo seáis al propio tiempo en vuestras afecciones. Lo que os ocurre, y muchas veces bien á vuestro pesar, os indispone con amigos, hace que éstos juzguen mal, os separa quizás de vuestros allegados.

Para colmo de desgracia, no siempre os es posible salvar vuestra reputación de los naufragios en que ha sucumbido vuestra prosperidad.

Luego, cuando la tempestad ha cesado de hacer estragos, y miráis á vuestro alrededor, percibís sus efectos, que en el calor de la acción y en el seno de las preocupaciones de los negocios, no habíais tenido tiempo de notar. La salud de algunos se ha quebrantado, hay voluntades destrozadas, heridos y á veces muertos. El luto sigue á las pérdidas de dinero, á las dificultades ó á la ruina.

Entonces la obscuridad se hace todavía más densa á vuestro alrededor, la vista se turba, la energía vacila, las fuerzas humanas no bastan ya para soportar las cargas. No sabe lo que es la angustia y la pena el que no ha pasado nunca con los suyos á través de esas tinieblas.

***

Y, sin embargo, todavía las hay más espesas. Quiero hablar de lo que ocurre cuando la dignidad y la integridad de las costumbres están en juego,

cuando se trata de la honra de nuestros hijos, de nuestras hijas, de nuestra mujer ó de la nuestra. Si extravíos de conducta nos han hecho incurrir en la censura de los que viven á nuestro alrededor; si, sin dejar de sufrir, estamos obligados á reconocer que nuestras penas tienen un origen positivo, que han sido merecidas por nosotros ó por los nuestros, el dolor es ya bastante hondo. Pero si somos víctimas del error, de la mala voluntad, de la maledicencia; si esa víbora inmunda que se llama calumnia ha esparcido su baba impura sobre el blanco traje de vuestra hija, sobre vuestra honra de ciudadano ó de soldado, entonces el abismo se ensancha, se ahonda, llega á ser insondable. Aun teniendo toda la imaginación de un Virgilio ó de un Dante, todo el genio infernal de un Torquemada, nunca se llegaría á pintar el caudal de torturas que una familia puede sufrir cuando calumnias semejantes caen sobre ella.

A pesar de esto, por bajo de esos abismos, hay aún otros grados, y uno de ellos señalo. Es el caso en que á la vergüenza pública viene á añadirse la duda interior, y en que los que desde fuera se acusa injustamente, son sospechosos para los miembros de su propia familia. Que vuestros compañeros, vuestras relaciones sociales, vuestros colaboradores y conciudadanos os juzguen y os condenen, con tal de que en vuestra casa se haya conservado la fe y la confianza en vosotros. Entonces

hay al menos una estrella en vuestra obscuridad. Pero si esta última estrella llega también á extinguirse; si vuestra mujer, vuestros hijos se apartan de vosotros, entonces no conozco ya nada que exceda al horror de una situación semejante.

***

Suspendamos aquí esta enumeración de las pruebas á que puede estar sometida la familia. Señalarlas todas no es posible, ni provechoso. Bástenos haber abierto un resquicio sobre esas perspectivas severas, haber llamado la atención sobre las advertencias que un espectáculo semejante puede proporcionarnos. Preguntémonos qué representan en la vida los días malos; consideremos algunas de sus consecuencias.

El efecto que producen los días malos no es el mismo para todos. No se resumirá su acción en una fórmula única, aplicable á la totalidad de los casos. Afectan á las familias de un modo esencialmente distinto, según el valor de su vida interior. Allí donde faltan el orden, la educación y la disciplina, las desgracias son la señal de la dispersión. Allí donde la educación es firme, donde las gentes se respetan y se aman, fortalecen la unión. En el crisol de la adversidad, lo que es fuerte se purifica, lo que es débil se disgrega. Es un espectáculo triste, pero muy común, ver á los miembros de las familias desunidas reprocharse unos á otros sus in-

fortunios. Se envenenan recíprocamente sus llagas, tocándolas con manos ásperas é impuras. La mayor de las desgracias, en suma, es no amarse, no comprenderse, no saber ni fraternizar ni perdonar.

Cuando los días malos caen sobre una familia en que reinan la unión, la simpatía y la disciplina, inmediatamente las filas se estrechan. Cada cual, en su puesto, cumple con su deber. Nunca mejor que entonces se da uno cuenta de lo dulce que es poder confiar en una fidelidad mutua. La seguridad y la abnegación de los unos aumentan el valor de los otros. Se aceptan con ánimo esforzado las privaciones, porque cada cual por su cuenta hace otro tanto. Si se llora, no se llora sólo.

Atento en la observación del dolor de sus compañeros y en consagrarle algún alivio, se olvidan los propios dolores.

Los días malos, en las familias en que hay cariño mutuo, presentan analogía con las noches de invierno. Mientras que fuera está oscuro y frío, y que para luchar mejor contra la estación rigurosa, las gentes se encierran más y se unen más estrechamente, el interior se calienta y se anima. Mientras que en el curso de los días buenos se corre por los bosques y las montañas, alejados á veces unos de otros, ahora la inclemencia del tiempo os aproxima y la luz del mismo hogar ilumina con sus reflejos los rostros de los jóvenes y de los viejos. En los días penosos, la ternura tiene inspira-

ciones y la bondad inventa artificios que los días tranquilos no conocen.

La adversidad es una gran reveladora. Si algunos se muestran en ella á una luz desfavorable, otros manifiestan virtudes antes ignoradas. Hasta entre marido y mujer, padres é hijos, hermanos y hermanas, el conocimiento mutuo no es verdadero sino cuando han luchado, llorado, sufrido y rezado juntos. En la dichosa monotonía de los días tranquilos, la voluntad, el espíritu de abnegación y de sacrificio, encuentran pocas ocasiones de manifestarse. Como en una atmósfera demasiado suave, en un suelo demasiado ligero, los gérmenes más nobles de nuestro espíritu se desarrollan en ellos difícilmente. Les falta el suelo más firme, el clima más rudo y más tónico de los días penosos.

Hay particularmente un fruto precioso, que raramente se ve madurar bajo un cielo siempre puro, pero cuyo sabor gana al contacto de las inclemencias, y es la Piedad. Sin duda hay espíritus que la desgracia agria y cierra, á los que el sufrimiento propio hace incapaces de darse cuenta de los de sus semejantes. Hay bastantes personas que se asemejan á esos padres que no pueden soportar la vista de un niño porque han perdido séres queridos. Su mal humor aumenta cada vez que pasa por su camino una patulea alegre entregada á sus juegos. A esos padres no los juzgo, los comprendo y los compadezco. Pero lo que á ellos les pasa no

les pasa á todos. ¡Cuántos hay que por haber llorado sobre esas pequeñas tumbas en que duermen sus queridos angelitos, han sentido despertarse en ellos un gran cariño á todos los niños, principalmente á los que sufren! Su dolor ha extendido, ha purificado sus sentimientos paternales. Aquel que lloran, defiende, en el fondo de su alma herida, la causa de todos los de su edad. Por amor á él sonreimos ante la alegría de éstos. Pensando en él cogemos en nuestros brazos, para conducirlas, á esas inocentes víctimas de precoces miserias.

No todo es, pues, de lamentar en los días penosos. Somos como esos marineros que prefieren el buen tiempo, pero que son deudores, al régimen austero de los días de trajín y de peligro, de sus más sólidas cualidades.

Cuando el cielo es clemente, el mar azul y los vientos favorables, el oficio de los trabajadores del mar está lleno de encantos. ¡Pero cuánto gana en severa belleza cuando el cielo se encapota y el mar se embravece! Entre las cosas grandes que ha creado la humanidad, cuento el bajel que marcha á pesar de los vientos, mareas y obscuridades, por los esfuerzos combinados de una tripulación escogida. Y lo comparo á la familia en lucha con la adversidad. Feliz si, como los marineros, ha sabido cultivar en tiempo tranquilo la disciplina, que aumenta la fuerza; la simpatía, que reanima y templa el valor; más feliz aún si en la sombra, en que

ningún faro indica el camino, ha aprendido á mirar la brújula que no engaña, á orientarse por esa línea firme y segura de la conciencia, en que Dios mismo nos señala, á través de la obscuridad, el camino hacia la luz infalible.

CAPÍTULO XIV

LOS DÍAS BUENOS

Los días buenos son aquellos en que nos queremos mucho, aun cuando estén, por otra parte, llenos de dificultades. Son también los días de salud, de trabajo vigoroso, de éxito; los días en que nos vemos de nuevo con alegría.

Son también esos días en que nos damos algún reposo, en que nos divertimos, en una palabra. No pienso aquí sino en diversiones sencillas, accesibles á todos, por las cuales la vida de familia puede ser alegrada é iluminada. Y en primer lugar, indicaré lo que podemos hacer en nuestro hogar por nuestros propios hijos. Todo ello supone poco gasto. No hay en modo alguno necesidad de ser rico para intentarlo. Basta tener corazón y un poco de entusiasmo. Una condición, sin embargo, me parece casi imprescindible: es la presencia de varios hijos. El hijo único raramente es capaz de divertirse.

Una mujer puede mucho, todos lo sabemos, guiada por su marido, por un cierto número de pequeños procedimientos que hacen atractivo el hogar. Sea éste sencillo ó lujoso, nada importa para el caso, siempre que en él se sienta uno tranquilo y amado. De igual modo los padres pueden mucho para hacer el hogar atractivo á los hijos.

En un nido de pájaros, cuando los padres se pegan ó disputan, los pequeños huyen en cuanto tienen pluma. Muchos jóvenes se han perdido porque los padres mantienen alrededor de la mesa, y en sus momentos de ocio, un fuego graneado de palabras amargas. Entonces los jóvenes se van y se refugian donde pueden. La casa no da calor á su corazón.

Por el contrario, hay familias en que las gentes se entienden, en que hay paz y bondad. Lo que falta es ver claro las cosas; los padres se bastan recíprocamente, y sienten un grande afecto por sus hijos; pero los niños carecen de sonrisas, de diversiones. Y cuando se les recuerda, á esos buenos y excelentes padres, que lo olvidan, se sienten lastimados. Los niños les parecen ingratos, exigentes, muy culpables por no contentarse con lo que tienen. Sin esfuerzo se les llama al orden cuando ríen demasiado fuerte, desarreglan los muebles y arrastran algún tren por la casa. Hay toda una gran categoría de padres *proteccionistas*. Se protegen constantemente contra el desagrado

que les producen las diversiones de sus hijos. A fuerza de prohibiciones, hacen de la casa una prisión. Ahora bien; es muy raro que en la prisión más linda y mejor provista, no se alimenten deseos de evasión.

Otras veces, es por rigorismo por lo que nos oponemos á las distracciones. «Hija mía, no está bien correr de ese modo, ni reir tan fuerte. No se canta por los caminos; eso es bueno para la gente baja.» Un señor muy peripuesto, al pasar con sus hijos junto á una pradera en que un profesor en mangas de camisa se divertía con sus discípulos, dijo alzando los hombros: «Eso es ridículo y falto de dignidad.» Mientras tanto, sus hijos gozaban muy poco de su paseo automático. Parecían aburrirse, en tanto los discípulos del profesor *ridículo* se divertían.

Muchas veces también los disgustos ó las desgracias de familia impiden á las gentes acordarse de sus desgraciados hijos. Les parece legítimo que la juventud se calle bajo el velo negro y cese de jugar y de sonreir. ¡Ay! es humano y excusable, pero no es bueno y es injusto. ¿Por qué, no llegáis más bien á sonreir, aun á través de las lágrimas, para dar un poco de claridad al alma de vuestros hijos? ¿Cómo queréis que amen la vida, que sean fuertes y valientes, si sus primeros años ya están ennegrecidos y llenos de cargas? Es preciso un poco de

felicidad en el umbral de la vida para tener fuerzas con que llegar hasta el fin.

Luego, por amor y por prudencia, hay que alegrar la casa, animar á los niños cuando se ingenian para organizar diversiones, y si es posible, divertirse con ellos. Esto es lo mejor que puede hacerse. Sé la alegría profunda que un hijo amante puede experimentar, cuando ve un poco de buen humor en el rostro de sus padres, muchas veces tan preocupados. No se calcula la fuerza moralizadora que tiene una hora en que todos juntos ríen con ganas.

***

Líbreme Dios de olvidar las fiestas de familia. Todos los días son iguales, dicen los espíritus despreocupados: esto es más que falso. Los días son iguales para los péndulos; pero no para el corazón del hombre. Hay días que trazan una señal en la vida, como los picos de las montañas en el horizonte. Designémoslos con un signo especial.

De todos los santuarios, el más viejo y el más venerable es la familia. Le es necesario, como á los demás, sus fiestas, sus fechas subrayadas con rojo ó con negro. Las penas pasadas son santas. Pero no permitamos que los recuerdos tristes invadan toda la existencia. Los sucesos agradables deben dejar también una huella y su celebración dar á la juventud ocasión para alegrarse. En par-

ticular, es una buena costumbre celebrar los natalicios.

Si hay en la casa un abuelo ó una abuela, reclamo para ellos el primer puesto. Fingen, sin duda, por no sé qué adorable coquetería, despreciar los homenajes, sobre todo los que les recuerdan que han nacido hace mucho tiempo. Pero en el fondo, nadie es más sensible que ellos á los testimonios de franco cariño. Lo que es verdadero tratándose de los abuelos, lo es naturalmente tratándose de los padres.

Es fácil, en una casa, arrastrar á la juventud para que festeje á los queridos viejos. Y cuando se ha adquirido la costumbre, se hace hereditaria y se confunde con el espíritu de familia, al cual sirve sucesivamente de órgano y de alimento.

La proximidad de las fiestas es ya divertida. Como no hay fiesta verdadera sin sorpresa, la casa se divide en dos bandos: los que están en el secreto y los que no lo están. Los jóvenes cuchichean, andan con tapujos, conspiran. La puerta tal está condenada. El cajón tal, cerrado con obstinación, parece una esfinge á la que ningún poder podría arrancar su secreto. Ahora bien, no hay placer más absorbente que estar comprendido en una maquinación secreta destinada á agradar á otro. Esto supone todas las emociones, todas las peripecias excitantes de una conjuración verdadera, sin sus sombrías interioridades. Da interés á la vida du-

rante toda una serie de días y al propio tiempo nos hace mejores. La participación en un secreto malo obra como un veneno; la de los secretos buenos, por el contrario, obra al modo de los antisépticos.

Pero hé aquí el gran día. Preparada discretamente, la pequeña fiesta estalla como un castillo de fuegos artificiales. Los misterios se descubren, y entre ellos, hay uno que los organizadores mismos ignoraban, y que, sin embargo, es el principal y maravilloso secreto de las fiestas. De pronto, todos se aperciben de que hay en la casa un no sé qué extraño y muy dulce que transforma las cosas y las personas, que da á todo un valor imprevisto. Son las mismas caras, los mismos muebles, la misma habitación, pero se les ve á otra luz. «El techo se alegra y ríe.» Todos los que habitan debajo de él viven en una comunidad de humor benévolo y feliz. Faltas antiguas son perdonadas con una sonrisa, germinan resoluciones mejores, se hace provisión de valor, la esperanza renace.

Es un espectáculo especialmente conmovedor ver el placer mezclado entre los menesteres del trabajo ordinario. Los libros ó los instrumentos descansan. El esfuerzo ha cedido el puesto al descanso. Pero este descanso, con su alegría y su bullicio, no es más que la glorificación del trabajo, que es el que lo mueve. Me gusta ver, coronada de flores, la mesa sobre la cual graves pensamientos inclinan de ordinario la frente, y que el taller

austero resuene con cantos y risas. Cuando se adorna con ramos y guirnaldas, un secreto estremecimiento me advierte que ocurre algo grande y sagrado.

Jamás podrá decirse de las fiestas de familia todo lo bueno que merecen. Evidentemente la juventud debe también tener las suyas. Si hay días en que los niños festejan á los abuelos y á los padres, en que los antiguos recuerdos se despiertan, en que añejos relatos pueblan la memoria, y los recién llegados cimentan su unión con el pasado, divirtiéndose en su honor, hay días también en que los viejos deben ponerse en son de fiesta en honor de los recién llegados. Los papeles cambian así, pero el espíritu es siempre el mismo. Una fiesta, durante un día, hace de un miembro cualquiera el centro de la familia. Se le demuestra que es alguien que interesa y á quien se ama mucho. Rey de un día, ve á todos los de la casa rodear su cabeza coronada, pero esto no le perjudica. Al día siguiente, en efecto, gravita á su vez alrededor de otro centro y obtiene así la revelación de la solidaridad familiar: Todos para uno, uno para todos.

Puede darse á esas fiestas una forma cualquiera, siempre que haya alma en ellas. Los que imaginan que son privilegio de cierta clase de la sociedad, se engañan. Hé aquí, en cuatro palabras, lo que hace falta para organizar las fiestas de familia soñadas: en primer lugar, *haber trabajado;* en se-

gundo, tener un poco de habilidad, de bondad y una cierta dosis de buen humor, para sazonar el todo. No teniendo ninguna de estas cosas valor comercial, no es preciso tener dinero para proporcionárnoslas.

Si los hombres supieran cuánto, con poca cosa, se puede alegrar al prójimo, sobre todo cuando es joven y la naturaleza viene en nuestra ayuda, no habría tantas caras tristes, tantas familias sombrías, tantos hogares sacrificados á la abrumadora trivialidad, y la alegría purificadora renacería, bebida en fuentes inagotables.

CAPÍTULO XV

LA HOSPITALIDAD

¡No os asustéis, señora! La hospitalidad que os recomiendo practiquéis no es de las que traen consigo trastornos domésticos ó gastos locos. No tardaréis en daros cuenta de ello. En el fondo, hé aquí lo que entiendo por hospitalidad: la hospitalidad es una de las formas más encantadoras del altruísmo. Ese sér colectivo que se llama familia, puede estar animado de un espíritu egoísta ó de un espíritu fraternal. La familia egoísta constituye una fortaleza erizada, detrás de la cual se cultiva el interés particular contra el interés general. Así constituída, considera al extranjero ó al huésped como enemigo. Si los puentes levadizos y las barreras se bajan ante él, estad seguro de que es para robarle, para explotarle si es humilde, ó para obtener de él favores, si es poderoso. Otras veces el hogar es asiento de un egoísmo más sutil. No se quiere á nadie, ni á nadie se pide nada; pero existe el per-

petuo temor de que el dulce nido familiar, morada de las alegrías íntimas y de los dolores sagrados, sea profanado por los de fuera. Esta predisposición os lleva muy lejos. Acaba porque todo el que penetra en vuestra casa molesta. La familia así comprendida llega á parecerse á esas lindas casas de celosías constantemente cerradas. Aun habitadas, producen la impresión de estar desiertas. Estimo que la familia animada de ese espíritu exclusivo es una institución maléfica, no sólo para la sociedad, sino para sus propios miembros. Allí se acumula un aire malsano, un aire confinado, en que todos los mohos perniciosos, los defectos y los vicios, se desenvuelven á montones. Por el contrario, la luz y la alegría se van de allí. Por el interés de los hijos pretenden trabajar el egoísmo feroz ó el cuidado celoso del nido, y precisamente sobre los hijos, sobre la juventud, caen pesadamente todas las consecuencias de este sistema deplorable. El colmo de este género es: un hijo único, único por la voluntad de sus padres, atrincherado, ocultado completamente en una familia cerrada á todo y á todos, y que en este medio, que un amor horrible ha formado para él solo, acaba por ahogarse ó podrirse.

En los antípodas de este horrendo espíritu, se encuentra el espíritu fraternal, que engendra la hospitalidad. La familia no está aquí cerrada, está abierta. Abierta, no como un palomar ó una encrucijada, en la que hay sitio y paso para todo el

que llegue, sino abierta como una ciudadela á la vez accesible y bien guardada. El hombre tiene necesidad de ponerse de tiempo en tiempo á la disposición de sus semejantes, de abrir sus brazos y su casa, de decir á unos huéspedes: ¡Sed bienvenidos, entrad en vuestra casa! Ojalá ofrezca de todo corazón y acepte la hospitalidad. Si hubiera de perderse, con su generosidad, su carácter de buena y franca acogida, una fuente de bienes superiores se cerraría entre nosotros. Recibámonos los unos á los otros sencilla, cordialmente. Siempre hay motivos para verse, para hablar juntos de los propios asuntos y de los de la ciudad. Salir cada uno de su casa, codearse con otras familias y con otros destinos, es ampliar sus puntos de vista, poner en común sus recursos morales, animarse, alentar al prójimo. La hospitalidad llega á realizar maravillas. Es uno de los más poderosos áliados para la educación de la juventud. Poco importa vuestra posición social; yo os incito, si tenéis hijos, á que recibáis en vuestra casa á los hijos ajenos. El hombre es un sér sociable, sobre todo en su juventud. Vive gustoso en agrupaciones. Solamente en un medio compuesto de jóvenes, que representan aproximadamente toda la escala de los espíritus y de los temperamentos, es donde la vida se despliega normalmente. Los caracteres se forman por el roce, muchas veces por el choque. El interés, y un interés muy vivo, se despierta acerca de cuestiones que los

solitarios desconocen. Para divertirse, adiestrarse, regocijarse con ciertas originalidades de carácter, es preciso ser varios. ¿Quién de nosotros no sueña, con felicidad intensa, en ciertas figuras de jóvenes, con los cuales ha vivido en otro tiempo, y cuyo rostro, y modo de ser, eran fuente inagotable de sorpresas y de alegría? Pero si esas agrupaciones de la juventud deben hacerse en buenas condiciones, préstense á ellas los padres é intervengan. Abandonad el instinto de sociabilidad al azar, y puede extraviarse en las amistades encontradizas y en las compañías malsanas. Reprimidle, y produciréis una juventud marchita, privada de alegrías, agriada. Es preciso, por tanto, ayudar á nuestros hijos á encontrar compañeros. Diré más adelante por qué deseo que esas amistades pertenezcan á los dos sexos. Una vez encontrados las camaradas, recibámoslos, acojámoslos. No hay necesidad de ser rico para reunir sencillamente jóvenes que no piden más que reir, y llevan en sí mismos la materia con que se alimentará su alegría. La sencillez y la falta de aparato, lejos de estorbar al placer, le son favorables. Deploro la costumbre de las recepciones costosas. Son forzosamente raras, porque cuestan mucho, y frías, porque en ellas ocupan lugar excesivo la envidia y el amor propio. Para regocijarse francamente y saborear los frutos del compañerismo, hay que verse con fecuencia y sin otra intención.

***

Llego con esto á un punto que me interesa grandemente. Se trata de la hospitalidad ejercida con la juventud aislada. Está muy bien invitar recíprocamente á vuestros hijos, y proporcionarles ocasiones de divertirse. Pero reducirse á esto sería imperdonable. Acordáos de los jóvenes aislados, alejados de sus familias, ó que otras razones, tan numerosas en nuestra sociedad, reducen á la soledad. Nada hay tan triste como encontrarse solo, en un día de fiesta, por ejemplo, cuando cada cual trata de reunirse con las personas amadas. El hombre hace esfuerzos desesperados para combatir las tristes impresiones que resultan del aislamiento. Sé de jóvenes buenos que han realizado prodigios en esta lucha. Se han dedicado á adornar, á animar su cuartito, á poblarle de recuerdos, á hacer de él casi un hogar. Cuando franqueo el umbral, siento que se apodera de mí el respeto á la vista de estos jóvenes aislados, cuya habitación ya indica que tienen un modo de ser moral. Pero, al propio tiempo, lo que les falta se me aparece claramente. Les falta una sonrisa y una caricia. Y llegan las horas en que el sentimiento de lo que no vacilo en llamar su miseria llega á ser tan vivo, que son incapaces de combatirlo. Entonces vienen los pensamientos sombríos, las malas tentaciones. Rostros engañadores nos hacen creer que todo lo que nos falta existe allí, muy cerca de nosotros: no hay más

que cogerlo. Los mejores sucumben muchas veces en esos momentos. Nada desmoraliza tanto como el abandono. Una vez que, para librarnos de él, hemos tomado ciertas determinaciones extremas, la vida entera puede resentirse. Pido, pues, que los hogares se abran ampliamente á los que están solos. Pocas familias comprenden el bien que podrían hacer en este sentido, sin otros gastos que un poco de bondad y de clarividente atención. Los que están rodeados de ardientes afectos y se reunen alrededor de la lámpara de familia, en el delicioso abandono de las conversaciones íntimas, no saben lo duro que es vivir solo. Niégoles el derecho de condenar á la juventud que la soledad y el aburrimiento extravían. Pero los acuso, á ellos, del mal de que se quejan, porque nada han hecho para evitarlo.

Se me pedirán quizá datos sobre el modo de conducirse, á fin de interesar y de divertir á la juventud.

Responderé: es más bien cuestión de ingenio que de fórmulas. Mis recuerdos juveniles son muy claros acerca de este punto. Siempre me he encontrado más dichoso, allí donde sentía un poco de verdadera bondad. El ornato exterior, la mesa, las distracciones, los juegos, todo el conjunto del aparato material, es mucho menos importante de lo que se cree. Lo esencial es encontrarse en una atmósfera que ensanche el corazón, sentirse bien aco-

gido, hallarse un poco en su casa. Tengo el recuerdo de buenos, de excelentes viejos, que invitaban á su casa, los domingos, á varios estudiantes. Lo que ofrecían tenía una sencillez antigua; pero eran tan agradables, reían de tan buena gana, se informaban de los hechos insignificantes de la existencia con un cuidado tan paternal, y hacían que sus huéspedes se encontraran tan libres, que allí se divertía uno divinamente.

Recuerdo, por el contrario, veladas pasadas en casa de ciertos burgueses infatuados, que invitaban al estudiante *para afinarle* ó *sermonearle*, y no olvidaré nunca el grado increíble de fastidio á que llegaba esta clase de reuniones. Al salir de allí se decía: ¡uf! Sólo había una voz para decir: ¡no me volverán á coger!

Diré, pues, á todos los que me hayan comprendido: No os atormentéis por los medios que hay que emplear para divertir á la juventud, ni por el tamaño de vuestra morada, ni por el *menú* de vuestra comida. Abrid vuestras casas y vuestros corazones, sed solamente amables. El deseo de ser útiles os hará encontrar recursos, y veréis llegar en vuestro auxilio la fuerza misteriosa que hace saltar á los pollitos en los prados, gorjear á los pájaros en las ramas, y que en cuanto se ofrece la ocasión á la juventud, trae por sí sola la risa y el canto.

* * *

Deseo intercalar aquí algunas observaciones sobre las distracciones ofrecidas en común á la juventud masculina y á la femenina.—Se objetan las costumbres francesas á los que hablan de hacer fraternizar los dos sexos. La objeción es seria, lo confieso. Nuestros hábitos, nuestras preocupaciones, nuestra educación, son otros tantos obstáculos para la realización de este deseo. Es cierto que para organizar algo nuevo en esta esfera, es necesario no estar momificado en los usos recibidos y en los surcos trazados. Os acometería el miedo, fuera de la región de los convencionalismos y de las vigilancias acostumbradas para impedir locuras. No aconsejaré tampoco los caminos nuevos á los que son demasiado sensibles á los juicios del mundo. Serían excesivamente desgraciados. Está peor visto, todos lo saben, romper con una costumbre, aun siendo absurda, que el faltar á una ley santa. Un buen desgarrón dado á la moral, puede haceros pasar por un despreocupado; un desgarrón dado á las reglas de la moda, puede atraeros el dictado de torpe ó de villano.

En un cierto mundo, que se extiende más lejos de lo que se piensa, un mandato de la conciencia deberá siempre ceder el paso á estas pocas palabras mágicas: eso no se hace.

Sin embargo, diré á los que no temen los sofiones y las burlas: ¿Qué se habría hecho bueno, justo, verdadero, magnánimo en el mundo, toman-

do como regla respetar siempre el veto tiránico: eso no se hace?—Hay días en que hace falta sublevarse. No quiere decir esto, que para triunfar en el dominio especial, propuesto á las actividades emprendedoras, baste ser audaz. Es necesario en este punto, lo sé por experiencia, todavía más prudencia que audacia. No aconsejo, por tanto, romper de frente con todo lo que existe, para instituir, de un día á otro, fiestas en que vuestros hijos y vuestras hijas se mezclen como camaradas, como si esto se hubiera hecho desde el principio del mundo. El aprendizaje es necesario en todo, y aquí como en todas partes, hay que empezar por poco. ¡Empiecen los padres!

Tenéis hijos é hijas, invitad á sus amigos y á sus amigas, conocedlos previamente y entregadles vuestra casa bajo vuestra vigilancia.

La primera vez estarán quizás un poco cohibidos. Perseverad. Ofrecedles nuevas ocasiones de encontrarse, y sin que parezca que arregláis el programa de sus diversiones, dadles ideas. Sobre todo si hay una vieja abuela en la casa, no penséis que aquel día su puesto está en un rincón escondido de ésta. Hoy, junto á los ancianos, es donde hay que buscar muchas veces el secreto de la alegría. En ningún sitio se baila mejor que bajo los viejos tilos ó bajo las grandes encinas paternales. Extienden sobre la juventud festiva brazos protectores; así la alegría de vuestros hijos aparecerá más fres-

ca y viva bajo la sonrisa de la vejez indulgente.

No sueño al escribir esto. Recuerdo, y me digo que lo que ha existido, que lo que existe todavía en muchas familias de esta vieja tierra francesa, podría extenderse para mayor bien de todos. No os ocultaré, sin embargo, que los padres y las madres, que han llegado á crear para sus hijos distracciones comunes, han tenido que hacer un gran esfuerzo personal. No sólo es preciso ser hospitalario, benévolo para la juventud, olvidarse de sí mismo; es preciso también ser vigilante y perspicaz, verlo y saberlo todo, sin que lo parezca. Pero cuando os hayáis tomado todo este trabajo, quedaréis ampliamente recompensados por la dicha que hayáis procurado á los demás. La mayor parte de las gentes no tienen idea alguna de la riqueza inagotable de vida, de placer, de generosidad, de entusiasmo, que se desarrolla en la juventud cuando se la reune en condiciones normales. En el estado actual de la sociedad, nuestros muchachos y nuestras muchachas son inútiles los unos para los otros durante los años más hermosos de su existencia. Tienen buenas cualidades, que se atrofian por falta de cuidados, ó hasta se transforman en defectos. Conozco una multitud de jóvenes pesimistas, corroídos por el intelectualismo, á los cuales sólo faltaría el contacto habitual en un medio como los que deseo ver nacer. Pronto se reconciliarían con la vida y se enemistarían con el análisis.

¿Y qué hace falta á nuestras muchachas en su existencia un poco apagada y vacía, sino el contacto con una juventud laboriosa, llena de preocupaciones del porvenir, entregada á los grandes estudios? Ellas, me diréis, estudian demasiado, y sufren ya mucho por esa educación casi masculina. Os responderé que no hay nada mejor para que se desarrollen las buenas cualidades femeninas y para corregir los defectos de que os quejáis, que reunir á la juventud de los dos sexos. La mujer despertará entonces, estad seguros.

Se nos hacen dos clases de objeciones cuando proponemos ofrecer estas distracciones comunes. La primera nos admira. Según se cree, expondríamos á las muchachas á los peligros peores, permitiéndolas reir y jugar con la juventud masculina de su edad.

La manera mejor de habituar al hombre al respeto á la mujer, es ponerle en contacto con mujeres respetables. Y, en cuanto á la joven, es un error creer que aprende á guardarse tanto mejor cuanto más aislada está. Las gentes que corren mayor riesgo de ahogarse no son las que se han familiarizado con el agua, creedlo. No son tampoco los habituados al aire libre los que cogen más fácilmente constipados y fluxiones de pecho. La impureza del corazón, estad bien persuadidos de ello, no tiene medio más favorable para desarrollarse que el aislamiento y la reclusión; ahí es don-

de germinan y pululan los microbios malsanos que un poco de aire puro y de libertad disiparían.

La segunda objeción, es que de ese contacto familiar de gente joven entregada por entero á la alegría y al placer de verse, podrían nacer sentimientos más tiernos, ¡el amor quizá! Se prepararían uniones en que las conveniencias, la posición, la prudencia que debe presidir á los negocios graves, no habrían sido suficientemente observadas. Y los padres lamentarían demasiado tarde, ¡ay! haber adoptado distracciones de consecuencias tan serias. A esto responderé: el peligro de casarse mal existe siempre, aun en las uniones en que todo parece previsto y calculado. Ese peligro existe sobre todo para las muchachas, habitualmente educadas en prisión, condenadas á la obsesión del matrimonio y expuestas á ver en el primer joven que llega, al cual se le permite hablar, un marido posible ó probable. Este peligro existe también en la mayor parte de los casos, en que el matrimonio nace de un encuentro fortuíto, y se improvisa en algunas semanas, entre personas que no se conocen. Hay, por tanto, más bien lugar de pensar que un trato más asiduo entre la juventud de los dos sexos disminuiría el número de las uniones desgraciadas. Esas criaturas aprenderían á juzgar y á comparar. Su mismo número y su mezcla les impedirían contraer fácilmente enlaces demasiado personales y exclusivos. Vivirían más bien en la

región serena de las sonrisas amables y de las pequeñas llamas que hacen el corazón alegre, bueno, generoso, que en la región de los sentimientos violentos, definitivos. En una palabra, gustarían lo que la juventud tiene de más puro y radiante, y añado, de más moralizador.

Pero si de toda esta flor primaveral debiera, no obstante, quedar un fruto duradero, un poco de amor real, ¿dónde estaría el inconveniente? ¿Estamos, pues, tan llenos de él? ¿Sufrimos por exceso de amor? ¿Es preciso, pues, preocuparse ante todo de impedirlo, de cohibirlo, de disminuirlo? ¡Ay! el mundo se muere porque el amor ha llegado á ser entre nosotros un desconocido. Tiene demasiados enemigos. Demasiados obstáculos se oponen á su aparición, y cuando ha nacido, demasiadas causas conspiran por su pérdida. Y no sé de qué sufre más esta sociedad: si de superabundancia de corrupción ó de escasez de amor. No tenemos, para consolarnos de tantos ardores impuros como consumen á nuestra juventud, bastante fuego sagrado, bastante pasión fuerte y fiel. Y si alguna vez el resultado de mis consejos fuera encender algunos hermosos hogares de verdadero amor, aun en detrimento de ciertos intereses por demás burgueses, me frotaría las manos, como el jardinero que ha logrado hacer florecer las rosas en el lugar de los cardos y de las ortigas.

CAPÍTULO XVI

EL BUEN HUMOR EN LA FAMILIA

¿Habéis observado que el buen humor es muchas veces un género de exportación? Y cuando ha sido distribuído, colocado un poco en todas partes, ya no queda para el consumo interior. Hay persona que en sociedad tiene reputación de buen humor. Hace reir, distrae, anima á todo el mundo; pero no ejerce el mismo oficio en su medio familiar. ¿De qué puede depender esto? De varias causas sin duda.

Ciertos espíritus necesitan, para iluminarse y dar luz, estar excitados por la novedad de las impresiones, por la presencia de interlocutores atractivos. Su corte doméstica no les produce este efecto. Así es que permanecen apagados, mudos.

No hay nada en esto que no sea muy comprensible.

Otros son habladores, están llenos de interés;

pero conocen solamente un número limitado de historias. Sus anécdotas, sus puntos de vista sobre los hombres y las cosas, son archiconocidos en la casa. Quizás se les ha hecho notar así, y esto les ha cortado la palabra. Meditan en silencio el antiguo proverbio: «Nadie es profeta en su tierra».

Un tercero es muy farsante y no quiere gastarse en casa. Necesita público, obtener un éxito. ¡Mal caso el suyo!

Hé aquí otro muy común y enojoso, aunque fácilmente explicable. Explicar, entiéndase bien, no es absolver. Pero quita á los hechos una parte de lo que tienen de irritante. Hagamos aparecer al acusado.

Se os encuentra, señor, con más frecuencia de lo que os corresponde, sombrío, excitado, difícil de abordar, cuando volvéis de vuestro trabajo ó de vuestras correrías. Sois avaro de pormenores acerca de todo lo que habéis podido ver y oir. Aun en tiempo hermoso lleváis á casa cara de día de lluvia.

Justificaos, señor... Bajáis la cabeza y no decís nada. Voy á hablar por vos.

Cuando volvéis estáis cansado, abrumado de fatiga. Habéis gastado vuestra provisión de buena voluntad y de paciencia. Se han hecho tales llamamientos á vuestra bondad, á vuestra energía, que se os ha vaciado como un saco... ¿Es verdad esto?... Y quizás habéis tenido encuentros enojosos, sufrido procedimientos molestos, disputas de inte-

reses, discusiones políticas ó religiosas. Todo ello os pone, por el momento, en bastante mala disposición. Esperáis encontrar descanso en casa, una acogida cariñosa, sonriente, una mujer amable é hijos afables. ¿Quién os censuraría esto? Pero, hé aquí. En vuestra ausencia, todo ese mundo se ha gastado también. Se ha sufrido, se ha hecho todo lo posible sin obtener siempre resultado. Los niños han disputado. Han ocurrido cosas que es preciso que sepáis. En resumen, todo anda mal por varios sitios. Se os esperaba para poner las cosas en orden, para restablecer el equilibrio, para traer de nuevo la paz y el contento á los espíritus. En una palabra: volvéis para encontrar un poco de sosiego, y en casa se vivía en la esperanza de que lo traeríais. Ocurre como en las comidas á escote. Una vez en el lugar de la cita, los convidados desenvuelven sus paquetes.

—«¿Traéis sal?

—No, pensaba que usted la traería.

—¿Se ha acordado alguien del vinagre?

—No, se contaba con usted para ello.»

Esto es lamentable, pero no sorprendente. No digo que no haya en esto motivo para quejarse. Pero hay que ser razonable, no acusar á nadie, buscar juntos un remedio y apelar á uno mismo con preferencia á los demás.

En el fondo, esta cuestión del buen humor en la familia es muy importante. Nos invita á hacer

con frecuencia examen de conciencia. Descuidarla es caer en el abandono, en la indiferencia, en el mal tono.

Limpiáis vuestros muebles, porque de otro modo el polvo acabaría por quitarles el brillo y estropearlos. Creedlo, es necesario también vigilar vuestro humor, darle brillo, pulirlo... Todos los días estamos amenazados por un mal sutil semejante á los que atacan á las hojas de la viña, las secan y corroen. ¡Libráos del mal humor, ese *mildew* de las almas! Es esencialmente contagioso.

De los padres se transmite á los hijos, á todas las personas de la casa. Hasta he visto á un loro contraer la enfermedad. Sabía una multitud de cosas muy divertidas. Al cabo de dos años de residir en una casa de gente malhumorada, las había olvidado todas, y repetía: *¡Estoy encolerizado, estoy encolerizado!*

La juventud no cuida lo bastante de su humor. Tiene menos preocupaciones graves, menos razones para enfadarse que la edad madura ó la vejez. Pero la falta de costumbre en el gobierno de sí misma le hace conceder gran importancia á sus accesos de enojo ó de mal humor. Se envuelve de algún modo en ellos, como en una realeza sombría y desdeñosa. *¡Estoy de mal humor hoy!* Muchos señoritos ó princesas creen haberlo dicho todo cuando han dicho esto. Encima de su horrible caballo

negro desafían á los humildes mortales. Nada les hace tan grandes como el mal humor.

Es necesario habituarse muy pronto á considerar este género de grandeza como muy dudoso y hasta ridículo. Al ver la labor que ese mal espíritu realiza en el hogar doméstico y en todas partes, se está más dispuesto á dedicar á otra cosa nuestros homenajes.

¡Cuán bienhechor es, pues, un poco de jovial y buen humor en el mundo que habitamos! El buen humor es una de las formas más graciosas de la bondad. Puesto que el mundo está lleno de miserias pequeñas y grandes, y el hombre nuestro compañero tiene el corazón oprimido por ellas, mezclemos alguna sonrisa á estas sombras. Esto corrige bastantes defectos, allana bastantes dificultades. Todas las relaciones sufren su influjo. El buen humor es una fuerza. Es una victoria lograda sobre el hecho brutal y sobre nuestro propio corazón. Él transforma el mundo. Es contagioso, también, pero su contagio es feliz. Con mucha frecuencia es recompensado por el eco que llega á despertar. Sin duda hay séres que os lo hacen perder á pesar de todo. Pero tengámosles lástima. ¡Cuán triste debe ser tener un carácter indigesto ó rabioso! Recordémoslo, si alguna vez tenemos que habérnoslas con uno de esos desgraciados, que harían revolver la bilis á un cordero, ó harían á una ostra discutir.

En el fondo pocos séres resisten, á la larga,

al buen humor. El hombre, en general, toma el tono del que le aborda. Gruñe con los que gruñen, y sonríe con los que le sonríen.

En un mismo día encontré á dos personas que buscaban cuarto en un *boulevard*. Una exclamaba: «¡Dios mío, qué desagradables son los porteros de este barrio!» La otra decía: «¡Qué buenas gentes, llenas de amabilidad y de finura, se encuentran entre estos porteros!»

Evidentemente esas dos personas tenían dos modos enteramente distintos de «hablar al portero.» No hay en las casas de alquiler, más que en otras partes, abundancia de filósofos estóicos, tranquilos, inaccesibles á las emociones comunes. La cara que os ponen depende un poco de la que les mostráis.

El buen humor hace todos los días milagros. Decís: «Esa persona es insoportable, imposible hacer carrera de ella.» Y os responde: «No, yo le encuentro fino y hasta simpático.»

He conocido á un viejo atacado de una dolencia del estómago. Era de un pesimismo terrible y de una palabra mordaz. Nadie podía permanecer á su lado. Pero, ve ahí. En general se sufría el influjo de su mal humor al acercarse á él y se le trataba según la ley del talión, lo cual le exasperaba. Hubo, sin embargo, una persona, no que le domara, porque hubiera sido preciso curar su en-

fermedad, sino que le tranquilizara y le procurara alivio. Un rostro plácido y sonriente con una gran paciencia, no fué preciso otra cosa. ¡El pobre hombre estaba tan reconocido! Le he oído decir esto á su bienhechora: «¡Oh, gracias! Había concluído por creerme malo. Tu dulce sonrisa, tan poco merecida, me prueba que no soy sino un pobre desgraciado.»

En las dificultades de carácter, en medio de las contrariedades de toda especie, en educación, en negocios, en todo, un poco de buen humor es un auxiliar precioso.

Le coloco entre las virtudes. Y hasta es más bien un manojo de virtudes. Porque hay días en que para estar de buen humor es preciso nada menos que una completa confianza en Dios, un gran amor á los hombres y, además, energía, oportunidad, si se quiere, un poco de fina malicia.

Concedo que el buen humor sea señor de menores dominios que las virtudes cardinales; sin embargo, ¿qué serían todas juntas sin ese rayo de luz que ilumina su frente? ¿Os representáis santos y santas envueltos en mal humor? Por mi parte, yo no les hubiera canonizado. Sonrisa bondadosa, alegría benéfica, ¡cómo alumbras el camino de los mortales! Eres el secreto del perdón, del valor. Cubres las distancias, fundes el hielo, haces que una flor se abra en los corazones desolados. ¡Cuán-

to te agradezco que á veces nos hagas sonreir y que nos comuniques tu encanto! En verdad, no sólo eres excelente todos los días de la vida; eres bueno y bienhechor hasta el fin, iluminas la muerte: ¡te amo por lo que tienes de inmortal!

CAPÍTULO XVII

LAS RELACIONES, LOS AMIGOS—NUESTROS AMIGOS LOS POBRES

Las relaciones están indicadas por los lazos de familia, por las comunicaciones de interés y de trabajo, por la analogía de los gustos. En general se crean en medios próximos y esto está bien. Mezclarse con familias de condición demasiado distinta no deja de tener inconvenientes. No hay que elevarse á frecuentar el trato de las gentes muy ricas, de los señores, de los semi-dioses, envanecerse por entrar en su casa y abandonar á sus iguales. A la larga, por acercarse demasiado á las grandezas, repetiréis el caso del puchero de hierro y del de barro que caminaban juntos, y de las pobres mariposas nocturnas, que van á quemarse las alas en las arañas resplandecientes. Somos todos iguales ante la ley, ante la conciencia y ante Dios. Pero es prudente, en nuestras relaciones usuales, permanecer entre nuestros iguales. Esto, dicho sin exage-

ración. No soy partidario de la clasificación rigurosa y pedante. No hay nada más tonto que el orgullo y el espíritu de casta. Siempre me ha parecido singularmente chocante ver á los hombres frecuentar el trato ó excluirse, según la importancia de su fortuna, la antigüedad de sus títulos nobiliarios, la altura de su grado y tantos otros signos ficticios. Pero, una cosa es tener un espíritu de solidaridad y benevolencia hacia las clases y funciones más diversas, y otra escoger nuestras relaciones corrientes. Para verse, recibirse, comprenderse, sostener buenas relaciones de amigos, hay que buscarse entre gentes de la misma especie. Por frecuentar el trato de gente demasiado alta, ¡cuántas familias se han empobrecido! Han sido lanzadas fuera del camino sencillo y seguro al querer sostener, al lado de amigos demasiado poderosos, una representación superior á sus medios. Su trabajo descuidado, su hacienda comprometida, sus hijos perdidos por los espejismos, hé aquí los frutos de su imprudente ambición.

Las relaciones amistosas y familiares son uno de los sostenes y de los encantos de la vida. Algunos huyen de ellas. Para ellos el amigo es un intruso, un sospechoso, alguien que penetra entre nosotros persiguiendo su interés. Cuantos menos se tiene, más vale. ¡Oh! ¡los amigos! oís decir con frecuencia. Sin ellos habríamos vivido tranquilos. Ellos han traído la perturbación á nuestra casa,

dado malos ejemplos á nuestros hijos, vaciado nuestro bolsillo, divulgado nuestros secretos en todas partes. ¡Los amigos, no hacen falta!

En verdad, algunas veces esas quejas son legítimas. Hay una multitud de falsos amigos, de amigos torpes, comprometedores, peligrosos, al lado de los cuales más podemos perder que ganar, y no me admira que los perjudicados en la vida cuando preguntáis: «¿De qué procede el daño que sufrís?» respondan muchas veces: «De los amigos». No aconsejaré á nadie que contraiga relaciones con excesiva facilidad, que no ponga algunas trabas á la entrada en su casa. La confianza no es buena sino á condicion de tener límites.

Y sin embargo, casi no veo el Hogar atrincherado en su aislamiento. No tener amigos es un testimonio de insuficiencia para el conjunto de una familia tanto como para el individuo. Una casa sin amigos, sin relaciones, á la que nadie demuestre simpatía y que no dé á nadie pruebas de ella, no podrá menos de ser triste, de estar privada de alegría. Es raro que el que no ha sabido crearse amistades en otra parte, sea muy tierno y sociable en su casa. Es un oso. La felicidad de los osos entre ellos mismos no me causa envidia. Hasta admitamos que una casa absolutamente aislada, cerrada herméticamente á toda relación, sea luminosa, animada, feliz. Declaro que á pesar de todo esto no es más que una cloaca de egoísmo.

***

Pero á las relaciones ordinarias cultivadas por el placer de codearse, de hablarse, de comunicarse impresiones y experiencias, voy á proponer un complemento demasiado poco conocido.

Hablemos de nuestros amigos pobres. Si el peligro de tratar con gentes superiores á uno es muy perseguido, veo cultivar infinitamente menos las relaciones en sentido opuesto. Deberían existir, sin embargo, en gran escala, si nuestro corazón hablara bastante fuerte. No me digáis que vengo á incitar á encuentros tan disparatados como los censurados hace un instante. Sería desconocer mi designio. Hélo aquí: él se defenderá enteramente sólo.

Cada familia, modesta ó acomodada, pero que tiene con que vivir, debe tratar de crearse relaciones personales con una ó varias familias desgraciadas. Esto es más fácil en las poblaciones pequeñas, más difícil en las grandes, pero más necesario también. Nuestras ciudades modernas han sufrido una especie de agrupación topográfica. Tenemos barrios ricos y barrios pobres. En estos últimos es raro ver pasar una persona bien vestida; en aquéllos casi no se encuentra gente pobre si no es de los que tienden la mano, y casi nunca son pobres verdaderos. La distancia entre los que carecen de lo necesario y los que lo poseen es de por sí gran-

de y lamentable. Se acentúa y se agrava con esta separación material. Nuestro deber es remediarlo en interés de todos.

Ciertamente no faltan esfuerzos en este sentido. Nuestro país los ha hecho considerables. Pero conservan un sello demasiado administrativo. Quien dice administración, dice mecanismo; quien dice mecanismo, dice rutina y abuso. A través de una serie de reglamentos, de funcionarios, de instituciones, las limosnas que hacéis á los pobres se enfrían y se pierden, como el calor se pierde circulando demasiado tiempo á través de conductos excesivamente complicados. Ocurre así que en nuestra sociedad, donde se gasta más de lo necesario para mantener á nuestros hermanos desheredados, algunos viven entre privaciones ó mueren de hambre. El pobre tiene dos enemigos: el mercenario, encargado administrativamente de cuidarle, y el pobre falso. Cultivando relaciones directas suprimís el mercenario y desenmascaráis al pobre falso. No hay como un empleado rutinario para conceder á un pobre astuto, sucio, vicioso, lo que negaría á otro honrado, poco pedigüeño, limpio, moderado y recosido. Es este un hecho general y escandaloso. Informes un poco continuados no os dejarían duda alguna sobre el mérito verdadero de los que sostenéis.

Vayamos, pues, á los pobres, si queremos que

nuestras intenciones y nuestras limosnas lleguen hasta ellos.

No me digáis: es imposible, no tengo tiempo, no sé hablarles. Falta tiempo para las cosas secundarias, no falta para las de primera necesidad. Esta es de las últimas. En cuanto á las palabras, nacen de las circunstancias y de la fuerza de los sentimientos. Sobre el terreno se os ocurrirán.

La pobreza, la verdadera, la pobreza inocente de las cargas que sobrelleva y de los males que sufre; la pobreza sobre la cual descansa el peso de nuestras imperfecciones sociales, de nuestros vicios, de nuestros crímenes, de tu vida y de la mía, esa pobreza es un vasto continente inexplorado, un país salvaje en pleno mundo civilizado. Que este mundo sea desconocido, ese es el peligro que ofrece y también nuestra vergüenza. Conocido por nosotros, amado, perdería á la vez lo que tiene de horrible y su carácter amenazador.

¿Pero qué hacer para conocer pobres?—Es preciso desearlo, esto es todo. Lográis haceros recibir por los ministros, por los jefes de Estado, por el Papa, en medios cerrados en los cuales no se abre uno camino sino á fuerza de protecciones y de permisos. Los pobres no tienen antecámara ni guardas; á cualquier hora del día y de la noche la miseria recibe. Hasta diré que os espera. Seguid á su casa al primer niño harapiento de la calle, á la primera mujer necesitada y enferma, sobre todo si

nada os han pedido, porque de los que piden conviene desconfiar. En una hora, si queréis, estaréis en el corazón de la plaza.

Si este procedimiento excede de vuestro valor, si lo imprevisto os causa miedo, hé aquí otro. Coged una prenda cualquiera de ropa blanca ó de vestir. Haced que os cuenten la historia de estas prendas vuestros proveedores. Comprad, muy barato, delantales para vuestros hijos, fundas de almohada, pañuelos ó juguetes. Investigad un poco su procedencia, hasta que hayáis encontrado la primera mano. Pronto habréis hallado trabajadores, mujeres y muchachas que se mueren de hambre, sin dejar de tirar de la aguja ó de pegar cartón, desde la mañana á la noche. Remontáos á los orígenes de donde proceden casi todas las cosas de nuestro mobiliario y nuestro alimento. Allí también encontraréis gente que os espera.

Una vez recibido, admitido, estudiad lo que se os ofrece á la vista. Volved de tiempo en tiempo, seguid, hablad, penetrad en el fondo. Cuando no se les conoce, los pobres se parecen todos. Pero es preciso tomarse el trabajo de estudiarlos más de cerca. Ahondaréis, por tanto. Sabréis el pasado, la historia, las luchas, las desgracias, la vida, en fin. Debajo del pobre encontraréis al hombre, un hombre exactamente semejante á vosotros, que tiene todavía más necesidad de un poco de cariño que de pan. Una vez llegado ahí, no os detendréis, ha-

bréis realizado el descubrimiento de un mundo. Es una enseñanza perpetua ver cómo viven las familias desgraciadas. Los pormenores más insignificantes interesan: la comida, la cama, el traje, las relaciones familiares. Haréis extraños descubrimientos sobre la educación de los hijos, la suerte de los viejos, el martirio de las mujeres. Ningún libro, ninguna pintura, os descubrirá lo que veréis allí con vuestros propios ojos. Id. Mejor aún, tomad la parte que os corresponde. Y veréis entonces cuántas cosas podéis intentar por esos hermanos, y que es muy preferible conocerlos uno mismo á hacerles una liberalidad anónima. Hasta os sorprenderá muchas veces lo poco que es necesario para proporcionar alguna alegría.

Entre mil, escuchad esta historia:

Un pobre viejo se moría en un arrabal. Cerca vivía una señora joven, que él había visto muchas veces; cuando enfermo se sentaba junto á la puerta. Tenía ella una cara dulce, sonriente, saludaba al viejo al pasar, le enviaba á veces un poco de comida y un día le había ofrecido un ramo de flores. Así el pobre hombre le había consagrado en su corazón una adoración verdadera. A punto de morir, la mandó llamar. Ella vino: «¿Qué puedo hacer por vos?—dijo.—Sencillamente sentaros ahí un momento. ¡Siento tanto bien al veros! No me tengáis lástima, no me miréis con tristeza, mostrad la

cara de siempre. Me parece después de esto que me iré más dulcemente» (1).

***

Pero os hablo de lo que dáis á los pobres. No olvidéis lo que de ellos recibís.

A su lado aprenderéis á vivir y á contentaros. Estamos habituados á las previsiones á largo plazo, á las esperanzas en el porvenir, á los temores perspicaces. Sentarnos al lado de los que no tienen porvenir y que apenas viven al día, es para nosotros una gran lección. Os preguntáis: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿qué carrera seguirán nuestros hijos?, ¿cuánto dote tendrán nuestras hijas? Os conmueve que la renta suba ó baje. Los pobres no tienen rentas, nada darán á sus hijos ni á sus hijas y, sin embargo, es preciso que vivan. Los días en que no padecen frío ni hambre, están contentos por ellos y por su familia. ¿Os atreveríais á quejaros después de haberles visto?

Os incito á que frecuentéis su trato cuando tengáis penas. La vida nos hace atravesar períodos en que las relaciones mundanas llegan á ser insoportables. Se desprende de ellas una impresión tal de vacío, que el alma queda como espantada. En esos momentos, tomad el camino de las moradas humil-

---

(1) V. C. Wagner, *L'Evangile et la Vie,* discurso número 4.

des, en que las pasiones y las preocupaciones del día son desconocidas. Si os sentís herido por la muerte, id á buscar heridos que se os parezcan. Viuda, id á ver á otras viudas; padres que lloráis á un hijo, id á ver á otros padres que también lloren. Vuestra simpatía les hará bien, y, sufriendo á su lado, este bien recaerá sobre vosotros mismos. Os dirán palabras sencillas que llegan al corazón. Al salir de allí veréis más claro en vuestro propio destino. Dios ha puesto un poder consolador en la comunión de las penas.

El contacto con aquellos para quienes la vida ha sido particularmente dura, es útil en otros respectos; es indispensable, digámoslo. Esquivándolo, desperdiciaréis una de las mejores ocasiones de salvaros de ciertas miserias, inherentes á las mejores posiciones sociales. Todos estamos expuestos á llegar á ser esclavos del medio en que vivimos, á enterrarnos lentamente en él, debajo de las costumbres y las trivialidades. Cada excursión á un mundo diferente produce el efecto de un cambio de aire. La mayor parte de las gentes se figuran que los pobres se encenagan en la ignorancia, en el embrutecimiento, en la apatía. No negaré que en los últimos escalones de la miseria, no esté el hombre abrumado por sufrimientos demasiado largos y crueles, y si el vicio acompaña á la pobreza, el espectáculo llega á ser enteramente horroroso. Esos casos, sin embargo, son excepcionales. Con

mucha más frecuencia de lo que se cree se encuentran pobres educados por el sufrimiento. No sólo han sufrido: han reflexionado. Que un trato familiar despierte su confianza y os harán esas confesiones íntimas, que todos reservamos solamente para los amigos verdaderos. Quedaréis muy sorprendido, aquel día, de ver los tesoros que puede encerrar el alma de un desgraciado. Los pobres necesitan de nosotros, nosotros tenemos todavía más necesidad de ellos.

Es una triste vida de familia aquella en que no se observa el cuidado de los pobres, en que su sitio no está marcado. Es preciso un grado de endurecimiento extraordinario para amar á los suyos y no dejarse guiar por ese mismo afecto á una simpatía más amplia. Si vuestros hijos, sanos lo mismo que enfermos, no os recuerdan la infancia desheredada y no defienden su causa delante de vosotros, debo deducir que los queréis poco.

El hogar no debe ser olvidadizo, despreciativo, duro; sino liberal, hospitalario, afable. Nunca esté desierto en él el sitio en que la bondad viene á sentarse. Ojalá los sufrimientos de fuera encuentren allí un eco, y que la yerba no crezca en el camino que conduce de nuestras moradas á las de nuestros amigos pobres. Este es uno de los caminos de la tierra en que hay más esperanza de encontrar la paz.

CAPÍTULO XVIII

CUÁNDO LOS PÁJAROS ABANDONAN EL NIDO

Hasta aquí hemos hablado de la familia como de una nidada muy bien abrigada. Pero todos saben que cuando les han crecido las alas, los pájaros abandonan el nido. No podría ocurrir otra cosa. Las alas no crecen para permanecer plegadas, confinadas en un árbol familiar ó en el radio de una pradera ó de un campo. Han sido creadas para desplegarse, para lanzarse á los aires, para volar á otros horizontes. En la sociedad de los pájaros la separación parece, por punto general, realizarse del modo más fácil del mundo. Cuando el deseo de volar con las propias alas no anima suficientemente á los pajarillos nuevos, los viejos les expulsan del nido á picotazos, se niegan á buscarles alimento, ó los abandonan sin otra forma de proceso. Después de esto, preciso es que los pájaros nuevos se desenvuelvan enteramente solos.

Por su parte los viejos vuelan juntos en bodas nuevas, hacen otro nido, constituyen otra familia, y, de una á otra estación, olvidan el pasado.

En la sociedad de los hombres las cosas ocurren de otro modo. No se tiene más que una familia y dura toda la vida; pero la dulce unión no es eterna. En otro tiempo, en los siglos remotos sobre todo, resistía á los años. Vivir los unos cerca de los otros era lo regular. Pero el mundo moderno, con sus exigencias prácticas y su movilidad, conspira contra nosotros. Se apodera de nuestros hijos. Por la fuerza de las cosas, abandonan la casa uno á uno, de un modo provisional primero, definitivo más tarde. El hogar se despuebla, la mesa se desaloja, se hace la soledad. Se estimaría uno dichoso si al fin conservara un sólo hijo á su lado. Y esto mismo no siempre es posible.

¡Hé aquí una de las fases más tristes del destino humano! Comprendo que de ella nos defendamos por todos los medios; natural es decir: ¡no nos separemos nunca, permanezcamos juntos!

Pero con este horror á la separación, ¿dónde llegaríamos? Iríamos derechos al marasmo, al eterno moverse en un mismo sitio: la familia perdería su razón de ser, la educación su fruto. Todas las cosas tienen su tiempo. Hay uno para impregnarse del espíritu y de las tradiciones domésticas; otro para ir á llevar á fuera lo que se ha aprendido en el hogar. Educamos á nuestros hijos para la vida. Si

han de ocupar su puesto en ella, preciso es que ensanchen su horizonte y vean el mundo.

***

Si se considera lo que sufrimos al abandonar el nido, parecen tener razón los que desde la más tierna edad habitúan al hijo á vivir lejos de ellos. Para formar un carácter suelto, un hombre á quien no molesten los recuerdos en sus viajes, un verdadero ciudadano del mundo, en fin, ¿no convendría evitar esas ternuras del hogar, cuyos lazos llegan á ser un obstáculo para moverse libremente? Los padres discretos y previsores, ¿no harían bien comenzando por enviar á sus hijos á criar fuera de casa, y después de esto, colocarlos en un internado ó en un convento? De este modo no echarían de menos la falda maternal y su calor, no habiéndolos conocido nunca. A primera vista esto parece lógico; pero es una buena ocasión para asegurarnos de que el hombre no vive de lógica. Y, en primer lugar, entre las cosas que más se echan de menos en el curso de la vida, se encuentran las que nunca se han poseído. Una vieja crónica nos cuenta que durante aquel período de miseria llamado la guerra de Treinta Años, un joven de diez y ocho murió en un punto de Alemania: «No siento la vida, dijo; siento solamente no haber comido nunca pan.» Todos saben la lamentación de la Máscara de hierro: «Nunca he conocido los besos de una madre.»

Se siente la falta de los bienes que nunca se han poseído, cuando son bienes esenciales que responden á una necesidad profunda del ser. Sin los ficticios, nos pasamos bien. Lo mejor es no haberlos conocido nunca. La vida de familia, el benéfico calor del nido, son bienes esenciales. Tenemos necesidad de crecer sobre las rodillas, bajo la mirada, entre los brazos de nuestra madre y de nuestro padre. En rigor, se pueden criar pollitos en la incubadora artificial. Y todavía si esos pequeños y desgraciados productos industriales pudieran formular lo que sienten vagamente, serían los primeros en protestar. Pero no existe incubadora artificial para reemplazar en la educación al hogar doméstico. Todos los inventos más maravillosos, con los cuales se le quiere sustituir, no son más que miserables artificios. ¡Oh! ¡Cuán dignos de lástima son los hijos que crecen lejos del nido, privados de cariño; los hijos alimentados, alojados, vestidos, paseados y, si queréis, divertidos administrativamente, á los que nada falta sino los besos! Toda su vida tienen frío en el corazón, y nada es tan vivo en ellos como la pena de no haber sido bastante amados.

Y no creáis que sean ellos los que se dirijan al vasto mundo con más entusiasmo; los que tengan más disposición para ser luchadores, trabajadores independientes, audaces conquistadores de lo desconocido. Por una ley que se observa lo mismo en

el universo físico que en el moral, en la concentración de las fuerzas es donde se mide su poder de expansión. Cuanto más comprimido está el vapor, más aumenta su elasticidad; cuanto más tendido el arco, más lejos despide la flecha. Los pueblos que tienen el sentimiento nacional muy desarrollado, una poderosa vida cívica, son al mismo tiempo los que forman poblaciones mayores y envían sus colonos á los extremos del mundo. Y las familias compactas, en que dominan los afectos intensos, los hogares calientes y vivificadores, forman los caracteres viriles. En ellos se alimenta uno con un pan tan nutritivo que al salir se puede llegar hasta el fin del mundo. El espíritu del hogar va con vosotros. Se le lleva, se extiende y esa vida que está dentro de nosotros, hace en todas partes que la vida germine.

Debilitar el sentimiento de familia con el fin de aumentar la iniciativa del individuo, equivaldría, por tanto, á aflojar un resorte para darle más fuerza expansiva.

***

Es necesaria la familia con todo su poder incubador, el nido, en fin, y sabido es lo que esto quiere decir. Pero si se crece en el nido, una vez crecido, es necesario abandonarlo.

La dispersión de la familia se opera en condiciones muy diversas. El momento llega más pronto

para nuestros hijos que para nuestras hijas. A veces la separación de la familia se produce como un accidente lamentable y toma la forma de una ruptura. Hay en ello una parte muy dolorosa sobre la cual insistiremos un momento. En los nidos hay compañeros inquietos. Agitados por la impaciencia, se les ve tomar el vuelo antes de tener suficiente pluma, á riesgo de perecer de hambre y de frío, ó de ser comidos por los gatos. En las familias se encuentran malas cabezas que hacen exactamente lo mismo. El régimen del nido les *molesta*. La existencia arreglada, tranquila, un poco austera, les pesa. «Mamá hace demasiadas observaciones, papá es demasiado severo. No puede uno moverse. Es un fastidio. Después de todo ya no es uno un niño». Tras de haber turbado la paz doméstica, un día se van, sientan plaza, toman el tren ó el vapor, ó simplemente el bastón del viajero, y no siempre piensan en enviar noticias suyas. Estas partidas son para los padres origen de disgustos; es preciso haber pasado por ellas para medir toda su profundidad. Por no sé qué anomalía, son generalmente los hijos más amados los que juegan esas malas partidas y así destrozan el corazón por mucho tiempo, si no para siempre. Las malas cabezas se dividen en dos clases. Una que se aparta de la familia, como se cae del árbol un fruto seco ó una hoja muerta. Son los pródigos, los extraviados, las criaturas perdidas. No vuelven más ó cuando vuelven son

restos, séres inútiles, que constituirán para los suyos una carga y una vergüenza. ¿A qué hablar más de ellos? ¿No es bastante triste tener que señalarlos, decir que existen, que sus desgraciados padres mueren pensando en ellos? Contentémonos, pues, con haber indicado la entrada sombría de un infierno al que no bajaremos.

La otra clase de malas cabezas se compone de aquellos á quienes la separación hace reflexionar, á los cuales la experiencia llega á formar. La familia no ha podido modelar la madera tosca, aunque generosa, de que están formados. La vida se encarga de ello. Esos vuelven. Pero aquí hablamos de la partida y no de la vuelta. Y cuando marcháis, malas cabezas, ¿quién sabe si se os volverá á ver? La angustia domina á la esperanza. Se os sigue con la vista como si para siempre estuviérais perdidos.

Con un anhelo semejante se asiste al crecimiento de los hijos que no conservan, al hacerse hombres, las ideas de los padres, y se separan de su familia desde el punto de vista espiritual. Es muy grato ver á nuestros hijos adherirse á nuestras ideas, á nuestras creencias y hasta á nuestras pasiones. Cuando queman lo que hemos adorado, y combaten en las filas de nuestros adversarios, su conducta nos aflige. Pero en este punto conviene ser razonable. Nadie puede en justicia pedir á sus hijos que piensen como él acerca de todo y que marchen bajo la misma bandera religiosa ó po-

lítica. Hay que acostumbrarse á pensar que no se han perdido por no pertenecer á nuestra iglesia ó á nuestro partido. Y si el hecho de que uno de los nuestros profesa ideas que nosotros rechazamos, pudiera hacernos un poco más humanos para con los adversarios, habría motivo para felicitarse de ello más que para sentirlo.

En este mismo lugar de las separaciones penosas, tenemos que hablar de las luchas intestinas que produce en la vida de familia una vocación irresistible, excepcional, y que lanza á un hombre fuera de los caminos trillados. La prudencia de los padres sueña para los hijos carreras en que lo desconocido ocupa el menor lugar posible. La marcha ordinaria del mundo es tal, que la inmensa mayoría de los hombres sigue los surcos trazados. Queda la raza indispensable y muy escasa de los independientes, de los que abren camino, los innovadores, los reformadores, tanto en el dominio de las ideas como en el de los hechos. Esos no se parecen á los otros, no se parecen á nadie. Sus allegados muchas veces no les reconocen. Algo extraño é indefinible vive en ellos. A medida que se les ve crecer y dibujarse, hay sorpresas, admiración, y á veces miedo. Cuando se desliza un huevo de pato en el nido de una gallina clueca se le prepara una vida agitada. Ese sólo pato dará más trabajo que todos los pollitos juntos, y el día que vea agua, se lanzará al río, feliz por haber encontrado su ele-

mento; su alegría solo igualará á la desesperación de la madre.

Esta es la suerte de los llamados, de los grandes iniciadores de la humanidad, hacer sufrir mucho á los que les aman y sufrir ellos mismos mucho. Desconocidos de los suyos, rechazados por su familia, excluídos del medio en que han germinado y al cual su gran corazón está unido por lazos de afecto, se les trata de locos, de traidores, de embusteros. Vivos, se les llora como muertos, y muchas veces sucumben en la labor, sin que sus contemporáneos hayan podido comprender todo lo que se les debe. La posteridad los rehabilita y teje tardías coronas. Pero con qué tristeza han debido decir: «¡Ya no tengo padre, ni madre, ni parientes, ni amigos. Las aves tienen sus nidos, los zorros sus guaridas, pero yo no sé dónde descansar mi cabeza!» Si es una ley común á todos abandonar el medio protector en que ha transcurrido su infancia y ver dispersarse el círculo de rostros amigos que parecían agrupados para siempre, esta ley se cumple en su forma más dolorosa para aquellos á quienes la humanidad debe sus mejores conquistas y sus tesoros más preciosos. En ellos particularmente se cumplen las antiguas palabras: «Vete de tu patria, de tu familia, de la casa de tu padre, al país que te mostraré».

* * *

En el orden normal la separación se impone más pronto y más imperiosamente á las clases acomodadas que al pueblo. Los hijos de aldeanos y de obreros pueden permanecer en el hogar más largo tiempo que aquellos cuyas carreras exigen estudios largos y complicados. La necesidad de encontrar escuelas apropósito para su educación, impone á los padres, con toda suerte de sacrificios de otro género, el más duro de todos, el de la ausencia. Hasta encuentro que algunos padres se hacen en este punto una violencia demasiado precoz y cruel. Envían lejos á sus hijos desde la edad de ocho á diez años. ¡Pobres muchachos! A esa edad el mejor hospedaje, la casa más afectuosa, no reemplaza sino imperfectamente á la verdadera familia. ¿Qué sucederá si el niño está interno en un colegio ó en un liceo? Entre todas las criaturas más dignas de lástima en este mundo, coloco al pequeño colegial de ocho años, sometido al régimen del dormitorio, del refectorio, del paseo en fila de dos en dos. ¡Pobre criatura administrada, ahita de reglamentos, ceñida dentro de un uniforme, con tu corazón demasiado atento y tu cabeza muy pronto huérfana de sus bucles, aprisionada detrás de los muros de un patio, con la necesidad que tienes de aire y de libertad! Los oscuros combates que se han librado bajo los botones de las rígidas levitas de uniforme, bajo la impasible corrección del kepis, sólo la idea aterra.

Por las torturas que ha infligido, por las lágrimas que ha hecho correr de los ojos de tantos niños, por las deformaciones y los vicios que ha comunicado, por su atmósfera malsana para el cuerpo y para el espíritu, odio el internado. Los jueces más clarividentes lo han condenado, y á pesar de toda la fuerza de la costumbre inveterada, caerá un día bajo la maldición universal.

¿Con qué se le reemplazará? Para los niños demasiado pequeños con nada. Su sitio está en el hogar.—¿Y cómo se realizará su instrucción? No todos pueden pagar un aya ó un preceptor.—¿Qué, no los enviáis á la escuela primaria? Para los primeros principios es la mejor. Allí se aprende á leer, á escribir y el cálculo, mejor que en cualquier otra parte, y si la repetición de ciertos elementos, que os parecen pueriles, se practica en amplia escala, es porque la experiencia ha probado que los que no repiten hasta la saciedad olvidan los principios rudimentarios y pecan por la base en todo el curso de sus estudios.—Enviad á vuestros hijos á la escuela primaria. No temáis verlos sentados al lado de niños más humildes, procedentes con frecuencia de todas partes. La separación de las clases sociales es una de las desgracias de este tiempo. La patria sólo ganaría si todos fuéramos educados en los mismos bancos hasta los doce años. ¿Teméis la promiscuidad, las maneras, el lenguaje? Conoced mejor vuestro tiempo y sus costumbres. En compara-

ción con un internado, una escuela primaria es una pequeña academia. Conservemos á nuestros hijos en el hogar, á nuestro lado, por lo menos hasta los doce años. Después de esto, si tenemos que separarnos de ellos, coloquémoslos en otro hogar. Los hay sencillos y poco exigentes. Por otra parte, el internado, á pesar de costar poco, es siempre demasiado caro. Si fuera *gratuito,* no lo querría; si fuera obligatorio, predicaría la rebelión.

***

La separación del lado de la familia, mala cuando se realiza demasiado pronto, llega á ser saludable á su tiempo. Todos han podido observar que nuestros hijos, varones y hembras, pasan por edades particularmente difíciles, en que su conducta nos admira y nos hace sufrir, en que las relaciones llegan á ser con frecuencia penosas. Los padres se quejan de que sus hijos, en esas edades, son ingratos, amigos de discutir, faltos de consideración. Se consideran como el centro de la casa. Todo debe girar á su alrededor y, sin embargo, nada les satisface. No parecen apreciar ni su bienestar, ni el cariño de los padres, ni la compañía de sus hermanos y hermanas.

Entonces ha llegado el momento de separarse de ellos. Las circunstancias exigen á veces que permanezcan á nuestro lado. En este caso, busquemos al menos ocasiones numerosas de sustraer-

los á nuestro contacto perpetuo y á su medio normal. Nada tan enervante como dar vueltas en el mismo círculo, ver sin cesar las mismas caras, oir los mismos pensamientos. Creemos distracciones, si una separación completa es irrealizable.

Pero si las razones anteriormente citadas no existieran, habría otras para aconsejar la separación temporal. El medio familiar no basta indefinidamente para el desenvolvimiento humano. No podría reemplazar á todo. A él va unida forzosamente cierta estrechez; constituye una inferioridad no conocer más que á los suyos, la casa y la torre de su iglesia.

La separación, yo lo concibo, es dura para los padres. Dura, no solamente por sí misma, sino por lo que deja vislumbrar. Las primeras partidas son el principio del fin, lo comprendemos con demasiada facilidad; sentimos que van á aumentar las distancias entre los que tanto amamos y nosotros; que el pasado querido del nido común va á cerrarse, á alejarse y á no ser, finalmente, más que un recuerdo. La vacilación del primer paso es natural. A pesar de lo que pueda costarnos, hay que resolverse á ello. Cuando se ama verdaderamente á los hijos, se consiente en abandonarlos. Se hace por su bien.

Sus puntos de vista necesitan ensancharse. Nada reemplaza en poder educador al cambio de horizontes. Es como una especie de cura moral é intelectual. Y, cosa muy notable, confirmada á dia-

rio por nuestra experiencia personal, la distancia es un filtro de los pensamientos, los depura, los afina. Para aproximarse en espíritu á los que viven cerca de nosotros y de los que nos separan ciertas pequeñas miserias cuotidianas, ciertos disentimientos, basta á veces dejarlos.

***

Los viajeros han marchado. En la casa su puesto está vacío, su cubierto falta en la mesa. Donde había gritos y movimiento, hay triste silencio, lágrimas furtivas. ¡Bien lo comprendemos y participamos de este sentimiento! Sin embargo, por interesante que sea, abandonemos la casa paterna y sigamos á los ausentes. Han partido, en general, con el corazón alegre, salvo quizá en los últimos momentos, en que la emoción de los padres les ha invadido. Viajar, probar sus alas, ver lo que hay en otras partes, es cosa que les cuadra. La ternura emocionada de los padres ha quedado sorprendida, apenada por esta partida, más bien despreocupada.

Pero han transcurrido los días, y hé aquí á los jóvenes novicios entendiéndoselas con su medio actual. A veces la diferencia es muy sensible, la aclimatación lenta y laboriosa. Se ven caras extrañas, costumbres que no se adoptan por sí solas. Lo desconocido hiere la vista por todas partes. Está uno fuera de su centro. Y cuando viene la

primera carta de casa, se esconde uno para leerla, á fin de llorar libremente.

Ocurre entonces un fenómeno muy conocido. A pesar de todo el valor que pueda tenerse y que se tiene; á pesar del encanto de la nueva morada, de la afectuosa simpatía del hogar adoptivo, de los camaradas y de los maestros, una especie de bruma lo tapa todo. Esa bruma está en nuestro corazón más que en nuestros ojos. Se llama el recuerdo del país natal. A los que de él sufren, el sol parece menos brillante que en su patria, que aparece, allá lejos, como rodeada de una aureola. Se sueña con ella por la noche. Es hermosa, alegre, y todas las gentes son allí afables; pero sobre todo papá y mamá, los hermanos y las hermanas. En cualquier momento del día se los representa uno, entregados á sus ocupaciones de costumbre, andando por los caminos conocidos bajo los árboles familiares.— ¡Cuánto más se les amará cuando se les vuelva á ver! ¡Ay!, es esta una alegría tan lejana! ¿La tendremos algún día?

Mientras tanto, esa pena que sentimos de estar lejos nos hace mejores, nos forma el carácter, nos hace apreciar á los que hemos abandonado. Y para probarles que les amamos y damos una prueba de ello, mostramos más ardor en el trabajo.

Tristeza de la ausencia, días penosos que quisiéramos abreviar, no por eso hacéis menos bien.

Para hacerse hombre es preciso haber pasado por ellos.

***

Cuando uno es estudiante, no se va, en general, demasiado lejos. A medida que pasan los años, las excursiones por el vasto mundo adquieren mayor extensión y los motivos para abandonar el hogar se multiplican. Después de dar la vuelta á Francia, de darla á Europa, vienen los viajes prolongados. Es el caso del servicio militar, de la vida que hay que ganar, de la posición que ha de conquistarse, del tálento que es preciso desarrollar, de la ciencia que ha de cultivarse. Es también el matrimonio. El hombre puede vivir cada día menos donde ha nacido, seguir tranquilamente la profesión de su padre. Y la vida material no es el único motivo que nos oblíga á abandonar la familia y á veces la patria. Los intereses espirituales, tanto como la prosperidad material, exigen hoy que las naciones hagan sentir su influjo á lo lejos, se informen mutuamente, se creen relaciones. De seguir viviendo con sus propios recursos, un país se arruinaría seguramente. Por tanto, un deber patriótico y un interés superior, son los que nos invitan á pasar las fronteras y los mares. Y la familia debe cultivar, alentar en la juventud el espíritu emprendedor y las vocaciones audaces. El ideal de la poltrona, la aspiración reducida á funciones seguras, la busca afanosa de los puestos, la burocracia esteriliza-

dora, debe ser reemplazada por un ideal de vida independiente, el ideal del descubridor y del hijo de sus obras. Tememos demasiado los caminos nuevos; nuestra juventud escoge con excesiva facilidad los caminos trillados, que conducen á mundos recorridos por viejas rutinas. Nos aplastamos los unos á los otros en este afán, y habría quien haría bajezas por una subprefectura ó un estanco y se negaría á aceptar una hacienda que cultivar en las colonias. Nadie es por eso más dichoso. La existencia se limita y pierde interés. El círculo de las ideas va reduciéndose. Ni el bagaje científico ni el literario se renuevan lo bastante. Unas cuantas cuestiones insolubles, antiguas querellas políticas, religiosas ó sociales, absorben la atención pública é ignoramos las cosas grandes que pasan en el mundo. Se impone una amplia aireación. Hago todos mis votos por una vida de familia fuerte, concentrada, laboriosa y sencilla; pero al mismo tiempo abierta al soplo de fuera, evocadora de las virtudes heróicas, conquistadora, en una palabra. Este es el gran deber del porvenir y en él se encuentra uno de los elementos del renacimiento nacional, uno de los senderos olvidados de la dicha.

***

Trátase aquí principalmente de la juventud masculina, y la mayor parte de las últimas observaciones sólo á ella se refieren. Pero si nuestras

hijas permanecen á nuestro lado algún tiempo más, la ley normal exige que nos abandonen á su vez. Si queremos que tengan su hogar, y ¿quién no lo desea? hay que resignarnos á verlas partir á su tiempo. Casi no se constituye familia nueva sin pagar una deuda á la separación. Usualmente, es verdad (y esto es un consuelo), nuestras hijas se quedan relativamente cerca de nosotros. El nuevo matrimonio se establece, si no en la misma ciudad, al menos en la misma comarca. Y sin embargo, si la mujer está menos llamada que el hombre á habitar los países lejanos, no es necesario que los tema demasiado. En cada etapa social, su papel de auxiliar y de compañera consiste en asociarse á la suerte variable del hombre y en colocarse á la altura de las circunstancias. Es un gran recurso para una nación tener en su seno mujeres educadas de tal suerte, que no busquen las dichas sedentarias de los medios en que se tiene á mano todas las comodidades de la existencia. ¿Qué sería en su ruda y fecunda labor de nuestros ingenieros, de nuestros sabios, de nuestros marinos y colonizadores, si no se encontraran entre nosotros sino muchachas incapaces de vivir lejos de los proveedores, de los almacenes de novedades, de las distracciones mundanas, de lo que puede llamarse, en fin, el rodar monótono de la existencia burguesa? Tenemos necesidad de alientos femeninos á la altura de todas nuestras vocaciones masculinas. La felicidad no

pierde con ello, sino que, por el contrario, gana. Ciertamente, se sufren grandes privaciones al marcharse lejos de los suyos. No es sólo la civilización lo que nos falta con sus recursos, que forman casi parte del pan cuotidiano; es el consejo materno, el refugio siempre seguro de la casa, el apoyo moral en los días penosos. Pero hay compensaciones á estos sacrificios. Una vida que suponga decisión y energía esconde en sí satisfacciones ignoradas de la dulce y pacífica existencia de los medios fáciles. Todo lo que fortalece nuestras resoluciones aumenta también nuestra facultad de ser dichosos. Entre los que conocieron el amor bajo su forma más exquisita, los hay que pasaron su juventud en el extranjero, civilizando paises salvajes, roturando bosques, cuidando enfermos, instruyendo á ignorantes. Este género de vida encierra dichas que el hombre arreglado, establecido y clasificado de nuestras sociedades regulares, no conoce, ni aun podría comprender. En el fondo hay en esto toda la diferencia de la vida del pájaro enjaulado con la del libre ciudadano del espacio.

***

Y ahora que hemos hablado de la separación bajo tantas formas y de la dispersión de la familia, elevemos más alto nuestros corazones, hacia lo que no podría separarse ni perecer. Hay un lazo que la distancia no corta, que ninguna ausencia des-

truye, y es el lazo de las almas. Cuanto más nos separa la vida, más se depura y fortalece. La separación es una escuela en que se aprende á colocar el afecto por cima de las cosas visibles y tangibles. ¡Oh! qué desdichado proverbio aquel: *Los ausentes se engañan*. No es verdadero sino para los corazones cobardes y las voluntades débiles. Apelo en contra á todos los sentimientos más humanos, más fáciles de observar en sí y en todas partes. ¿Quiénes, pues, ocupan los sitios mejores, los preferidos, los más envidiables en cada familia? Los *ausentes*. Cuanto más lejos están, más se les quiere. Y para el mismo ausente, ¿cuál es en el fondo de su corazón el rincón luminoso y querido? Es el rincón del recuerdo, ¿no es cierto? ¡Recuerdo de la tierra y de la casa! ¡Dulce rayo de luz en nuestros senderos lejanos! Sigue todos nuestros pasos, nos alumbra y nos sostiene. Es un talismán, un puro tesoro que por nada del mundo consentiríamos abandonar.

En el mar agitado un marinero vela durante la noche; está de guardia. El viento marino le azota el rostro, y la ola, al pasar, le arroja su polvillo salado. No hay estrellas en el cielo; por todas partes reina la soledad inmensa de la sombra y de las aguas. Pero en el corazón del marinero hay claridad. Sueña con su país lejano, con la choza paterna, donde su madre, al lado de la lámpara silenciosa, trabaja y reza por él.

Y El que ella invoca, está cerca del hijo como cerca de la madre. En Él está el gran remedio contra las tristezas de la ausencia. Para soportarlas sin miedo, hay que saber refugiarse en Dios. En nuestra inquieta solicitud, nos parece á veces que los que nos han abandonado están menos guardados. Nuestros ojos no vigilan ya sus pasos. Los vemos rodeados de lazos, amenazados de peligros. ¡Qué exageración de nuestro poder! ¡Qué falta de confianza en él de Dios! A nuestro lado, pues, ¿no existe lo desconocido, y el peligro? ¿Somos dueños de los destinos en lo que inmediatamente nos rodea? No, otro poder que el nuestro rige la vida. Es el mismo en todas partes, por donde van los que amamos, lo mismo que donde quedamos nosotros. Confiémoslos á su guarda.

Una de las palabras más dulces y consoladoras, á pesar de su tristeza profunda, es la palabra *adiós*. Para pronunciarla sin demasiada amargura, sepamos hacerlo con entera verdad, en toda la extensión de su religioso significado. Adiós quiere decir: «Te abandono, esto me entristece; pero te confío á Dios, y esto me tranquiliza». A todos los que les espera la prueba de la separación, desearía poder decirles en ese sentido: ¡Adiós!—¡No es al mismo tiempo el medio mejor de decirse: Hasta la vista!

CAPÍTULO XIX

CUÁNDO LOS PÁJAROS VUELVEN AL NIDO.

La tristeza de las separaciones tiene por compensación las alegrías de volver á verse. Cuando parten de nuestras comarcas, en otoño, las aves que emigran, una cierta melancolía se apodera de nuestro espíritu. Al mismo tiempo las hojas caen, la naturaleza se dispone para el gran sueño, los días, que se acortan, hacen pensar en las caídas, en las cosas que acaban.

Pero en la primavera ¡qué alegría al anuncio de la aparición de la primer cigüeña en un tejado, qué dichosa sorpresa al ver en el cielo de Abril la primera golondrina! Es una fiesta. Aunque se haya visto una y otra vez estas mismas cosas, es imposible contemplarlas sin emoción. Los melocotoneros vuelven á cubrirse con su ropaje rosado, los espinos con su gasa nevada; las primeras margaritas brillan como estrellas en el verde naciente de los prados y el corazón del hombre se pone al

unísono: todo le habla de reencuentros, de renovación, de esperanza. Prefiero esas alternativas á una primavera sin fin. En el cuadro de la vida son necesarias sombras y luces.

¡Ay! aquí desde el principio hemos de inclinarnos ante una sombra muy negra. Hablando de las alegrías de volverse á ver, ¿podemos olvidar que no todos vuelven? No. Concedámosles el primer lugar. Derramemos una lágrima por los que han partido para no volver, por los que descansan en tierra extranjera, bajo las ondas del mar, en las grandes tumbas comunes de los campos de batalla, ó por los que han vuelto á la casa paterna tendidos en un ataúd. Han muerto allá lejos, separados de los que les amaban, sin tener á su lado, en las luchas últimas, los cuidados cariñosos que endulzan el doloroso tránsito. Un día, una carta ó un telegrama lacónico ha venido á anunciar su partida del mundo de los vivos. La casa paterna se ha cubierto con un velo de luto. Luego se ha recibido su equipaje, se han sacado llorando sus vestidos, sus libros, los pequeños recuerdos traídos, débiles reliquias que han durado, sin embargo, más que ellos mismos, y el corazón se ha oprimido pensando que nunca más le veríamos en este mundo.—¡Oh! triste cosa son los muertos lejos del hogar, cuando ni aun se tiene la satisfacción de ir á llorar sobre una tumba ó de cultivar en ella una flor! Pobres padres, pobres madres; vosotros, á quienes recuerdos tan crueles

han encorvado, todo hombre de corazón tiene lágrimas para vosotros, y todo el que sabe invocar á Dios piensa en vosotros al rezar.

Otros vuelven, pero con las alas rotas. Entran en el hogar como los pájaros heridos que vienen á caer cerca del nido. Las fatigas y los peligros de largos viajes; el clima mortífero de los trópicos, las privaciones y los sufrimientos, las balas del enemigo, han quebrantado sus fuerzas. Partieron rebosando salud y juventud, y vuelven inválidos, viejos antes de tiempo. Apenas si se les reconoce, tan deshechos están. Da miedo verlos, y cuando se les ha abrazado para darles la bienvenida, se aparta el rostro para ocultar el dolor. A esos los cuidamos, les damos calor, queriéndolos más por todo lo que han sufrido. A veces el aire nativo y la casa paterna hacen milagros, recobran la vida, resucitan! ¡Pero muchas veces es demasiado tarde! El mal ha realizado su obra. Han vuelto y mueren en nuestros brazos.

—¿Por qué hablar de esos dolorosos destinos?— Porque si esta vida es un gran combate, no hay que olvidar á los muertos y á los heridos. Es una ingratitud y una vergüenza hablar de los vencedores y guardar silencio acerca de los vencidos; festejar las victorias y borrar las derrotas del libro de la memoria. Gloria ante todo á los que caen, á los que no vuelven, á todas esas vidas juveniles segadas por la muerte precoz. Preferiría acostarme en la

tumba con esas queridas criaturas, á conservar en el silencio sus nombres y dejar que sus rostros desaparecieran de mi alma. ¡Hablar de ellos, mencionar sus desgracias! No temáis que eso desaliente á nadie. Hay corazones generosos que van con preferencia allí donde otros se han hecho matar. La grandeza de una causa aumenta, en su espíritu, con el sacrificio de los héroes caídos por ella.

Ningún triunfo ha valido á la ciencia, á la religión, tantos trabajadores como sus mártires. Todos los caminos de la humanidad están jalonados de cruces. Allí han caído los valientes que abrieron el camino. Allí también se deciden las grandes vocaciones, y la juventud que se siente con entusiasmo é ideal, va á recoger sus más puras inspiraciones.

***

Pero después de haber pagado nuestro tributo de compasión y llorado con los que lloran, justo es compartir la alegría de los demás. Hay que tomar la vida como es y llevar á ella los sentimientos que reclama. Olvidar á los vivos para no pensar más que en los muertos, sería enteramente tan injusto é inhumano como olvidar á los muertos para no pensar más que en los vivos. Todos pertenecen á la familia, y la familia los ama á todos.

***

Entre los que vuelven, pienso primero en los más jóvenes, estudiantes de ambos sexos que llegan en vacaciones. Esos han contado los días. Una de sus alegrías, en los últimos tiempos de ausencia, ha sido borrar en el almanaque los días que pasaban, un modo de engañar su impaciencia. También la conocen los soldados, que cuando va á concluir el servicio, rayan con carbón todas las paredes; ¡veinte días aún! ¡Todavía quince días!

¡No piensan más que en nosotros esos queridos hijos: volver á su tierra, ver de nuevo la casa! Su corazón no está allí donde viven: ha volado á los campos de costumbre.—Vosotros todos los que habéis pasado por ello, acordáos de lo que sentíais.

Nunca olvidaré mi primera vuelta á la aldea natal después de doce meses de este gran París. Todos los demás años de mi existencia juntos no me han parecido tan largos. Había perdido la esperanza de ver el fin. Sin embargo, había llegado. Después de una noche de tren, me encontraba iluminado por el sol de una mañana de Agosto, en Alsacia, en el gran camino que atraviesa la garganta de Saverne. Dejando á mi izquierda las murallas del viejo Falsburgo, entré muy pronto en el soberbio bosque de Fahlberg. Eran próximamente las ocho de la mañana. La víspera, á la misma hora, hacía mi maleta en la *pensión* Kuhn, calle de la Tour-d'Auvergne, teniendo entre el campo libre y mi persona pilas de diccionarios y de gramáticas, centena-

res de paredes y de casas. De un día á otro ¡qué contraste!

Ahora veía el bosque de vivificantes aromas, bañado de rocío, el bosque lleno de recuerdos. Los mirlos cantaban, zumbaban los insectos. ¡Cuán afables eran las viejas hayas, los pinos barbudos! Se veía uno de nuevo, se reconocía. En otro tiempo, cuando vagaba muy tarde por senderos demasiado apartados, con el remordimiento de haber desobedecido la consigna paterna, los viejos árboles, como sabios amigos, me hacían señales con sus ramas agitadas, censuraban mis locas correrías, mi temeridad. Hoy me parecía que abrían grandes brazos diciendo: Buenos días, pequeño, ¡por fin has vuelto! ¡Me extremecía de felicidad, saltaba de alegría!, pisando con paso ligero los senderos del bosque, al extremo de los cuales debía ver aparecer los tejados rojos rodeados de verde y el campanario de la aldea. De pronto, en aquella soledad, oí hablar. A cincuenta pasos detrás de mí desembocaron dos aldeanos que hablaban sin dejar de andar. Su voz firme y timbrada sonaba á través de los bosques y oí distintamente el dialecto del país, lengua rústica y pobre, pero en que cantaba toda mi infancia; lengua sencilla y expresiva, junto á la cual cualquiera otra me ha producido siempre el efecto de una cosa aprendida y de prestado.

¡Con qué música hería mis oídos, tanto tiempo privados de sus acentos! Más de treinta años han

pasado desde aquella mañana y me acuerdo de ella como si fuera ayer. ¿De qué hablaban aquellos buenos aldeanos? no lo sé ya, y poco importa. No el sentido, el acento era lo que me arrebataba de felicidad. No, nunca habría creído que se pudiera ser tan dichoso. Y aquel día, comprendí á Filoctetes.

No es necesario que la casa festeje á quien corre hacia ella con tanto ardor y con toda su alma?

¿Quién nos habla, pues, de esas vueltas como de una desgracia y una carga para los padres? No doy fe á mis oídos, y, sin embargo, me parece que se habla de esta suerte. He leído recientemente en un periódico, apropósito de las vacaciones de Pascuas, que iban á ofrecer libertad por unos días á los escolares: «¡Felices los chicos, menos felices los padres!» ¿De qué sér desnaturalizado, de qué viejo eunuco corroído por la misantropía es ese pensamiento? Ese no sabe lo que es ser padre y ha olvidado lo que es ser hijo. No le escuchéis, queridas criaturas tan echadas de menos, que volvéis á nuestros hogares! Id, nada temáis, vuestros sentimientos son compartidos. Os esperábamos con una impaciencia creciente. Como vosotros, hemos contado los días. Nuestros brazos se tienden á vosotros. El tejado, de lejos, os sonríe. Junto á la puerta, el viejo perro, vuestro compañero de la infancia, os acecha para ser el primero en lanzarse á vuestro encuentro. Venid, para que se reparen

abrazándoos las amarguras de la ausencia y para que el alegre bullicio con que haréis retumbar la casa, nos pruebe que os sentís enteramente en vuestra casa.

***

Los colegiales no vuelven de muy lejos. Pero hé aquí que llegan viajeros más importantes. Han vivido en el extranjero, atravesado los mares, trabajado en las colonias, recorrido el mundo y visto gentes. De tiempo en tiempo, una carta, es todo lo que teníamos de ellos. Helos aquí que vuelven. Están de camino. Se sabe el día en que se embarcan y en qué buque; la fecha probable en que deben desembarcar. No hay nada semejante para interesarse por la suerte de los barcos que navegan á tener hijos entre los pasajeros. Lo que poco hace os era desconocido ó indiferente, llega á ser un hecho de capital importancia. Mentalmente se hace uno viajero. Hoy se camina en caravana, montado en camello, mañana se desciende la corriente de los ríos en piragua. No hay costa salvaje ó cabaña perdida que no llegue á ser para nosotros un sitio familiar en cuanto uno de los nuestros se ha establecido allí.

¿Cómo los volveremos á ver? ¿Seguirán siendo los mismos ó estrecharemos entre nuestros brazos extraños que nos cueste trabajo reconocer? ¡Cuánto les costará á su vez hacerse de nuevo al medio de otro tiempo!

No importa, vuelven, es lo importante, y después de las primeras sorpresas al encontrarse recíprocamente caras y modales tan modificados, se sabrá bien restablecer el contacto, y bajo todos los cambios que el tiempo ha traído, hacer reaparecer el antiguo cariño. En tanto los seguimos, mentalmente, por los caminos de vuelta, preparamos, á fin de festejarlos, nuestras casas y nuestros corazones. ¡Cuántos contrastes entre una morada en que se organiza una gran partida y otra que se apresta á dar la bienvenida á los queridos ausentes! Durante los preparativos de marcha se tiene el corazón oprimido. Más de una lágrima silenciosa cae de los ojos sobre los objetos que metemos en las maletas. La alegría de tener todavía á los que amamos se mezcla á la pena de haber de abandonarlos muy pronto. Nos hablamos con cierta melancolía, y dígase ó se oculte, se sufre. ¡Pero para los que preparan la vuelta, todo es esperanza!

Y vosotros, los esperados, mientras que aquí os preparamos vuestro sitio bien caliente, voláis hacia nosotros, adelantando, por el deseo ardiente, la marcha demasiado lenta del buque que os trae. Miráis un rincón del cielo y decís: allí está el término, allí está la patria. Parece que una fuerza secreta os atrae. Los que parten están como cargados de estorbos, se esfuerzan: los que vuelven tienen alas. No miran las comarcas por donde pasan sino con ojos distraídos. Más lejos, siempre más

lejos, sin tregua, sin detenerse, hacia el país, el dulce país. Al dejarle se miraba siempre hacia atrás, para decirle adiós por última vez, en el momento en que desaparecía en el horizonte. Ahora se mira adelante, se atraviesan con la mirada las brumas.

Los que jamás han abandonado el suelo de la patria para ir á vivir bajo otros cielos, entre pueblos que no sólo tienen otras costumbres y otro lenguaje, sino que no piensan ni sienten como nosotros, tienen, por decirlo así, otra alma, esos no pueden comprender lo que pasa en el corazón del viajero cuando ve surgir de entre los vapores del Océano la luz del primer faro, el primer bosquejo pálido de las costas de la patria.

Allí, detrás de esas siluetas indecisas de las montañas y de los acantilados, todo lo que amamos está reunido; allí trabajan nuestros hermanos en los surcos y en las ciudades; allí duermen nuestros abuelos; allí está el corazón de nuestro corazón, el centro luminoso en que se ha encendido nuestra vida. Y todo esto nos habla y nos conmueve á través de esa primera ojeada en que abrazamos la tierra materna....

Unas horas todavía, un último fastidio, un trayecto que parece interminable en ferrocarril ó en barca y llegan al umbral de la casa. Estaban á miles de leguas, al otro extremo del mundo, y hélos aquí: se les puede mirar, tocar, saludar, estrechar contra nuestro corazón. ¡Lágrimas de alegría,

corred! Amigos por largo tiempo privados de caricias, saciáos de besos y ojalá podáis sentir, al experimentar la dicha de volveros á ver, que hay momentos en que, por la intensidad de la emoción, un día vale por mil.

***

¡Qué será, si los que vuelven son extraviados y pródigos corregidos por la vida, corderos perdidos y vueltos á encontrar, que entran de nuevo en la paz del aprisco! Las distancias materiales no son nada en comparación de las distancias morales que se establecen entre la familia y sus miembros. Cuando los hijos han abandonado el camino recto, separándose del conjunto de la familia con violencia, están dos veces ausentes, y la separación para con ellos es con frecuencia peor que la muerte. Y sin embargo, se les espera siempre. ¡Oh! si pudieran volver, reconocer sus errores, llorar su pasado, entrar de nuevo en el orden, darnos la alegría de hacerse honrados. Esas vueltas son raras. Veo partir á muchos pródigos, veo volver á algunos. ¡Pero cuán verdaderas son siempre las antiguas palabras en lo que les concierne: «Hay más alegría en un pecador que se enmienda, que en noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento»! Tan grande es la salvación cuando esos hijos del dolor nos son devueltos, juiciosos y purificados por las pruebas, que su suerte inspira en-

vidia á los que jamás han abandonado el buen camino. Es que es verdaderamente difícil dominarse y guardar la medida cuando ocurre lo que ya no se atrevía uno á esperar. No hay que censurar á los padres porque echen la casa por la ventana: ¡es tan legítimo que se resarzan de todo lo que han sufrido! No nos rebelemos contra los impulsos del corazón. Llevemos á bien que interese más ser encontrado de nuevo, que no haber sido nunca perdido.

En general, concedamos sin regatear á todos los que vuelven de lejos, el beneficio de una situación privilegiada. Bueno es que así suceda. Los vinos «que vuelven de la India» son más apreciados que los que se hacen viejos en la cuba del cosechero, y el hombre que vuelve de lejos tiene más brillo que los que permanecen sedentarios. El relieve que adquieren se comunica á la familia entera, que le honra con razón. ¿Habéis observado el crédito y la autoridad de que gozan en la familia los marinos, los soldados, los exploradores, cualquiera que ha formado parte de una expedición notable? Se les concede tal confianza y su palabra tiene tanto valor, que son verdaderamente profetas en medio de los suyos. ¡Situación preñada de peligros, como todo lo que es privilegio! Pero esto no me perturba, y siempre que no abusen, estoy dispuesto á reconocerlo como legítimo y saludable.

***

Hé aquí ahora otro modo de regreso al centro familiar. Quiero hablar de esas reuniones patriarcales en que nuestros hijos y nuestras hijas, ya establecidos por su cuenta, vuelven á la casa paterna y rehacen por algunos días el círculo de otro tiempo. Entonces la soledad del viejo nido se anima. Por las habitaciones, por los corredores, por el jardín, de ordinario silencioso, la tropa inquieta de los nietos recuerda al viejo abuelo que su nombre no está próximo á extinguirse. Feliz la familia en que el espíritu de cohesión se ha mantenido lo bastante para transmitirse á las generaciones jóvenes y crear buenas y duraderas amistades entre primos y primas! Nada más hermoso que esas familias, ampliamente asentadas y firmemente cimentadas, en que los hijos y los hijos de los hijos, han conservado el hábito de venir á sentarse á la misma mesa, de fraternizar bajo el techo del abuelo. ¡Qué bien se vive allí, qué satisfecho se siente el corazón, cuánto mayor es la dicha y mejor armado se está contra las dificultades! Los que no conocen el encanto de esta vida están privados de una de las más puras satisfacciones que le es dado poseer al hombre. En general, este género de encuentros no se renueva muchas veces. Hay demasiadas probabilidades en contra, y cuantos más son los miembros, menos fácil es que se encuentren todos. Alguno casi siempre falta al llamamiento. Y luego, pronto llega el tiempo en que los jefes venerados se despiden de

nosotros. El centro entonces queda destruído y los trozos de la familia continúan cada uno su vida propia. Razón de más para cultivar la unión mientras el lazo primitivo existe. Demasiado pronto llega el momento en que la familia se dispersa para no volverse á ver, en que el viejo y amado nido no existe más que en la memoria.

CAPÍTULO XX

HOGARES DEVASTADOS.—VIUDAS Y HUÉRFANOS

Nada más triste que un nido destruído, que una nidada abandonada. El hogar humano es muchas veces ese nido, y entonces más que nunca hay que atravesar su umbral con respeto y simpatía.

Juntos habían construído ese abrigo; juntos habían participado en él de las preocupaciones lo mismo que de las alegrías de la vida. Huéspedes pequeños y queridos habían llegado á pedir su sitio. Ahora uno de los dos ha partido, dejando al otro enteramente sólo enfrente de las dificultades que traen los días inciertos. Un velo cubre el hogar, velo de tristeza y de luto.

Aquí es el padre el que ha muerto. La mujer y los hijos conservan en todo su sér una especie de temblor y de miedo por este golpe. Como pobres pollitos asustados, los hijos se estrechan alrededor de la madre, escondiéndose bajo sus alas. Pero á

ella misma ¿quién la tranquiliza? Ha perdido su sostén. Nunca más oirá la voz amada, firme, cuyo sólo timbre le quitaba la ansiedad, le devolvía la calma y la envolvía en ese sentimiento de dulce seguridad que proporciona á la mujer amada la presencia del hombre en quien cree. Ya no podrá resguardarse más en aquel refugio siempre abierto. Directamente expuesta al alcance de los acontecimientos, tendrá la suerte de todos los que cubren á alguien con su protección y ellos mismos no son defendidos por nadie. La carga de las responsabilidades descansa pesadamente en hombros que muchas veces no están preparados para llevarla. Habrá que tomar resoluciones importantes, y el consejo, ¿dónde se buscará? Consejeros, no faltan á las viudas. De un día á otro, por el sólo hecho de que el jefe de familia falta, una multitud de gentes se atribuyen el derecho de intervenir y de darles opiniones. Todos piensan que pueden mezclarse en sus negocios. Pobre, la viuda experimenta duramente el destino del débil. Con todo su peso caen sobre ella y sobre sus hijos las instituciones sociales, el egoísmo de los hombres. A porfía la harán sentir que está sola y que ya no puede defenderse. Y si alguno se presenta para defender su causa, y tomar á su cargo su derecho, crueles experiencias la enseñan á desconfiar en primer término, á ella, que tendría tanta necesidad de confianza. La viuda que vive en condición menos precaria, en el bie-

nestar ó aun en la riqueza, conoce otras miserias. No la obsesiona el cuidado del pan, sino el de la independencia. Para no enajenar su libertad, y aceptar, por cansancio ó por necesidad, direcciones que empiezan bajo la forma de buenos oficios y terminan con la servidumbre; para no quedar presa en el engranaje y conservar el derecho de disponer de lo suyo, de su juicio, del género de vida que le conviene, ha de resignarse á una lucha casi diaria. La mujer de mundo que queda viuda, está expuesta á contrariedades de que la mujer del pueblo ni aun tiene idea.

***

A veces la muerte, como ocurre en ciertas familias de empleados, trae en breve plazo un cambio de domicilio y de medio. La casa que se habitaba dependía del empleo del padre. Muerto él, hay que abandonarla. Entonces no es sólo el luto, es la destrucción del hogar, el éxodo. Es preciso haber asistido á esas lúgubres mudanzas para comprender todo lo que tienen de amargas. Coger uno por uno todos los recuerdos, todos los mudos testigos de la dicha de otro tiempo; descolgar los cuadros, desarmar los muebles... no tocar nada sin experimentar impresiones de muerte y de separación... sentarse llorando en medio de tantos objetos desordenados, como se sentaría uno en las ruinas de

una ciudad, ¡cuánto aumenta esto la tristeza de la separación y cuánto agrava el infortunio! Muchas cosas en este mundo han excitado mi piedad. Entre las más dolorosas está este cuadro:

Por un camino, detrás del carro en que se amontonan sus pobres muebles, la viuda y los huérfanos marchando al porvenir desconocido.

***

En tanto que los hijos son pequeños, una mujer sola puede salir mejor de la dificultad de educarlos que un hombre. Con constancia y discernimiento, logra darles un sello de moralidad. Pero el peligro está en que su tutela no se modifica lo bastante, según las exigencias de la edad. Una madre de familia que comparte con el padre el cuidado de la educación, se encuentra libre de esta dificultad. Pero la viuda que durante largos años no ha trabajado, luchado, vivido sino para sus hijos, se une á ellos de un modo tan estrecho, se habitúa tanto á protegerlos, que experimenta un intenso sufrimiento al verlos volar con sus propias alas. La menor oposición le parece la señal de la ruptura definitiva, y es un puñal clavado en su corazón. Sin dejar de comprender estos sentimientos, hay que señalar los peligros que de ellos resultan. Y sea lo que quiera lo que pueda costarle, nunca se animará lo bastante á la madre que queda viuda, para procu-

rar pronto la libertad de sus hijos, sobre todo de los varones. Es el medio mejor de ahorrarse más tarde muchos disgustos y de preservar á los hijos de graves equivocaciones. Es imposible que éstos se den cuenta de lo que pasa en el corazón de una mujer que ha quedado sola en la vida. Se expone á dar á sus caprichos de independencia una forma demasiado impetuosa y molesta. Que la juventud aspire á conquistar el derecho á la vida personal, es legítimo; pero se deja llevar á cometer grandes injusticias por esta causa indudablemente justa. Ahorrémosle las rebeliones, adoptando un régimen que haga fácil el respeto y no provoque la resistencia por rigores fuera de lugar ó exigencias pueriles y humillantes. Hay, por otra parte, compensaciones dignas del gran sacrificio materno que recomendamos. Cuando ¡oh pobres madres! después de años de abandono de vosotras mismas y de sacrificio, hayáis llegado á hacer de vuestros hijos hombres, hallaréis de nuevo en ellos algo que habéis perdido. Podréis apoyaros en esos caracteres, á los cuales habréis permitido, á costa de una dolorosa abnegación, formarse y fortalecerse. Madurados en las pruebas de la vida, sabrán adquirir pronto la gravedad de los jefes de familia. La imagen paternal revivirá en su valerosa adolescencia, el ejemplo del padre inspirará sus actos y tendréis todavía alguien que os dé el brazo y que os defienda.

* * *

Cuando es la madre la primera que parte, en plena vida, á veces en plena juventud, el hogar queda todavía más profundamente herido que cuando el padre llega á faltar. El hombre hace frente á los asuntos exteriores, continúa su labor, y para las luchas de fuera, llega á bastarse. Pero dentro de su casa es donde está herido en lo vivo. Vuelve de su trabajo al hogar acostumbrado y observa que el alma de él ha desaparecido. El pensamiento fiel que todo lo penetraba, que velaba por todo, que vivificaba el conjunto, ya no está. Si sois obrero encontráis al volver el fuego apagado, la mesa vacía, los hijos faltos de cuidados. Después de la ruda labor del día, lo que os espera en casa no es la tranquilidad, sino la preocupación, la barahunda de una casa, en que á pesar de la mejor voluntad, no lográis evitar el desorden. Si estáis en una posición más acomodada, capaz de rodearos de sirvientes, héos aquí en frente de uno de los problemas más dolorosos. ¿Cómo encargar á extraños la dirección de vuestra casa y la educación de vuestros hijos, sin exponeros á caer en manos mercenarias? Y poco importa lo que hagáis; aun si conseguís completo éxito, será para vosotros causa de sufrimientos el nuevo estado de cosas. Si éstas van á mal, miraréis llorando el puesto vacío de la

ausente, que falta en todas partes y en todo momento. Si las circunstancias os son clementes, tendréis el pesar de que no participa de ellas. Vuestros hijos, por los cuales os mantenéis en el mundo y debéis vivir, os recordarán sin cesar la madre desaparecida, y hasta sus caricias, caras á vuestro corazón paternal, os repetirán vuestra desgracia.

El mundo está mal dispuesto para juzgar lo que pasa en los hogares destrozados por el luto. Lo que encierran más doloroso y sagrado, es del dominio de lo invisible. Desde fuera no es posible juzgarlo, ni aun presentirlo. Es preciso haber pasado por ello uno mismo ó poseer el don de vivir la vida de los demás, para apreciar la suma de secretas cargas y de incomunicable pena con que caminan abrumados, á nuestro lado, tantos hombres y tantas mujeres mutilados por la muerte.

* * *

Pienso ahora en los que han quedado solos, sin hijos. Y, en primer término, en los que separados jóvenes, no han querido reconstituir otro hogar. Hay circunstancias en que un segundo casamiento está enteramente indicado y hasta se impone. Es el caso que tengo en mi pensamiento. Se ha amado. La muerte ha venido. Ha destruído la feliz intimidad, ha destronado á nuestra juventud, pero el lazo ha quedado. Sólo que ha llegado á ser espi-

ritual. El amor se ha mostrado más fuerte que la muerte. Y en adelante se vive con un recuerdo, envuelto en la invisible presencia de un sér que ya nunca volverá á encontrarse en la tierra, y que, sin embargo, á pesar de la fatalidad de la tumba, á pesar del hecho brutal de la destrucción corporal, está ahí, más cerca que los que se toca y se ve. Considero esta fidelidad á través de toda la vida, sobre todo si no se traduce por una falta de interés para los demás, sino, por el contrario, por muestras de bondad y de simpatía, como una de las formas más altas de la nobleza de espíritu. Inclinémonos ante ella, cuando la encontremos en nuestro camino. Tengamos bastante delicadeza moral en el corazón para comprender y honrar á los que han renunciado por su cuenta á las dulzuras de la vida, á las esperanzas de la juventud, y no por ello han conservado menos un corazón capaz de compartir las satisfacciones de los demás, una sonrisa para festejar su amor.

* * *

A algunos, aunque raros, les es dado recorrer juntos la vida entera hasta la extrema vejez. Privilegio excepcional, que no se podría agradecer lo bastante, pero que no deja de ir acompañado en los últimos tiempos de una secreta angustia. Cuanto más os ha unido y casi confundido una larga exis-

tencia compartida, más dolorosa llega á ser al fin esta pregunta: ¿Quién partirá primero? Están tan bien acostumbrados el uno al otro, que no pueden hacerse á la idea de una separación. En ciertos asilos de ancianos, en que se reciben matrimonios viejos para asegurarles un sitio tranquilo, se sirven de un término muy expresivo para designar á los que han quedado viudos. Se les llama los *descabalados*. Es exacto. Como un libro perdido lejos del tomo vecino, como una medalla caída de la colección, como un cuadro privado de su pareja, están descabalados los que siempre juntos, inseparables, han celebrado sus bodas de plata y de oro y se ven de pronto solos. Ellos mismos se juzgan como gente que llega tarde á una reunión ó á una fiesta. El espectáculo ha terminado, el telón ha descendido; vagan por la sala vacía, como almas en pena, como los que han perdido algo y están obsesionados por la idea de buscarlo. Con gusto dirían: ¿No habéis visto al amigo? ¿Dónde le encontraré?

Consignemos aquí un recuerdo melancólico, pero delicado.

Se habían amado con el amor más perfecto y perseverante. Octogenarios de una belleza ideal, de una bondad inalterable, se parecían á fuerza de haber mezclado sus pensamientos y sus existencias. Luego, una mañana, casi sin enfermedad, él se había dormido. Hacía de esto un año, cuando franqueé, como se franquea el umbral de un san-

tuario, el umbral de aquella casa de viuda. Nada estaba cambiado. Los objetos más insignificantes se encontraban en el mismo sitio donde siempre los había visto, con un carácter de fijeza que da el presentimiento de lo inmutable. Ella ocupaba un sillón; pero el otro, aquel en que él se sentaba, estaba vacío, y mirando su sitio como si algún huésped misterioso estuviera sentado en él, la vieja hablaba de él llorando. Ví bien que su recuerdo no la abandonaba ni de día ni de noche. Y ¡cuán presente estaba él en cada una de sus palabras! «¿Queréis verle?, me dijo, venid conmigo». Aproximándose á una ventana, me mostró una pequeña fotografía en cristal, inundada de luz. Se les veía á ambos apoyados en un balcón, con las cabezas juntas, en la actitud de dos jóvenes enamorados. Parecía hablarle y ella sonreía bajando los ojos. Era en un rayo de sol la imagen de la ternura inalterable... Y salí de allí, envuelto como en un perfume celestial, con el sentimiento de haber estado en contacto con lo que no muere.

***

Dediquemos ahora un pensamiento á los huérfanos, á los que han perdido padre y madre á la entrada de la vida. Su nombre sólo despierta la simpatía. Todos sienten que un gran dolor ha pasado y que de él resultan grandes deberes. Todo

el que tenga en sí una fibra paternal, la siente despertarse en presencia de los que han perdido á sus protectores naturales. Todo el que es hijo, penetrado de amor filial, dichoso de vivir al lado de sus padres y de dedicarles su cariño, animándose con su bondad, no puede menos de compadecer con toda su alma al que ya no puede decir á nadie en el mundo: ¡padre mío, madre mía! La humanidad tiene miembros en los cuales es más sensible y vulnerable que en otros. Parece que todas sus facultades de sufrir se han concentrado allí, y que en ellos siente de nuevo ó decuplica todo roce y toda herida. Uno de estos miembros es el huérfano. Cuanto más inerme, es más sagrado. Lo que se le hace á él, se le hace á todos, á Dios mismo. Nunca sentimos la fuerza del derecho de los débiles ó el horror á la iniquidad, como en presencia de un huérfano. Un signo misterioso señala su cabeza graciosa y débil. Es hermoso, sonríe, tiene en sus juegos el encanto inocente esparcido sobre la mañana de la vida, y los que podrían regocijarse con ello duermen en el fondo de la tumba. Jamás su madre le pondrá sobre sus rodillas para cubrirle de besos. Nunca sentirá el apretón de los brazos paternales. Puesto que está tan desheredado, ábransele todos los corazones, séale señalado su sitio en el hogar, sea hijo de todos. ¡Desgraciado el que le haga incurrir en culpa, el que pueda burlar-

le, oprimirle! «El padre de los huérfanos, el defensor de las obras, es Dios en su morada santa.»

***

Si he querido hablar de un asunto tan cargado de sombras, es por bastantes razones. Primero, porque no hay que olvidar nunca á los que lloran, y porque en estas páginas consagradas al hogar, habría un grave vacío si no se hiciera mención de los mayores infortunios que pueden herirle, como de las responsabilidades que de este hecho resultan para aquellos mismos que tienen la dicha de ahorrárselas. Luego, es saludable mirar á veces hacia el lado de las cosas que constituyen la excepción, pero contra las cuales nadie posee garantías. La prudencia nos aconseja recordar que somos mortales, y preguntarnos á veces lo que llegaría á ser de los séres que más amamos si llegásemos á faltarles. Se emplean mejor los días cuando uno se dice que pueden acabar.

Pero la razón principal que nos obliga á volver los ojos y la atención á esas regiones, héla aquí:

Los hogares devastados y los nidos destruídos ofrecen sin duda un aspecto desolado. En ellos se ven caras veladas, heridas, privaciones. Pero se encuentra en ellos cualidades ignoradas, las grandes paciencias, las santas resignaciones. Tesoros de sacrificio, de abnegación, de solidaridad activa,

se han acumulado allí. Es un mundo en que se codea uno sin cesar con las realidades invisibles. Milagros de bondad se realizan allí, y más que en cualquier otra parte, se descubren virtudes que están en absoluto por encima del nivel vulgar. Nos hallamos frente á un mundo austero; pero es el negro estuche en que perlas de incalculable valor lucen como estrellas.

CAPÍTULO XXI

RECUERDOS, TRADICIONES, RELIQUIAS

En las casas viejas, en el campo, se encuentra siempre algún granero lleno de antigüedades. En ese revoltijo es donde he tomado mis primeras lecciones de patriotismo y de historia en los días de lluvia ó de frío, en que las correrías al aire libre eran imposibles. Antes de haber abierto los libros, allí encontraba la huella de mis predecesores en la casa y en el territorio nacional. Viejos cuadros destruídos por el tiempo, sin barniz, sin dorados, en que vestigios de figuras aparecían velados por fino polvo. Sillones venerables á los que faltaba una pata ó un brazo. Trozos de tela, banderas, armas en desuso; pesados fusiles de piedra, restos de uniformes de varias épocas. Libros gigantescos con ilustraciones, con tapa de madera guarnecida de hierros; la mitad de las páginas faltaba. ¡Qué riquezas, y cuánto hace esto trabajar la imaginación de un niño! Tocar todas esas cosas, examinarlas largo

tiempo, es un placer que no cansa. Pero cuando un miembro de la familia, más viejo, accede á contarnos de dónde proceden esos objetos, á quién han pertenecido, cuánta es su antigüedad, ¡oh! entonces el encanto es completo. Los retratos borrosos se animan; en los sillones cojos se cree ver personajes, y las cosas de otros tiempos tan admiradas, tan amadas por la infancia, empiezan á desfilar vivas en nuestro pensamiento. Así ocurre desde que hay hombres, y así ocurrirá hasta el fin.

Para el niño, sér impetuoso y ébrio de vida, el recuerdo es una magia. Le hipnotiza, le deja sin movimiento, con la boca abierta. Historias, historias de los tiempos pasados; nunca se acaba este deseo en la edad juvenil, se tiene sed inextinguible de ellas. Creo que esto es bueno, que hay que alimentar esta aspiración y cuidar de que las huellas de los que vivieron antes de nosotros permanezcan visibles en la familia. No es solo un elemento de educación y de poesía en el comienzo de la vida, es una muestra de solidez, una prenda de fiel cohesión en todas las etapas. Y luego, insensiblemente, los recuerdos de familia nos conducen á los recuerdos nacionales. La patria chica en que hemos germinado nos revela la grande. Salidos de ese rincón familiar y de las colinas cercanas, nos ponemos en camino hacia un horizonte más amplio, en que se desarrollan más vastos destinos. Y amamos el país á través de nuestra piedad fami-

liar; llega á ser verdaderamente para nosotros la tierra de nuestros antepasados.

El recuerdo es una de las grandes fuerzas morales y sociales. Desprovisto de tradiciones, el hombre carece de un elemento esencial. Infiel á sus recuerdos, es como una rama desgajada del árbol. Estimo que el piadoso respeto á los recuerdos debe ser cultivado é inculcado en las generaciones que llegan. Es un tónico enérgico. No hay que decir que nada debe exagerarse. Algunos no pueden desprenderse de nada, ni de un pedazo de papel, ni de una cosa vieja, llámese como se quiera. Llenan de estorbos la casa, entorpecen en ella los movimientos. No olvidemos nunca que la justa medida es en todas partes necesaria. ¡Nada de excesos! Después de esto, séame lícito abandonarme de todo corazón á la inclinación saludable por todo lo que recuerda los días desaparecidos.

***

Empezaré por las cosas pequeñas. Dejadnos el placer, vosotros que mudáis de vestidos á cada nueva estación, de tomar cariño á un sombrero viejo, á un viejo gabán, y de unirnos con ellos contra el cambio perpetuo. Admito que vuestros vestidos sean más presentables, más conformes á la moda del día y hagan valer más vuestras personas. Pero son de ayer y no serán de mañana. Nobles extraños, que un día trae y que otro se lleva, no hacen más que pasar

y no se fijan. De lejos nos impiden reconoceros y de cerca se nos aparecen como demasiado frecuentes metamórfosis, bajo las cuales se ve uno obligado á buscaros, y que á veces os vuelven muy diferentes de vosotros mismos. Cambiar de vestidos, tiene algo de cambiar de figura, es á veces cambiar de ideal.

¡Tengo cariño á los vestidos viejos! Son amigos experimentados, compañeros de trabajo y de lucha. Al coger ese viejo bastón, al enarbolar esa venerable chistera, me parece que juntos nos asociamos para decir á la faz del mundo cambiante y caprichoso: ¡nos mantendremos! Con esa vieja capa sobre los hombros, creo haberme investido de fidelidad, de inquebrantable adhesión á lo que permanece. No me la arranquéis so pretexto de que es preciso hacer caridades: ¿dónde está el pobre que haya rehusado nunca un vestido nuevo? Ofrecédselo nuevo de mi parte. Por la mía prefiero el viejo. Si no fuera idolatría, diría que lo adoro.

Otro tanto diré de los trajes regionales, de los muebles antiguos. ¡Ah! ¡las cacerolas, los armarios, los platos viejos! Cosas son que hablan al corazón y á la fantasía. No son muebles, ciertamente, como otros, para las gentes convencionales, de un positivismo obtuso, ó para las tristes fanfarronerías que no pueden menos de encontrar grotesco todo lo que data de otro siglo. Pero hay un lenguaje en esos objetos, una elevada y paternal sabiduría, de que

sería un gran error privarse. Las producciones «última novedad» no conocen ese lenguaje ni esa sabiduría.

Algunos conservan en su casa antigüallas que son como testigo de una gloria pasada, pruebas de que tienen antepasados y de que descienden de gentes de buena posición. Se ofrecen muchas veces lugares menos escogidos á los recuerdos modestos. ¡Qué niñería! ¡Somos lo bastante limitados de espíritu para que se vean cosas semejantes! Exponéis las cruces, las espadas de vuestros antepasados ó sus muebles blasonados. Está muy bien. Pero si tenéis un martillo de herrero, una lima de cerrajero, tijeras de sastre, una podadera de viñador, una sierra, un cepillo de carpintero, una llana de albañil, que os vienen de algún honrado obrero abuelo vuestro, hay que ponerlos en el mismo puesto de honor. Si la familia se ha elevado al bienestar, la vista de esos instrumentos hará á vuestros hijos un bien extremado. Contadles su historia, y por miedo á que se pierda, fijadla en algún libro de familia, entre otros hechos memorables. Contribuiréis así á aumentar y garantir el tesoro espiritual de los vuestros. Bueno es dejarles bienes; no estorba darles instrucción; pero lo mejor es alimentar su espíritu con vigorosas tradiciones.

***

Cuando el recuerdo tiene por objeto abuelos ó antepasados hace mucho tiempo desaparecidos de nuestras filas, se une á él una especie de serenidad bienhechora. Fuera ya de las regiones dolorosas y veladas del luto primero, presta á los que han partido una fisonomía tranquila, exenta de nuestras luchas y de nuestras tristezas. No ocurre así con los que mueren en nuestro tiempo, con esos miembros de la familia, jóvenes ó de edad, que hemos visto morir cerca de nosotros, cuyo puesto está vacío en el hogar. Sobre la tumba reciente en que descansan, lloramos lágrimas amargas, su pensamiento nos acompaña, nos acongoja. Nos parece que están apartados de la familia, relegados, desterrados, olvidados en algún sitio, y á veces nos es penoso ver que la vida continúa sin ellos.

Su imagen no ha pasado todavía de la región sombría de las tumbas á la región luminosa en que debe transfigurarse. Conservándola presente en nuestras almas, hacemos un esfuerzo constante para quitarles el crespón que las cubre, para librarlas de lo que las últimas miserias y las luchas supremas han puesto en sus rasgos que turba y da miedo. Restablecemos poco á poco su rostro acostumbrado. Esto también es un triunfo sobre la muerte, al menos sobre lo que tiene de material, de brutal. No es necesario que nos desfigure á los que amamos. Tenemos el derecho, tenemos el deber de reobrar contra sus negaciones. Es este un

signo de verdadera piedad, de fe activa y de cariño poderoso. Nuestra confianza en Dios y en los destinos del alma humana, viene á unirse á la ardiente simpatía que tenemos por nuestros muertos queridos, á fin de desembarazarles de las huellas de destrucción bajo las cuales, en los primeros momentos de la partida, todo su sér parecía desvanecerse. La muerte multiplica á nuestros ojos los testimonios de la nada que somos y de nuestra incurable debilidad. Esos testimonios los aceptamos en lo que concierne á las vanidades ambiciosas, á las empresas contra la justicia y la verdad, contra toda la obra inmensa, pero caduca del mal, en nosotros y á nuestro alrededor. La muerte está hecha para destruir esas cosas y asignarles su verdadero puesto en el polvo. Pero nos equivocaríamos al aceptar sus demostraciones y extenderlas á todo lo que pertenece al hombre, á su vida interior, á lo que en él hay de divino y de imperecedero. Hay cosas contra las cuales la muerte no prevalece. Si nuestra esperanza religiosa pudiera vacilar, el cariño profundo vendría en su auxilio.

Todo lo que es bueno está hecho para sostenerse mutuamente. Cuando se ama verdaderamente á alguien, no basta que haya muerto para que nada sea ya á nuestros ojos. Si pudiéramos admitirlo por un instante, nos sentiríamos cómplices de la nada. La muerte nos lo hace más querido, aumenta sus derechos, santifica su puesto en

nuestro corazón, donde le conservamos muy amado y muy vivo. Lo que hacemos en esto bajo el impulso de un instinto sagrado, no es más que el primer paso hacia presentimientos y certidumbres más altas. Sigamos el camino, Dios lo ha trazado, Él conoce su dirección y su término.

Estimo que el recuerdo querido de los muertos es uno de los elementos más enérgicos de la vida de familia. Pero es preciso que sufra lentamente las metamórfosis que indicamos. Dejar que el velo se espese sobre los que han partido y se extienda sobre los vivos, agobiar á la infancia, ahogar la casa, es una práctica funesta. Otra cosa debemos á los muertos queridos, así como á los vivos. Hay que mantener el lazo de solidaridad, conservar á nuestro lado, en espíritu, á los que han desaparecido del mundo visible, asociarlos á nuestra existencia y habituarnos, por el trato con ellos, á vivir más arriba de lo que se toca y se ve. Hagamos muchas veces, en recuerdo de ellos, las cosas que han amado; inspirémonos en su espíritu, trabajemos en la labor que dejaron sin terminar, y hablemos de ellos en familia, como se hablaría de ausentes queridos. Así poco á poco, por cima del círculo de los vivos, se formará un círculo de amigos invisibles, amigos pacíficos y afables que nos infundirán pensamientos de ternura, de perdón, de aliento, que aumentarán nuestra energía para la verdadera vida y que nos librarán de lo que puede

tener de inquietante la idea de nuestro fin. La solidaridad mantenida con los muertos, es la solidaridad consolidada con los vivos, es la fe aumentada en Aquel por quien los muertos y los vivos solo forman una gran familia indivisible.

CAPÍTULO XXII

LA RELIGIÓN DEL HOGAR

Llegado al término de estas reflexiones inspiradas por la vida doméstica, querría elevar mis miradas, resumir lo que he experimentado.

A esa altura el Hogar se me aparece como un centro religioso, del que ha tomado mucho la religión misma en lo que tiene de más íntimo y duradero.

En primer lugar, considerado en sí mismo, con sus lazos, sus emociones, sus tesoros sagrados, el hogar es perfectamente un santuario. Como la divinidad, tiene sus creyentes, sus altares, sus fiestas, sus ritos, su misterio. Algunos, que ya no tienen religión, han conservado esa. En ella creen, á ella se atienen, de ella se alimentan. Ningún sacrificio les parece exagerado para su salvaguardia. Tocar á ella, bien lo perciben, es tocar á las raíces de la vida; mancillarla, profanarla, es

cometer el crimen de blasfemia. Lamento que pueda haberse perdido esa gran luz del alma que se llama fe religiosa. Pero me siento dichoso si en esa desgracia, en ese derrumbamiento, ha podido conservarse la religión del Hogar. Nos hallamos ante uno de esos puntos en que lo humano toca sin cesar á lo sobrehumano, en que todo lo que ocurre excede del momento presente y de las miras utilitarias, en que fuerzas ocultas y poderosas ejercen incesantemente su acción. Es imposible que un hombre que tiene el culto de la familia, no encuentre á diario en ella un sostén para la buena vida. Tan sólo porque ama y respeta algo superior á su existencia personal, su corazón se libra de los peligros del individualismo exagerado, del egoismo sin contrapeso. Camina menos quizás por principios y por doctrinas que por recuerdos, por hábitos, por el corazón y las entrañas. Sus apetitos son reprimidos y domados por la misericordia. El salvaje en sí, ese sér sin consideración y sin freno, que dormita en cada uno de nosotros, ve que tiene que habérselas con el padre, con el hijo, con el hermano, y en ellos encuentra su dueño.

El poder moralizador de la familia no puede ser negado sino por los que nunca le han conocido. Por mi parte, no hay poder alguno en el mundo que pueda medirse con él. En estos tiempos de descomposición, ó al menos de fermentación, hay que refrescarse en las fuentes primitivas,

volver á los elementos de toda religión, de toda moral, de toda sociedad. Todas las cosas humanas están en germen en la familia. Está en la base del edificio. Fortalecerla, respetarla, purificarla, enriquecerla con gracia, con alegría, con bondad, con verdad, con justicia, es hacer la ciudad, afirmar la humanidad, suscitar alianzas de todas las fuerzas saludables, obstáculos á todas las empresas del mal. Esparcir ideas que aflojen el lazo familiar, crear instituciones que le estorben y le comprometan, mantener intereses materiales que le destruyan, enseñar doctrinas religiosas que le priven de su puesto central, es llevar el hacha al árbol de la vida. No podría haber verdad social ni religiosa en contradicción con el lazo familiar. El efecto que producen en este bien, es su piedra de toque.

Si la religión del hogar contara con más fieles, no habría tantos corderos extraviados entre nosotros. Seríamos más sociables, más clementes, más moderados, más castos, menos cobardes ante la injusticia, mejores con los pequeños, más respetuosos con todo lo que es venerable, más humanos con la vejez encorvada, con todo el que sufre, en fin. Estimo que cuando piensa en el santuario de la familia, todo hombre debe darse golpes de pecho. En una ú otra forma, todos lo han profanado en su casa ó en la ajena. Hay reflexiones saludables que hacer, útiles exámenes de conciencia que plantear.

* * *

Pero el mundo del hogar es además una fuente en que se alimenta la religión propiamente dicha. Las realidades espirituales se revelan al hombre por un cierto número de medios. Dios habla al hombre en todas las lenguas, mediante todos los signos. El universo entero es un verbo, cuyo sentido es esa verdad sublime y escondida que nuestro espíritu perturbado busca á través de todas las formas. Dios habla en las magnificencias de la creación, en las fuerzas y las maravillas de la naturaleza; habla en el misterioso encadenamiento de los hechos históricos; habla en el seno de nuestras conciencias. Para el que no ha perdido el uso normal de sus facultades, cada hecho es un jalón hacia lo infinito, todo sendero lleva á las cumbres, cada hilillo de agua que serpentea por la pradera conduce al Océano. Hasta toda apariencia fugitiva es un símbolo de las cosas eternas.

Pero hay hechos que más que otros tienen un poder evocador. Hay puntos en que el velo que nos separa del mundo imperecedero es más diáfano y el contacto más directo. En ellos se experimenta algo de lo que los antiguos debían sentir cuando la voz de los oráculos les gritaba: «¡Deus, ecce Deus!»; lo que sentía Moisés en Horeb al oirse decir: «Quítate las sandalias; la tierra porque caminas es una tierra sagrada». El hogar es una de esas regiones.

Ni aun en el más viejo solar histórico, á la

sombra de los más venerables santuarios, he experimentado con más fuerza lo que nos hace extremecer de temor y de dicha cuando decimos: «¡El Eterno está en este lugar, aquí está la puerta de los cielos!»

Entre las santas y viejas cosas balbuceadas acerca de Dios por la debilidad humana, muchas han sido oídas primero bajo el humilde techo familiar. El más dulce nombre que da á Dios, el hombre lo ha recogido de labios infantiles. Es uno de los primeros gritos de todas las lenguas. Cristo lo ha tomado de las cunas para rendir con él á Dios homenaje de cariño y de confianza, al hombre una fuente de consuelo, de tranquilizadora claridad en las tinieblas de la vida.

El que está fuertemente cogido en el lazo de la familia, se encuentra en correspondencia con el fondo oculto de las cosas, á través de los intermediarios establecidos por la voluntad divina. Dios ha querido que nos debamos la vida los unos á los otros. Seamos, con toda verdad, padres é hijos, y por fidelidad á las santas leyes vitales seremos los unos para los otros mensajeros de Dios.

No creo que un padre ó una madre puedan permanecer insensibles á la absoluta confianza que les demuestran sus hijos pequeños. Cuando los tenemos así en nuestros brazos, tranquilos, afables, en el colmo de la seguridad y de la dicha de ser

amados, ¿no sentimos que obedecemos á algo más grande que nosotros?

¿De dónde les viene, á esas criaturas, la fe tranquila que tienen en nosotros? ¿Por qué nada puede turbarlos cuando los estrechamos contra nuestro corazón? ¿Qué somos, pues, para inspirar una confianza infinita? Somos uno de los anillos de la cadena que va desde Dios hasta esos queridos recién venidos. Su calma indica que la cadena se mantiene firme y que la amarra es sólida.

¿Por qué, pues, tú que inspiras confianza, no la tienes? ¿Por qué tú que das la paz no la tienes? Porque te has salido del acuerdo y ya no tienes conciencia del lazo que te sostiene. Has cogido los pocos puntos de vista fragmentarios que tu razón ha reunido acerca del mundo, y con ellos has fabricado un universo vacilante, que amenaza derrumbarse sobre tu cabeza. Y en tanto que tu hijo duerme sobre tus rodillas, seguro como los astros que siguen su curso, te sientes corroído por dentro. De vosotros dos, él es el que tiene razón aun cuando no razone todavía. Imita su ejemplo, tienes derecho á ello. Lo que tú eres para él, otro lo es para tí. Puesto que te llama Padre, aprende su lenguaje, mira más alto y, cubriéndote con la confianza que inspiras, remóntate hacia la fuente de que emana y no temas, á pesar de la oscuridad, decir á tu vez: Padre!

Es una mano muy pequeña la del niño, pero no

hay mano de profeta ó de apóstol más poderosa que la suya para mostrar al Padre de los Cielos. No abro los libros santos sino con un respeto mezclado de adoración, no sólo á causa de su contenido, sino también de los recuerdos acumulados sobre ellos por tantos espíritus diversos que los han leído en el transcurso de tantos siglos; concedo la mayor importancia á las doctrinas, á las tradiciones, hasta á los ritos del culto exterior. Nada de lo que da una forma y una voz al alma humana me deja indiferente. Pero jamás ningún escrito, ninguna palabra, ninguna ceremonia, sea la que quiera su imponente majestad, me ha conmovido como, por la noche, sobre la almohada, la oración de mis hijos.

***

Lo que existe más sólido en la religión, lo hemos recibido cuando niños. Se ha colocado más adentro que las opiniones razonadas y las creencias aprendidas, en ese dominio en que las primeras impresiones están como confundidas con las raíces del sér. Esa religión viene antes de los dogmas, antes de las distinciones de sacristía, es la piedad pura y simple. Sobrevive á las tempestades del pensamiento, á las transformaciones del credo. Es un lazo entre todos los que son piadosos, humanamente piadosos, sean las que quieran sus fórmulas. El cultivo de esta religión, todavía anónima, sin bandera ni estampilla, es una cosa esencial.

Cuanto más se avanza en la vida, más hay que atenerse á ella. Nada más capaz de vivificar la fe en general, de hacer remontar la savia al viejo árbol de las creencias seculares, y de hacer brotar algunas ramas verdes entre tantas ramas muertas. Nada sería más apto para crear, entre creyentes de orientación diversa, un terreno de fraternidad. Tendríamos entonces un poco menos de formalismo, de fanatismo, de hipocresía, menos hostilidad religiosa, menos diplomacia eclesiástica; pero más fe verdadera, más apoyo efectivo para vivir y morir. Y quizá de tiempo en tiempo los fieles de los diversos santuarios llegarían á decir juntos, como los niños por la noche: «Padre nuestro que estás en los cielos». Estaría dispuesto á ofrecer bastantes sacrificios en el altar de esa religión, y me sentiría muy dichoso al sentarme en silencio entre los fieles de todos los cultos, así verdaderamente Hermanos, para oir decir juntando las manos: «Hijos míos, amaos los unos á los otros».

***

Es difícil enumerar todo lo que la religión debe á la familia. Su vitalidad está en razón directa de lo que de ella recibe y de lo que le da. Una religión reducida á ceremonias públicas, sin eco en el hogar, desdeñosa del altar doméstico, celosa del monopolio de la propagación de las doctrinas y que los padres y las madres no contribuyen á en-

señar, no puede menos de disminuir su influjo. Quizá está garantida contra las transformaciones que nacen de la iniciativa de los individuos. Pero pierde lentamente el contacto con la vida, con las almas y con las conciencias. Desciende al rango de un traje de teatro, que se deja tranquilamente una vez terminada la función.

Cuando las instituciones oficiales en que la religión se encarna, los dogmas que le sirven de vehículo, han ganado en edad y en importancia, se les ve á veces olvidar sus orígenes. Semejantes á nobles que no se acuerdan ya de que sus antepasados fueron plebeyos, esas potencias majestuosas se persuaden de que no descienden más que de sí mismas, y esto es una debilidad tanto como una ingratitud. Hay en el Antiguo Testamento una página maravillosa, que debería reducirlas á una apreciación más justa. Todos conocen el episodio del sueño de Jacob. Fugitivo, teniendo á sus alcances á su hermano animado de un resentimiento legítimo, destrozado por la emoción y la fatiga, sólo en esa noche del desierto en que siempre ronda alguna fiera, el joven se deja caer en el suelo y toma una piedra por almohada. Su corazón está lleno de angustias y de dolor, se siente perdido en el vasto mundo hostil y frío. Pero el cansancio le vence. Jacob se duerme, y su ensueño es tan hermoso como sombría era la realidad. Por una escala de luz que sube hasta el cielo, ve á los ánge-

les benéficos subir y bajar, Dios mismo le habla. ¿Y qué dice? Dice: «Soy el Eterno, *el Dios de Abraham tu padre y el Dios de Isaac.*»

Así, pues, el rey de los reyes, el señor de los señores, lo absoluto que permanece en la inaccesible luz, junto á esta criatura, *se recomienda* como padre y como abuelo. Parece decirle: «No temas nada, estoy contigo, puedes tener confianza, tus padres me conocen.» ¿Qué homenaje mayor podría ofrecerse nunca al hogar de los hombres? El que hubiera podido decir: «Yo he creado los soles y las estrellas, las montañas y los océanos; yo estoy en la tempestad y en la brisa ligera, en la luz de los días y en las tinieblas de la media noche», prefiere valerse de un recuerdo de familia. Quiere tener al hombre por el mismo lazo que hace que los padres tengan á los hijos.

Podría decirse á las religiones y á sus representantes: Meditad esta página. Apeláis á vuestra antigüedad, á vuestro poder, á la solidez de vuestras construcciones dogmáticas, al esplendor de vuestros templos. Ciertamente todo eso no carece de valor. Para vuestras inteligencias, para vuestras imaginaciones, para vuestros oídos y vuestros ojos, hay en ellos con qué convencer, fascinar, sorprender, encantar, seducir. Pero hay un sendero escondido que lleva más lejos que esas cosas, que conduce al centro de los séres, al corazón. El que por él camina es el más fuerte. Creed en el Dios

que le ha trazado y que nunca ha desdeñado seguirle él mismo.

***

Señalemos, finalmente, una última imagen, cuyos elementos son proporcionados por la casa paterna y las imágenes que evoca. Todo techo es frágil, todo hogar se extingue. El nido es destrozado por el tiempo ó por la tempestad, y los habitantes son dispersados á los cuatro vientos. Y sobre los restos de la morada que nos vió crecer, entre las ruinas que la vida va multiplicando, se apodera de nosotros la nostalgia de una morada eterna. Nuestra esperanza está en una ciudad permanente, donde ya no haya luto ni separación, donde nadie esté huérfano, perdido, solitario; donde los peregrinos, habiendo llegado al término, se sacudan el polvo y dejen el báculo, donde la familia, en fin, completa, inmensa, reconciliada, repose en la paz grande de la casa paterna.

Y por ello te amamos más aún, humilde techo de la tierra, puesto que tus lazos y tus afecciones son la humana profecía de un cumplimiento divino, puesto que eres el símbolo de un abrigo que no ha sido construído por manos mortales, y del que Jesús ha dicho: *Hay muchas moradas en la casa de mi Padre.*

FIN

INDICE DE MATERIAS

	Páginas.
PRÓLOGO	1
Capítulo I.—El techo	3
Capítulo II.—El espíritu de familia	15
Capítulo III.—Dos hacen uno	29
Capítulo IV.—Paternidad, maternidad	49
Capítulo V.—Un vivero de hombres.—Padres é hijos	63
Capítulo VI.—Hermanos y hermanas	84
Capítulo VII.—Cabezas rubias y cabezas blancas.	103
Capítulo VIII.—Lo que hacen los que ya no hacen nada	119
Capítulo IX.—Nuestros servidores	136
Capítulo X.—Nuestros animales	146
Capítulo XI.—El orden en la casa	159
Capítulo XII.—Manos diligentes, dedos de hada.	167
Capítulo XIII.—Los días malos	182
Capítulo XIV.—Los días buenos	196
Capítulo XV.—La hospitalidad	204
Capítulo XVI.—El buen humor en la familia	217
Capítulo XVII.—Las relaciones, los amigos.—Nuestros amigos los pobres	225
Capítulo XVIII.—Cuándo los pájaros abandonan el nido	236
Capítulo XIX.—Cuando los pájaros vuelven al nido	257
Capítulo XX.—Hogares devastados.—Viudas y huérfanos	271
Capítulo XXI.—Recuerdos, tradiciones, reliquias	284
Capítulo XXII.—La religión del hogar	293